



DOCTOR WHO

Y LOS ABOMINABLES HOMBRES DE LAS NIEVES
TERRANCE DICKS



DOCTOR WHO Y LOS ABOMINABLES HOMBRES DE LAS NIEVES

Basado en el serial televisivo de la BBC de Mervyn Haisman y Henry
Lincoln mediante acuerdo con la British Broadcasting Corporation (BBC)

Terrance Dicks



AudioWho Novelas



UN LIBRO TARGET

Publicado por

The Paperback Division of

Los monjes tibetanos del monasterio de Det-sen son hombres asustados. Muchos de sus compañeros han sido asesinados y parece que el Yeti es la causa de todos sus problemas.

Pero normalmente, los Yetis, gigantes criaturas peludas con forma de hombre que viven en las cumbres más remotas del Himalaya, son vistos muy pocas veces y son notoriamente tímidos.

¿Cuál es la explicación para su transformación aparente en bestias feroces, monstruos con ojos brillantes y colmillos salvajes que están propagando la muerte y la destrucción en el pacífico valle aislado?

Cuando el Doctor llega al monasterio, su primera visita después de trescientos años, él espera ser recibido con los brazos abiertos. Pero debido a los misteriosos asesinatos, la recepción que le espera es cualquier cosa menos amigable.

Mis agradecimientos y dedicatoria a...

- ❖ A **Scnyc**, por abrirme las puertas a **AudioWho** y darme una oportunidad.
- ❖ A **David Formentin** por tener mucha paciencia en corregirla.
- ❖ A **Scnyc** también, por la excelente maquetación.
- ❖ Y a **Defender**, el Drew Struzan de las portadas al español, por la magnífica portada que acabas de ver al abrir esta novela.

Sin la ayuda de estas personas, usted querido lector no habría tenido la oportunidad de poder leer esta novela. Mis eternas gracias.

La novelización de **Los Abominables Hombres de las Nieves** ha sido traducida al español por mí, **MayoTango131**.

¡DECLARACIÓN!

Este trabajo es solo la traducción al español de la obra *Los Abominables Hombres de las Nieves* de los escritores Mervyn Haisman y Henry Lincoln, Terrance Dicks es el escritor de la novelización, publicada por Editorial Target.

***Doctor Who* es una marca registrada perteneciente a la BBC. La Gran Inteligencia creado por Mervyn Haisman y Henry Lincoln.**

AudioWho es una inciativa dedicada a traducir Audios y Libros, cuyos miembros Whovianos y Whovianas sacrifican su tiempo para que todos los hispano-parlantes puedan disfrutar, del universo extendido de Doctor Who, sin la barrera idiomática del idioma inglés.

Prohibido la venta o la copia de esta traducción con fines lucrativos.

Hecho por fans y para fans Más novelas, cómics y otras obras las podrá encontrar en:

<http://audiowho.com/>

Índice

1 El secreto de las nieves.....	6
2 La criatura en la cueva.....	19
3 La carnada viva para capturar un monstruo.....	38
4 Jamie atrapa un Yeti.....	58
5 El secreto del Santuario Interno.....	78
6 Un Yeti cobra vida.....	92
7 Un plan para conquistar la Tierra.....	101
8 La Revuelta en el Monasterio.....	116
9 El Ataque del Yeti.....	132
10 Peligro en la montaña.....	148
11 La Batalla Final.....	160
12 El Abominable Hombre de las nieves.....	183

1

El secreto de las nieves

En lo alto de la ladera de las montañas del Himalaya la pequeña fogata ardía levemente. Edward Travers se estremeció, y se acurrucó más profundamente dentro de su saco de dormir. Él iba a la deriva entrando y saliendo de un sueño, la fantasía y la realidad en una combinación incómoda y desenfocada en su mente. En su sueño, él estaba en la Royal Geographical Society, dirigiéndose a un público desdeñoso e hostil.

—Señores, se lo aseguro, el montón de evidencias que se han acumulado en los últimos años es innegable. El hombre de las nieves existe.

Escuchó otra vez la voz odiada de su antiguo rival, el profesor Walters.

—¡Si usted está tan seguro de eso, mi querido Travers, le sugiero que vaya a buscar a la bestia!

Una vez más Travers escuchó la risa de desprecio que le siguió. Oyó su propia voz.

—Gracias por la sugerencia, señor. Tal vez lo haré.

Travers daba vueltas y murmuró en su sueño. Otra escena apareció en su mente, como una errática acelerada vieja película: la lucha desesperada para recaudar fondos para su expedición; el final de un acuerdo con un medio-desdeñoso editor de Fleet Street para respaldarlo; el largo viaje a la India; los interminables días de viaje por tierra hasta llegar a las laderas de los Himalayas; aún más los días que pasaron de escalada, siempre subiendo, para llegar a este punto remoto. Y todo para nada.

Pronto ellos tendrían que dar marcha atrás, la expedición sería un fracaso. De vuelta en Londres habría simpatía con cortesía, ocultando diversión silenciosa. Sólo Mackay se pondría de pie junto a él, Mackay, su mejor y más antiguo amigo, el único hombre que había accedido a formar parte de su expedición. Sin embargo, ahora parecía que incluso Mackay se había vuelto en su contra. Mackay se reía de él, gritando insultos.

De repente, Travers bruscamente se despertó por completo. Él realmente podía oír la voz de Mackay. Que lo llamaba. Gritando por ayuda... Travers se frotó los ojos y miró a través del círculo de luz alrededor de la fogata. El saco de dormir de Mackay estaba vacío. Había huellas que conducían a la oscuridad. Travers buscó su rifle y luchó para salir de su saco de dormir. Luego corrió hacia el sonido de la voz de Mackay. Se puso sobre el borde de la pequeña meseta, y miró por la pendiente rocosa.

En la oscuridad delante de él podía ver dos figuras que luchaban. Uno era Mackay. Pero la otra... era enorme, una gigante forma peluda. Travers trato de gritar, pero sólo podía producir una especie de graznido. Al instante la criatura lanzó a Mackay al suelo. Se dio la vuelta para atacar a Travers. Él levantó su rifle, pero antes

de que pudiera disparar fue arrancado de sus manos. Travers captó un breve vistazo a los ojos brillantes y colmillos salvajes. A continuación, un golpe de una gigante pata peluda lo aplastó contra el suelo.

De vuelta en el pequeño sitio para acampar el fuego estaba casi apagándose. Las canaletas de las llamas lanzaron una débil luz en los dos sacos de dormir vacíos. La sombra de una figura enorme arrastrándose cayó sobre el sitio. Algo fue arrojado despectivamente al fuego moribundo. Era el rifle de Mackay. El cañón estaba doblado, la culata se rompió en astillas. La figura gigante se alejó y desapareció en la noche.

A la mañana siguiente, un poco más alto en ese mismo pico del Himalaya, un silbante, gimiente sonido rompió la paz y la quietud del aire de la montaña. Una cabina de policía azul antigua apareció de la nada, transparente al principio, pero poco a poco convirtiéndose en sólido. Se encaramó en una cornisa de nieve, luciendo completamente fuera de lugar.

Dentro de la cabina de policía hay un cuarto de control ultramoderno, con una consola central de instrumentos complejos. Había algo muy extraño en esta cabina de policía. De alguna manera era más grande por dentro que por fuera.

Hay tres personas en el cuarto de control. Uno de ellos era un hombre de mediana estatura de mediana edad con una cara amable, más bien cómica, y una mata de pelo negro desordenado. Llevaba un viejo abrigo negro, y unos pantalones de rayas cuadradas bastante holgado. Observándolo estaban un joven musculoso en ropas de

montañés, con falda escocesa, y una joven, de cabello oscuro y siendo vestida con el estilo de la época victoriana de la Tierra. Muy apropiadamente, ya que su nombre era Victoria.

Ella era la hija de un anticuario victoriano, que había perdido la vida durante una aventura terrorífica con los Daleks. Sola y sin amigos, Victoria había sido tomada bajo la protección de un misterioso viajero en el espacio y el tiempo conocido solamente como el Doctor.

Lo mismo le había sucedido a Jamie, el joven escocés, cuyo destino fue el quedar atrapado con el Doctor durante la rebelión jacobita. Ahora los dos jóvenes, arrancados de sus propios tiempos, pasaban sus vidas viajando a través del tiempo y el espacio con el Doctor en la nave extrañamente disfrazada conocida como la TARDIS. (El Doctor le había dicho a Victoria que las iniciales significaban *Tiempo y dimensiones relativas en el espacio*, eso no la dejó convencida)

Victoria a veces se preguntaba si su decisión de unirse al Doctor había sido acertada. Él fue muy amable, a su manera vaga, errática, y ella estaba muy encariñada con él. Pero él parecía tener un don para vagar en el peligro más espantoso. Victoria, como la mayoría de las chicas de su tiempo, había crecido muy protegida. Sus viajes con el Doctor la habían traído una serie de regulares experiencias estresantes. Pero a pesar de su timidez inicial, estaba descubriendo recursos inesperados de valentía dentro de ella misma. Jamie, por otro lado, era completamente diferente. Le daba la bienvenida a cada nueva aventura con gran entusiasmo. Jamie era un luchador por naturaleza. Un soldado Inglés casaca roja o un monstruo alienígena,

eran todo lo mismo para Jamie. Él agarró con firmeza su espada escocesa de confianza.

Victoria contemplaba con indulgencia como el Doctor se asomó a la pequeña pantalla del escáner, casi saltando arriba y abajo con entusiasmo. Como de costumbre, ella y Jamie no tenían idea de dónde o cuando estaban, o para este caso, por qué. Sin duda, el Doctor se los diría a su debido tiempo.

—Maravilloso —el Doctor estaba riéndose—. ¡Absolutamente maravilloso! ¡Y después de todo este tiempo! —ajustó los controles del escáner y la imagen de los páramos nevados cambió a la de un pico con forma distintiva.

Jamie miró por encima del hombro del Doctor.

—Yo no veo lo que es tan maravilloso en un montón de montañas nevadas.

El Doctor lo miró con asombro.

—¡Pero es el Himalaya, Jamie! ¡El Himalaya!

—¿La Hima-qué? —la geografía no era el punto fuerte de Jamie. Cualquier lugar fuera de Escocia era territorio desconocido para él.

Victoria se inclinó hacia delante.

—El Himalaya. Son una cadena de montañas. En la frontera entre la India y el Tíbet, creo.

El Doctor se alejó del escáner.

—¡Correcto! El Tíbet, es donde estamos. ¡Tíbet! —el Doctor le sonrió a Victoria, y dijo entonces enérgicamente—. Bueno, vámonos entonces, no hay tiempo que perder. Ayudadme a encontrar la Ghanta —corrió a través de la TARDIS, abrió las puertas de un armario en la pared y sacó un enorme baúl antiguo, cubierto de tallado fino—. ¡Ahora, estoy seguro de que lo puse aquí en alguna parte! —el Doctor comenzó indagando dentro del baúl, más bien como un perro en un agujero de conejo, tirando cosas por encima del hombro con alegría. Jamie y Victoria lo miraban con asombro. Después de un momento, la cabeza del Doctor apareció indignada — Oh vamos, vosotros dos. ¿No vais a ayudarme?

Ellos se acercaron a acompañarlo.

—Todo eso está muy bien —dijo Jamie—, ¿puedes decirnos lo que estamos buscando?

—Ya te lo he dicho. ¡El Ghanta! —el Doctor continuó excavando.

—Sí, pero ¿qué es un Ghanta? —Victoria preguntó gentilmente.

El Doctor se sorprendió.

—¿Quieres decir que no lo sabes? Es una reliquia sagrada tibetana. Una campana, en realidad. Bastante pequeña. Se me fue dada para cuidarla cuando...

El Doctor calló mientras sacaba un abrigo de piel enorme desde el fondo del baúl.

—Ah —exclamó con deleite—, ahora voy a ponerme esto. Simplemente por este helado clima —el Doctor empezó a ponerse el

abrigo. Lo cubrió por completo, hasta los tobillos—. Voy a salir y a explorar alrededor —de repente, él no podía esperar a estar fuera.

Jamie levantó la vista hacia el baúl.

—¿Qué pasa con este precioso Ghanta?

El Doctor parecía inquieto.

—Bueno, pensé que tú y Victoria podríais encontrarlo por mí —los miró a ambos con cara de súplica, como un niño pequeño pidiendo que se le permitiera salir a jugar.

Victoria sonrió.

—Está Bien, Doctor, puedes irte. Vamos a encontrar esa campana por tí. Pero, ¿qué es lo que es? ¿Por qué es tan importante?

El Doctor se detuvo en la puerta.

—Porque cuando lleguemos allí, os garantizo que tendréis el mejor recibimiento de vuestras vidas.

—¿Llegar a dónde? —preguntó Victoria. Pero el Doctor ya se había ido, y la puerta de la TARDIS se cerraba detrás de él.

Jamie suspiró.

—Cuando has estado con el Doctor tanto tiempo como yo, te darás cuenta de que no tendremos esperanza de saber de lo que él está hablando la mayor parte del tiempo. ¡Vamos a encontrar su campana, no habrá paz hasta que la hallemos!

Jamie continuó hurgando en el baúl. Victoria se acercó al escáner y lo encendió, con la esperanza de ver a dónde había ido el Doctor. De repente, ella retrocedió desde la pantalla con terror.

—¡Jamie, mira!

Jamie se acercó al escáner, y miró con asombro a la gran forma peluda en la pequeña pantalla.

—Es una bestia —murmuró—, ¡una enorme bestia peluda!

Victoria sintió una repentina punzada de miedo.

—Debemos advertir al Doctor...

Jamie levantó una mano de restricción.

—Sólo espera un momento. Vamos a echar otro vistazo —ajustó los controles del escáner para tener una visión más cercana de la figura tambaleante. Luego alzó la vista, sonriendo—. No hay de qué preocuparse. ¡Tú gran bestia peluda es el Doctor!

Y de hecho, el Doctor se veía como un animal enorme mientras subía laboriosamente el sendero de la montaña en su enorme abrigo de piel. Miró a su alrededor con alegría casi infantil.

La cordillera que lo rodeaba parecía centellear en la atmósfera gélida clara. El Doctor satisfactoriamente respiró profundamente el fresco, fuerte aire de montaña, exhalando hacia fuera otra vez como el vapor. El sendero aumentó bruscamente hacia arriba, y pronto el Doctor respiraba con dificultad. Llegó al punto de que él se estaba dirigiendo hacia un enorme peñasco y se apoyó agradecido sobre su

superficie rocosa. Un valle escondido estaba muy por debajo de él. Y allí enclavado en el valle estaba el monasterio. El Doctor suspiró con satisfacción tranquila. Por una vez la TARDIS, y su navegación, no le había defraudado. Había llegado a exactamente el lugar correcto. Grumos de nieve se habían acumulado en las botas del Doctor, haciendo difícil caminar. Él empezó a patear sus botas contra el peñasco para limpiarlas. De pronto se detuvo, sus ojos captaron algo a sus pies. Era una enorme huella, muchas veces mayor al tamaño de las suyas.

El Doctor comenzó a echarse sobre la zona, como un perro de caza. Había otras huellas, una línea de ellas, que conducía hacia el otro lado del peñasco. Con cautela, el Doctor siguió las huellas. En el otro lado del peñasco había más huellas, más profundas. La nieve estaba revuelta como si la criatura se hubiera quedado ahí por algún tiempo. Había otras huellas que conducían hacia abajo de la ladera de la montaña.

El Doctor se puso de pie, reflexionando. La historia en la nieve estaba clara. Alguna enorme criatura había subido a este lugar, y se quedó allí, mirando hacia el monasterio debajo. Entonces eso se había alejado. No hacía mucho que había pasado. Las huellas desde el peñasco todavía estaban bastante frescas.

La curiosidad científica del Doctor se despertó. ¿Podría ser? Había escuchado las historias, por supuesto, en visitas anteriores a la Tierra. ¿El abominable hombre de las nieves? Conocido por los tibetanos como el Yeti. Una criatura humanoide gigante que vivió en algún lugar de las cumbres más remotas, visto sólo en atisbos por nativos aterrorizados. Pero él nunca había escuchado que la criatura hubiera sido vista en esta parte del Tíbet. El Doctor estaba

desconcertado. Por un momento se sintió tentado fuertemente a seguir aún más el sendero de huellas.

El Doctor había visto tantas criaturas increíbles en tantos planetas que estaba dispuesto a creer en cualquier cosa. Entonces se contuvo. ¿Qué iba a hacer con la criatura si lo encontraba? Yendo a esto, ¿qué es lo que él haría con la criatura? Allí estaba el monasterio para ser visitado. Y Jamie y Victoria seguían esperándolo en la TARDIS. Felicitándose por su autocontrol, el Doctor dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

De pronto se detuvo. ¿Se había producido un destello de movimiento, más arriba en la montaña? ¿Allí, detrás de los peñascos? El Doctor miró, pero no pudo ver nada. Él siguió su camino, de vuelta a la TARDIS.

Detrás de esas mismas rocas había un revuelo de movimientos. Una enorme mano peluda apareció por encima del peñasco donde se refugiaba. Una gigante forma peluda se puso en posición erguida. Se quedó mirando a la diminuta figura del Doctor, perseverante en su camino mucho más abajo.

Jamie se levantó del baúl vacío con disgusto.

—Él debe haber puesto esa cosa Ghanta en otro lugar. ¡No está aquí!

Victoria observó la increíble colección de objetos esparcidos por el suelo de la TARDIS: ropa, armas, objetos curiosos y esculturas de un centenar de planetas diferentes. Había algo de acaparador en el Doctor, pensó con desesperación.

—¿Estás seguro de que el baúl está vacío? ¿Realmente vacío?

—¡Och, míralo tú misma!

Victoria buscó en lo más recóndito del enorme baúl, prácticamente desapareciendo en el interior.

—Me temo que tú tienes raz... ¡espera un minuto! —sus dedos tocaron un trozo de tela acuñada en un rincón. Estirando sus brazos, sacó un paquete minúsculo del baúl—. Mira, hay una etiqueta en él. "*Ghanta del Monasterio Det-Sen*" —Victoria desenvolvió el paquete. Triunfante, ella sostenía una campana de bronce ornamentada.

—¿No sabías que sería la última cosa en el fondo del baúl? —Jamie gruñó con disgusto. Las puertas de la TARDIS se abrieron y el Doctor entró. Vio la pequeña campana en las manos de Victoria.

—La encontrasteis, ¿verdad? Espléndido. Sabía que no estaba muy lejos —suavemente él tomó la campana de las manos de Victoria y la guardó en el bolsillo.

—Nos costó un poquito encontrarta, ¿sabes? —dijo Jamie secamente.

El Doctor frunció el ceño abstraído.

—Sí, estoy seguro de eso...

Jamie lo miró.

—Tú ha visto algo, ¿no? ¿Allí afuera?

El Doctor miró rápidamente a Victoria.

—Oh, nada realmente, Jamie. Probablemente no es nada — tomó una decisión—. Sólo tengo que hacer una visita rápida al monasterio, y luego seguiremos nuestro camino. ¿Quédate aquí en la TARDIS, podrías, Jamie?

—¿No sería mejor si voy contigo también?

El Doctor negó con la cabeza. Victoria miró a ambos.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Hay algo peligroso por ahí?

El Doctor sonrió.

—¡Sólo un montón de nieve! Voy a ser tan rápido como pueda —el Doctor salió de la TARDIS, cerrando la puerta detrás de él.

Victoria se volteó hacia Jamie.

—Hay algo ahí fuera, ¿no es cierto?

Jamie asintió a regañadientes.

—Algo le preocupa, lo suficiente. ¡Pero no vayas a preguntarme qué, porque yo no lo entiendo!

Victoria miró al montón de objetos en el suelo.

—Vamos, Jamie. Vamos a poner este lote de vuelta en el baúl.

El Doctor estaba descendiendo lentamente a lo largo del sendero desigual que conducía hacia el Monasterio. De vez en cuando se detenía, mirando a su alrededor con inquietud. No podía dejar de recibir la sensación de que algo maligno y hostil estaba observando todos sus movimientos. A veces le pareció ver un destello de

movimiento en las laderas por encima de él. Pero siempre se desvaneció antes de que pudiese precisar su vista. Cautelosamente continuó avanzando en su camino.

Siguió la ruta alrededor de la curva de la montaña, por una pequeña meseta. Constituía una especie de campamento natural, y el Doctor vio que alguien de hecho había acampado allí. Unos palos carbonizados marcaban los restos de una fogata. Muy cerca había dos sacos de dormir vacíos. Algo brilló en las cenizas frías del fuego. El Doctor lo sacó. Era el cañón de un rifle, doblado casi por la mitad. La carbonizada culata astillada estaba quemada casi por completo. El Doctor se preguntó qué tipo de fuerza podría doblar el acero de un cañón de un rifle como plastilina.

Huellas, huellas humanas, iban por encima del borde de la meseta. Mirando por encima del borde, el Doctor vio una figura acurrucada un poco más abajo. Gateó hacia él.

El cuerpo yacía boca abajo en la nieve. Suavemente el Doctor le dio la vuelta. Para su sorpresa, vio que el hombre era un europeo. Cuando movió el cuerpo, la cabeza colgaba en un ángulo extraño. El hombre estaba muerto, con el cuello roto por un solo golpe salvaje.

2

La criatura en la cueva

El Doctor se enderezó y se quedó mirando el cuerpo. Por un instante consideró volver directamente a la TARDIS. A su alrededor se dio cuenta de la presencia de algún mal ajeno. Entonces se acordó del Ghanta.

Deslizando su mano en el bolsillo, el Doctor sacó la campanilla tibetana. Él la contempló por un momento, y suspiró. Una promesa era una promesa. Pero tan pronto como hubiera devuelto el Ghanta al Monasterio, él iría de regreso a la TARDIS y llevaría a Jamie y Victoria a un lugar y tiempo más seguro. No muy lejos del difunto, una mochila yacía en la nieve. Contenía mapas, ropa de abrigo, brandy, alimentos concentrados: los suministros de un explorador experimentado. Quizás él pudiera encontrar al dueño en el monasterio, si él hubiese sobrevivido al ataque al campamento.

Después de un largo y cansado viaje, el Doctor finalmente llegó a las laderas de la montaña. El sendero descendía bruscamente, lo que conduce por fin al monasterio Det-Sen. Con un suspiro de alivio, levantó la vista hacia el enorme edificio viejo que recordaba tan bien. Protegido por sus altos muros de piedra, el monasterio se acurrucó como si buscara refugio en el valle entre dos montañas. Habían pasado muchos años desde su última visita, sin embargo, nada había cambiado. ¿O sí lo había hecho? En días pasados, las enormes puertas de bronce siempre habían estado abiertas, dando la bienvenida a la entrada de peregrinos y viajeros. Los monjes de Det-

Sen eran hombres hospitalarios pacíficos, siempre dispuestos a proporcionar refugio. Pero ahora las puertas estaban cerradas. Un silencio opresivo parecía cernirse sobre el monasterio.

El Doctor tomó una respiración profunda.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien? —su voz hizo eco alrededor de los altos muros inhóspitos. Golpeó las puertas, pero sus puños hicieron casi ningún sonido. El Doctor puso su hombro contra las pesadas puertas de bronce, y empujó, más como una clase de gesto que con alguna esperanza de éxito. Para su sorpresa, sintió que se desplazaban un poco. Usando toda su fuerza, se las arregló para empujar una de las puertas entreabiertas, creando una brecha lo suficiente grande para meterse adentro. Una vez que cruzó a través de las puertas, el Doctor miró a su alrededor. El largo patio rectangular no había cambiado. Las losas de piedra lisa estaban desgastadas por los pies con sandalias de generaciones de monjes. Las puertas y los claustros conducían hacia diferentes partes del laberíntico monasterio. Pero aun así este misterioso silencio y el vacío. El monasterio de Det-Sen siempre había zumbado como una colmena: el parloteo de los peregrinos, los gritos de los vendedores ambulantes en el patio, el bajo tatarreo de las campanas del templo, el interminable zumbido de los monjes en sus oraciones. Había sido un animado, bullicioso lugar. Ahora era tan silencioso como una tumba. El Doctor se estremeció. Caminó hasta el centro del patio, sus pasos haciendo eco huecamente.

—¡Hola! ¿Dónde está todo el mundo?

De repente se oyó el penetrante resonar de una estampida. El Doctor se dio la vuelta. Las puertas de bronce habían sido

empujadas, cerrándose a cal y canto. Un pequeño grupo de hombres estaba de pie mirándolo. Llevaban las simples túnicas de los monjes Det-Sen, pero llevaban arcos y espadas. Corrieron hacia adelante, y rodearon al Doctor, levantando sus armas.

Su líder, un hombre alto con una cara oscura, como de halcón, se alzaba sobre él.

—¿Quién eres? ¿Por qué has venido aquí?

Bastante poco intimidado, el Doctor le sonrió.

—¿En primer lugar puedo preguntar quién es usted? ¿Y qué derecho tiene usted de preguntarme?

—Yo soy Khrisong, líder de los monjes guerreros —el hombre alto señala a un monje más joven que permanecía a su lado—. Este es Thomni, mi capitán de la Guardia. Ahora, vas a responder. ¿Quién eres?

Con cuidado el Doctor dijo.

—Puedes llamarme el Doctor —miró al grupo—. ¿Monjes Guerreros? Eso es una contradicción en los términos, ¿no? Pensé que los monjes de Det-sen eran hombres de paz.

Hubo una triste ironía en la respuesta de Khrisong.

—La mayor parte de ellos todavía lo son. Pero estos son tiempos peligrosos. Si los hombres de paz han de sobrevivir, necesitan hombres de guerra para protegerlos —su tono se endureció—. Ahora, harías bien en responder rápidamente. ¿Quién eres? ¿Qué te trae al monasterio de Det-sen?

Antes de que el Doctor pudiera contestar un hombre salió corriendo de los claustros hasta llegar al pequeño grupo. Se arrojó sobre el Doctor, arrancando la mochila de sus hombros.

—¡Tú demonio homicida! ¡Te tenemos ahora!

El Doctor miró con curiosidad a su atacante. Él era un europeo, vestido con un harapiento anorak sucio. Tenía los ojos enrojecidos por el cansancio y un rastrojo de barba que cubría su barbilla. Su actitud era histérica, como un hombre en las garras de alguna obsesión irresistible. Él miró con enojo hacia el Doctor.

Khrisong miró al recién llegado.

—¡Travers! ¿Conoces a este hombre?'

—No, pero desde luego esta mochila es mía. Debió robarla cuando atacó mi campamento —Travers abrazó la mochila de manera protectora.

—Nos dijiste que una bestia te atacó —dijo Khrisong bruscamente.

—Bueno, eso es lo que yo pensaba. Sólo vi una figura en la oscuridad. ¡Pero fíjate en el abrigo! Eso es lo que yo sentí. Debió haber sido él. ¿De qué otra manera consiguió mi mochila?

El pequeño grupo de hombres armados rodearon amenazadoramente al Doctor.

—¿Por qué atacaste a este hombre? —espetó Khrisong.

El Doctor mantuvo su voz baja y tranquila.

—Yo no he atacado a nadie. He encontrado esta mochila en un campamento destrozado. Había un hombre muerto...

—¡Sí, y tú lo mataste! —gritó Travers. Dejar caer la mochila, y se abalanzó sobre el Doctor. Thomni y otro de los monjes guerreros lo contuvieron.

Khrisong habló.

—Hemos oído suficiente. ¡Apresarlo! —antes de que el Doctor pudiera moverse, dos monjes jóvenes fornidos lo agarraron de sus brazos.

—Mira —dijo el Doctor suavemente—, esto es ridículo. No he matado a nadie. He traído la mochila aquí para devolverla a su propietario. Vine aquí para un asunto más importante...

—Silencio —interrumpió Khrisong—. Has sido acusado de un delito. Ha habido muchos otros crímenes en los últimos tiempos. Todos los extranjeros son sospechosos. Si eres culpable, ten por seguro que serás castigado. ¡Lléváoslo!

Levantándolo hasta que casi sus pies no tocaron el suelo, los dos monjes guerreros se llevaron al Doctor que protestaba. A una señal de Khrisong, Thomni libera a Travers. Agarró el brazo de Khrisong, mirando al monje alto con ojos de loco.

—Él es un hombre peligroso, Khrisong. ¡Vigíladlo con cuidado!

Thomni, el joven capitán de la Guardia, dijo pensativamente.

—No sabemos que este hombre sea el asesino...

—Por supuesto que sí —Travers interrumpió—. Acabo de decirlo.

Thomni lo ignoró.

—Después de todo —continuó—, nosotros todavía no sabemos por qué él ha venido aquí.

—Eso, también, lo descubriremos a su debido tiempo —dijo Khrisong impasiblemente.

Los dos monjes guerreros a medias llevaron, a medias arrastraron al Doctor a lo largo de los pasillos de piedra sin fin del monasterio, ignorando sus protestas enérgicas.

—Me pueden bajar, muchachos. Puedo caminar, ya saben. De todos modos, tengo algo importante que decirles...

Los monjes se detuvieron ante una puerta de madera maciza, tachonada con hierro. La abrieron, empujando al Doctor dentro, cerraron la puerta y le pusieron cerrojo. Después ambos dieron media vuelta y se marcharon.

El Doctor miró a su alrededor. Él estaba en una celda de piedra desnuda, con una pequeña ventana en lo alto de la pared. Había un taburete de madera, y una cama de madera con colchón de paja junto a una pared. El Doctor se sentó en la cama y suspiró. Recordó sus propias palabras, en la TARDIS.

—¡El mejor recibimiento de sus vidas! —dijo el Doctor con pesar.

Jamie y Victoria se quedaron mirando el uno al otro inexpresivamente. El contenido del enorme baúl había sido devuelto a su lugar hacía mucho tiempo. Ahora los dos estaban sentados, esperando y esperando. Jamie dio un gran bostezo.

—Me estoy empezando a aburrir —dijo Victoria—. ¿No podríamos echar un vistazo afuera?

Jamie sacudió la cabeza.

—el Doctor dijo que lo esperáramos aquí.

—Voy a ir por mi cuenta —Victoria se puso de pie decidida.

Jamie suspiró. Era típico de las mujeres el llevar la contraria.

—Och, de acuerdo. Sólo un pequeño vistazo. Mejor nos abrigamos.

Victoria le dio una sonrisa de felicidad, y corrió hacia el armario de ropa de la TARDIS, que contiene prendas en todos los tamaños imaginables para adaptarse a todos los climas posibles. Pronto ambos estaban vestidos como exploradores polares en tibios anoraks de cuero peludo, con guantes de piel y botas forradas de piel. Victoria corrió hacia la puerta.

—¡Vamos, Jamie!

—Espera un momento, pequeñita —Jamie volvió al baúl grande, y rebuscó en el interior. Sacó una enorme espada curvada, una especie de cimitarra turca.

—¿Para qué rayos necesitas eso?

—Bueno, nunca se sabe lo que nos va a perseguir —agarrando la espada con firmeza, Jamie acompañó a Victoria al exterior. Si había algo peligroso por ahí, él estaba listo para ello.

De pie en la pequeña cornisa, Victoria parecía en trance por el panorama del paisaje montañoso que se extendía ante ellos.

—Mira cuán claro está todo, Jamie. Incluso los picos más lejanos parecen estar lo suficientemente cerca como para tocarlos. ¿No es el Himalaya hermoso?

—Sí, bueno, no está nada mal —lo que a Jamie le preocupaba es que había montañas más grandes y mejores que en su hogar en Escocia.

—Vamos a subir un poco más alto, Jamie. Tal vez veamos al Doctor regresar.

Corrieron hasta la ladera de la montaña, que se hizo más empinada y estrecha. De repente Victoria se detuvo.

—¡Jamie, mira! —ella señaló hacia abajo. Justo a un lado del sendero había un área de nieve revuelta. En sentido contrario de ahí hay un conjunto de enormes huellas. Ellos se agacharon para examinarlas. Jamie silbó.

—¿Ya has visto el tamaño de eso? Algo ha estado merodeando bastante por aquí. Un oso, quizás.

De repente Victoria dio un pequeño suspiro de emoción.

—¡Jamie! Tal vez sea el Yeti, ¡El abominable hombre de las nieves!

—¿El abominable qué?

—Ha habido historias y leyendas acerca de ellos en el Himalaya durante años. Criaturas peludas enormes. Algo entre un oso, un mono y un hombre. ¡Vamos a seguir las huellas, Jamie!

—¡No lo haremos! Mira esas huellas. Puedes ver qué tan grande debe ser la bestia.

Victoria brincó arriba y abajo emocionada.

—No lo entiendes, Jamie. La gente ha estado tratando de encontrar el abominable hombre de las nieves durante años. Expediciones científicas y cualquiera. Nadie tuvo éxito. Sería maravilloso si lo encontramos.

—Todo eso está muy bien. ¿Supongamos que la bestia nos encuentre primero?

—No hay nada de qué preocuparse, Jamie. Todos los informes dicen que es una criatura tímida. Va a correr tan pronto como nos vea —Jamie seguía pareciendo dudoso. Astutamente, Victoria continuó—. Por supuesto, si tienes miedo...

Jamie estaba indignado.

—¿Yo? ¿Asustado? Te voy a hacer saber, mi niña, que nosotros los montañeses no tenemos miedo a nada. ¡Vamos!

Blandiendo su espada, Jamie se puso en marcha. Victoria sonrió para sí misma, y le siguió.

El rastro de grandes huellas los llevó más y más arriba en la ladera de la montaña. Ellos recorrieron sobre rocas y a través de

tramos con hielo. La criatura que estaban siguiendo obviamente era fuerte y ágil, capaz de moverse por el terreno más áspero. Con el tiempo, las huellas los condujeron directamente a la ladera de la montaña. Ambos estaban enfrente de la entrada de una pequeña cueva.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Jamie—. Ahí es donde la bestia vive.

Victoria miró con curiosidad a la oscuridad de la boca de la cueva. Justo a la derecha de ella había una enorme roca, sólo un poco más grande que la boca de la cueva en sí.

—Se ve casi como una puerta —dijo Victoria—. ¿No podemos simplemente echar un vistazo rápido dentro de la cueva?

—¿Y quizás despertar a la bestia? No vamos a hacer tal cosa. Vamos, mi chica, es hora de volver a la TARDIS.

Obediente, Victoria comenzó a bajar por la ladera de la montaña. Pensándolo bien, ella estaba bastante complacida de no estar yendo al interior de esa cueva oscura. Había algo muy espeluznante allá dentro. De pronto se dio cuenta de que Jamie no la estaba siguiendo. Él se había acercado a la entrada de la cueva, y estaba mirando en el interior.

—Hey, Victoria, mira esto. Justo adentro de la cueva. ¡Vigas de madera! —Victoria fue a acompañarlo. Intrigado, Jamie se acercó a la entrada de la cueva— Sí, son vigas, obviamente. De soporte, al parecer. Tal vez lo que estamos siguiendo no sea una bestia después de todo —y antes de que Victoria pudiera detenerlo, Jamie se sumergió en la oscuridad de la cueva.

—Vuelve, Jamie —lo llamó—. Dijiste que debíamos regresar a la TARDIS.

La voz de Jamie vino desde dentro de la cueva, en auge por los ecos.

—Entonces pensé que estábamos rastreando un animal salvaje. No le temo a ningún hombre.

Victoria decidió que ella estaba más asustada de quedarse fuera que de entrar. Ella siguió a Jamie en la cueva. En realidad resultó ser más un túnel que conduce al corazón de la montaña. Justo en la entrada las paredes se mantienen sostenidas por lo que parecía ser puntales para minas. Ellos podían ver otros accesorios más abajo en el túnel. Jamie examinó la viga más cercana con curiosidad.

—¿Qué clase de bestia construye una cosa así?

Hubo un chirrido en la entrada de la cueva. Una enorme sombra cayó sobre la luz, bloqueándola por completo. De repente ambos estaban en la oscuridad. Victoria agarró el brazo de Jamie con miedo.

—¿Qué fue eso? ¿Qué ha pasado?

A Jamie le tomó un momento resolverlo. Entonces se dio cuenta.

—¿Te acuerdas de la gran roca cerca de la entrada... que tú dijiste que parecía una puerta? —Victoria asintió—. Bueno —dijo Jamie sombríamente—, ¡alguien acaba de cerrar esa puerta!

Fuera de la cueva, dos enormes patas peludas terminaron de poner la piedra en su lugar. Entonces una figura peluda enorme se dio la vuelta y se alejó lentamente por la ladera de la montaña.

Arrastrando la cama de madera debajo de la ventana, y poniendo el taburete de madera en la cama, y subiendo encima, el Doctor era capaz de mirar por la ventana alta con barrotes de su celda. Él bajó la mirada hacia el patio muy por debajo. Se agarró de las barras y se meneó entonces pero se sujetó firmemente en la ventana de piedra de madera.

Hubo un ruido detrás del Doctor, y un tablón de madera en la puerta se deslizó para revelar una pequeña ventana con rejilla. Se giró y vio el rostro de Travers espiándolo a través de las rejas.

—Es una caída de diez metros, ya ves —dijo Travers—. No hay forma de escapar.

El Doctor descendió desde su torre improvisada.

—No creía que lo sería —le sonrió plácidamente a Travers, quien le devolvió la mirada y le preguntó con fiereza.

—¿Cómo me has rastreado?

—¿Rastrearte? Mi querido muchacho, yo ni siquiera sé quién eres.

Había una nota aguda de histeria en la respuesta Travers.

—No te hagas el inocente conmigo. Todos se rieron de mí, ¿verdad? "*¡Travers, el antropólogo loco!*" Y ahora que estoy cerca

del éxito, quieres robar mi gloria. Justo cuando lo he encontrado finalmente. Sabes de qué estoy hablando. Eso está aquí, en esta montaña. El Yeti: el abominable hombre de las nieves.

El Doctor asintió.

—Sí, pensé que podría ser la criatura. Pero no lo ves, mi querido muchacho, que no tiene sentido el acusarme. Obviamente, un Yeti atacó su campamento.

—¡Disparates! Todos los Yetis son criaturas tímidas e inofensivas. Todo el mundo sabe eso.

El Doctor intentó otra táctica.

—Quienquiera, o lo que sea, que atacó su campamento y mató a su pobre amigo debió haber tenido una enorme fuerza. ¿No es así?

De mala gana, Travers asintió. El Doctor se levantó a su altura modesta y extendió sus manos.

—Bueno, ¿pude haberlo hecho? ¿Podría? ¡Basta con mirarme! —el Doctor casi podía ver la verdad evidente de esta afirmación luchando para llegar hacia el cerebro de Travers. De repente, una mirada de astucia infantil apareció en el rostro de Travers.

—No voy a hablar de ello por más tiempo. Tengo trabajo que hacer. Y en cuanto a tí, mientras que estés encerrado aquí bajo llave, no serás capaz de robar mi triunfo.

El rostro de Travers desapareció y la tapa de madera de la ventana con barrotes de la puerta se cerró de un portazo. El Doctor suspiró, se tumbó en el colchón duro, lleno de bultos, y se preparó para tomar una siesta.

En ese preciso momento, el Doctor era el tema de una feroz discusión. En el cercano Gran Salón, Khrisong y Thomni se enfrentaban a un grupo de hombres mayores con túnicas de color azafrán. Ellos son los Lamas, los sacerdotes del monasterio Det-sen, cuyas vidas se dedican a la meditación y la oración pacífica. A pesar de su idealista estilo de vida apacible ellos tienen un tipo de fortaleza espiritual, una especie de obstinación gentil, que nunca dejaba de enfurecer a Khrisong. Se inclinó hacia adelante con urgencia en un intento de continuar con su punto.

—Tenemos la palabra del inglés, Travers. ¿Por qué iba a mentir?

Sapan, el más antiguo y más sabio de los lamas dijo gentilmente.

—El hombre Travers ha tenido una experiencia muy terrible. Su mente se ha visto afectada. El hombre es consumido por el miedo y la ambición. ¡Él se ha apartado lejos del camino de la verdad!

La voz de Khrisong era feroz.

—La muerte del compañero de Travers es la más reciente de muchas muertes. ¿Sabes cuántos de nuestros hermanos han sido asesinados? Vivimos en el terror. El Abad ha enviado a la mayoría de los hermanos a otros monasterios por su propia seguridad. Los peregrinos, los viajeros, los comerciantes ya no visitan Det-Sen. Sólo un puñado de nosotros permanece aquí. Mis guerreros, no le temen a nada... y vosotros... —Khrisong se interrumpió a sí mismo en la confusión.

Rinchen, otro viejo monje, sonrió gentilmente.

—Nosotros, los que somos tan viejos y tan débiles e inútiles, ya no le tememos a la muerte.

Khrisong dijo ásperamente.

—No quería faltarle al respeto, santo. Pero sabéis que todo lo que he dicho es verdad.

—Lo es, hijo mío. Pero nos pusimos de acuerdo, no sabemos que el Yeti sea la causa de todos nuestros problemas.

—Es cierto, Rinchen. Y nos preguntamos por qué. Ha sido pocas veces visto, es tan tímido. De repente se volvió salvaje. Ahora tenemos a un forastero como prisionero y Travers lo acusa. Yo pido de nuevo, dejadme someter a este hombre a la prueba.

Sapan negó con la cabeza.

—Nos pides que condenemos a un hombre a una muerte casi segura.

—Soy el líder de los monjes guerreros. Es mi deber protegerlos.

—No quitándole la vida a un hombre —dijo Sapan con firmeza—. No se puede usar a un ser humano como carnada viva.

Khrisong se puso en pie.

—Si es necesario, sí, yo exijo que...

Sapan habló en voz baja, como siempre, pero había tal autoridad en su voz que hizo que Khrisong caiga en el silencio.

—No, Khrisong. El precio es demasiado alto —hubo un murmullo de asentimiento de los otros lamas, que fue interrumpido por el auge de un gong del templo.

—Vamos, hermanos —dijo Sapan plácidamente—. Es tiempo para la oración —presto su atención hacia Khrisong—. Después de nuestras meditaciones, voy a consultar con el Abad —el pequeño grupo de lamas formó una fila de uno desde la habitación. Una vez que ellos se fueron, Khrisong explotó de rabia.

—Esto es una locura. ¿Deben morir más de nuestros hermanos antes de que nosotros podamos hacer algo?

Thomni lo miró con asombro.

—Pero los santos han decidido. No hay otra manera.

—Si la hay para mí —dijo Khrisong—. Déjalos que mediten. Déjalos que consulten. Yo, Khrisong, voy a hacer algo al respecto. ¡Tráiganme al prisionero!

Jadeando por el cansancio, Jamie abandonó su intento de mover la roca que bloqueaba la salida.

—Och, no sirve de nada. No puedo moverla en absoluto —Victoria se estremeció a su lado en la oscuridad, deseando desesperadamente que nunca hubiesen dejado la TARDIS.

—Jamie, ¿qué vamos a hacer ahora?

Jamie está pensando. ¿Qué era de lo que el Doctor siempre estaba hablando? El ejercicio del pensamiento lógico.

—Bueno, ya que no podemos volver, y nos quedamos atrapados aquí... sólo tendremos que seguir hacia adelante, o mejor dicho, yo lo haré. Quizás haya otra salida.

—Pero puede haber más de esas cosas ahí dentro.

—Sí, podrías tener razón. Es por eso que quiero que esperes aquí. Sólo grita si me necesitas.

—No te preocupes —dijo Victoria—. Voy a gritar bien fuerte.

Jamie le dio una palmadita alentadora en el hombro. Agarrando su espada con fuerza, echó a andar por el túnel oscuro.

Durante un buen rato él tenía que sentir su camino a lo largo de las paredes. Entonces, para su sorpresa, vio un destello de luz por delante de él. No era la luz del día, sin embargo. Era más bien una especie de resplandor misterioso. Convocando todo su valor, él camino hacia allá. A medida que el resplandor se hizo más brillante, vio que se trataba de la entrada a algún tipo de cámara al final del túnel. Jamie se dirigió a la entrada, y luego entró, mirando a su alrededor con asombro.

Él estaba en una cueva completamente circular con paredes de piedra lisa. En el centro de la cueva estaba el origen de la luz: un pequeño montón de esferas de plata, ordenadas como una pirámide. Cada una de las esferas brillaba suavemente, y su resplandor combinado iluminaba la cueva. Con asombro, Jamie se acercó a las esferas. Justo estaba tratando de llegar a tocar una cuando un grito repentino hizo eco por el túnel.

—¡Jamie! ¡Jamie, vuelve! —se dio la vuelta y corrió por el túnel hacia el sonido de la voz de Victoria.

Mientras corría hacia ella, vio que un borde de la luz estaba apareciendo alrededor del borde de la roca. Podía oír el ruido de la roca al moverse.

—Está regresando —susurró Victoria con miedo—. Está agarrando la roca y moviéndola.



En el centro de la cueva estaba el origen de la luz: un pequeño montón de esferas de plata, ordenadas como una pirámide.

—Sí, eso es —dijo Jamie—. Apóyate contra la pared, escóndete. Es probable que la bestia siga su camino sin verte.

—Pero, ¿qué hay de ti?

Jamie levantó su espada.

—Voy a darle la bestia una bienvenida que no espera.

Jamie retrocedió mientras la entrada se abrió del todo. La luz inundó el túnel, silueteando la enorme figura peluda en la entrada de la cueva. Con un rugido estremecedor, con las garras extendidas, la bestia se abalanzó sobre Jamie. Agarrando su espada con ambas manos, el montañés contraatacó salvajemente, lo que debería haber destrozado la cabeza de la bestia a partir de sus hombros. Pero para sorpresa de Jamie la espada simplemente rebotó, como si la criatura estuviese hecha de acero. El Yeti se abalanzó hacia delante, arrancó la espada de las manos de Jamie, y la partió en dos como un palillo. Implacable, el Yeti avanzó pesadamente, con las garras extendidas para agarrar a Jamie...

3

La carnada viva para capturar un monstruo

Jamie se alejó antes de que el Yeti avanzara.

—¡Atrás, Victoria! —gritó— ¡Yo puedo detenerlo! — aterrorizada de separarse de Jamie, Victoria dejó de esconderse en la pared del túnel. Ella en realidad estaba siguiendo al Yeti por detrás, que no parecía haberse dado cuenta de ella. Jamie retrocedió a lo largo del túnel hasta adentro de la cueva. Tratando de correr hacia atrás, chocó con una de las vigas de soporte del túnel. Un reguero de escombros cayó desde del techo del túnel. El Yeti se detuvo de repente, como si estuviera alarmado por las rocas que caían.

Jamie lanzó sus brazos alrededor de la base de la viga suelta y la agito con todas sus fuerzas. ¡Se desplazó! Hubo un estruendo constante a medida que más escombros caían. Victoria gritó.

—¡No, Jamie, no lo hagas! Seremos enterrados vivos —pero Jamie no le hizo caso.

Con un poderoso último tirón Jamie arrancó la viga de soporte. Una cascada de rocas comenzó a caer desde el techo.

—¡Atrás, Victoria, retrocede! —gritó Jamie.

Con Victoria por un lado, y Jamie en el otro, el gran montón de rocas cayó perfectamente entre los dos, enterrando a la criatura por completo, a excepción de una pata, que sobresalía debajo de la pila.

El polvo llenaba el túnel una vez que finalmente las rocas dejaron de caer. Tosiendo y farfullando, Jamie gritó.

—¡Victoria! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —para su enorme alivio oyó el sonido de alguien más tosiendo. Vagamente vio a Victoria cubierta de polvo trepando por las rocas hacia él. Él la agarró del brazo y la condujo a la pequeña cámara interior. Victoria se sacudió a sí misma en un intento de recuperar la compostura.

—Esa criatura horrible —ella se quedó sin aliento—, ¿qué era?

—No tengo ni idea, muchacha. Pero era muy fuerte. ¿Viste lo que le hizo a mi espada? —dijo Jamie indignado.

Mirando alrededor de la cueva Victoria vio la pirámide de esferas.

—¿Qué son aquellas cosas?

Jamie cogió uno y lo sopesó en su mano.

—Parece algún tipo de metal...

Victoria de repente se estremeció.

—Jamie, salgamos de aquí.

Jamie asintió.

—¡Tenemos suerte de que el derrumbe de rocas no haya bloqueado todo el túnel!

Guardando la esfera en su bolsillo, Jamie agarró la mano de Victoria y la sacó de la cueva, de vuelta hacia la pila de rocas. Por un

momento ella se quedó atrás, con miedo de ir demasiado cerca del Yeti enterrado.

—No tengas miedo —dijo Jamie, tranquilizándola—. ¡Ya está muerto! Nada podría sobrevivir a una tonelada de roca sobre su cabeza.

Victoria se encaramó sobre el montón de piedras, manteniéndose tan lejos como pudo de la garra del Yeti. De repente, ella gritó y se aferró a Jamie.

—¡Mira!

La mano del Yeti se estaba abriendo y cerrando lentamente, como si estuviera haciendo un intento de agarrarla. Ante su mirada horrorizada, la mano y parte del brazo, comenzó a escabullirse de la pila de rocas. La criatura estaba viva, y luchando por liberarse.

—¡Vamos! —dijo Jamie con seriedad. Casi arrastrando a Victoria sobre las rocas, por el túnel y saliendo afuera al aire libre.

Victoria miró a su alrededor con asombro.

—Está empezando a oscurecer. Estuvimos ahí mucho tiempo.

Por un momento, los dos se quedaron sin aliento, absorbiendo el aire fuerte y fresco en sus pulmones. Desde el interior de la cueva vino un estruendo de rocas, y luego el rugido salvaje del Yeti.

—Vamos —dijo Jamie—. Vendrá a cazarnos en cualquier momento.

Comenzaron a correr por la ladera de la montaña, hacia la TARDIS.

Thomni, el capitán de la Guardia, era un joven preocupado mientras iba por el pasillo hacia la celda del Doctor. Podía simpatizar con la impaciencia de Khrisong. Los Lamas no comprendían que no todos los problemas se podían solucionar mediante la oración y la meditación. Pero aun así, desobedecer la voluntad de los santos en la forma en que Khrisong estaba planeando...

Thomni quitó el cerrojo de la puerta de la celda, y la abrió. El desconocido estaba durmiendo plácidamente en la cama. Thomni lo miró. El rostro era apacible y relajado con algo de la serenidad de los propios queridos santos. Thomni brincó de miedo, cuando el hombre en la cama habló sin abrir los ojos.

—¿Has venido a liberarme?

Thomni se sentía extrañamente en desventaja.

—Eh, no... señor.

El Doctor se sentó en la cama y le sonrió.

—Eres Thomni, ¿no es así? ¿Capitán de la Guardia? Por cierto, yo soy el Doctor.

De alguna manera el nombre era familiar para Thomni.

—Tienes que venir conmigo, Doctor —dijo.

—Vamos a tener una pequeña charla en primer lugar, ¿de acuerdo?

—Khrisong está esperando...

—¿Qué le ha sucedido a este lugar? —preguntó el Doctor quejumbroso—. Nadie quiere escucharme. Pareces una persona razonable. ¿Qué está pasando, eh? ¿Por qué es todo tan militar? Uno pensaría que hay una guerra.

—Así es, y estamos sitiados. El Yeti se ha vuelto en nuestra contra. Al menos, eso es lo que pensábamos hasta que... —Thomni se detuvo, confuso.

—Hasta que yo aparecí. Y Khrisong decidió, con evidencias muy débiles, que todo era culpa mía. Sabes, la última vez que estuve en Det-Sen, hubo problemas. Algo sobre un ataque de bandidos chinos.

Thomni lo miró con asombro.

—Debe estar equivocado. Ese ataque fue hace muchos cientos de años atrás... fue entonces cuando el sagrado Ghanta se perdió.

El Doctor sonrió.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Es difícil saberlo. Algunos dicen que fue robado por los bandidos cuando atacaron. Pero hay una leyenda de que la campana Ghanta se le fue dado a un misterioso extraño para su custodia. Alguien solamente conocido...

—¿Como el Doctor?—interrumpió el hombre en la cama.

Thomni asintió, sorprendido.

—Veo que ha estudiado nuestra historia. La leyenda nos dice que el desconocido juró devolverlo. Sin embargo, él advirtió que eso

no podría suceder hasta después de muchos cientos de años... — Thomni se detuvo, perplejo— ¡Usted dijo que se llama el Doctor!

La celda se abrió de golpe y entró Khrisong, con monjes armados a sus espaldas.

—¿Por qué este retraso? ¡Apresarlo y llevarlo a la puerta!

Los monjes agarraron al Doctor y lo empujaron. Mientras era sacado fuera de la celda, él tropezó contra Thomni. Para su asombro, Thomni escuchó el susurro Doctor.

—Bajo la paja, en el colchón. Dile al Abad... —antes de que él pudiera decir algo más, el Doctor fue arrastrado por el pasillo.

Thomni se quedó perplejo. Se fue a la cama y examinó el colchón de paja. Justo donde el Doctor había estado sentado, había un pequeño agujero. Thomni metió sus manos y sus dedos tocaron un pequeño paquete envuelto en tela. Lo sacó y lo desenvolvió. Allí en sus manos estaba el sagrado Ghanta de Det-sen. El Ghanta que había estado perdido por más de trescientos años.

De la mano, Jamie y Victoria bajaron por la ladera de la montaña. De vez en cuando, Victoria echaba una rápida mirada por encima del hombro, pero la criatura de la cueva no parecía estar siguiéndolos. De todos modos, suspiró con alivio cuando por fin lograron ver la TARDIS. Pronto estarían a salvo.

Pero mientras ambos corrían hacia la TARDIS, una enorme figura peluda puede verse en la oscuridad. Jamie y Victoria se detuvieron.

—Ha llegado aquí antes que nosotros —jadeó Victoria—, pero ¿cómo puede ser? Lo habiéramos visto.

—Entonces no puede ser la misma bestia —dijo Jamie—. ¡Hay más de uno!

Jamie estudió la criatura con cautela, fascinado por su primera mirada clara a un Yeti. Era enorme, de unos dos metros y medio de altura, y cubierto de pelaje marrón lanudo. El poderoso cuerpo era inmensamente ancho, por lo que la cosa parecía de alguna manera estar agachado y jorobado, a pesar de su gran altura.

Las enormes manos peludas, y el hocico negro, eran similares al gorila. Los pequeños ojos rojos, y los colmillos amarillos eran como los de un oso. Recordó la descripción de Victoria: algo entre un oso, un mono y un hombre. En definitiva, pensó Jamie, era la bestia peluda más repugnante que había visto nunca.

Victoria le tiró con urgencia del brazo.

—¿Qué vamos a hacer? —Jamie volvió a mirar el Yeti. No tenía ninguna intención de atacarlos, aunque ahora ellos estaban bastante cerca de la bestia. Se erguía como una especie de soldado extraño, inmóvil, esperando en su puesto. Jamie se frotó la barbilla.

—Bueno, no podemos volver a la TARDIS, ya que la bestia bloquea el camino. Tendremos que ir a ese monasterio. Tal vez podamos encontrar al Doctor y advertirle de lo que está pasando.

Demasiado cansados para correr, Jamie y Victoria caminaron con tambaleo por la ladera hacia el monasterio.

En el patio del monasterio, la oscuridad estaba cayendo. El Doctor, custodiado por monjes guerreros armados, se puso a temblar dentro de su abrigo de piel. Él fue el tema de una acalorada discusión entre el viejo lama, Sapan, y un muy enojado Khrisong.

—No interfieras, santo —dijo el monje guerrero con furia.

La voz de Sapan era gentil como siempre.

—¿Acaso no estamos de acuerdo, Khrisong, en que íbamos a consultar al abad Songtsen, antes de tomar nuevas medidas en este asunto?

—¡No, santo, nosotros no estamos de acuerdo! —dijo Khrisong amargamente—. Vosotros decidisteis, como siempre. Pero yo os digo, no siempre puedo esperar a consultar el abad antes de hacer algo al respecto.

—Se razonable, Khrisong...

El Doctor dejó de escuchar una vez que el argumento comenzó a hacer estragos. Pensó con ironía que nadie quería saber lo que pensaba, a pesar de que su destino estaba en discusión. No es que él estuviera preocupado. Una vez que el muchacho le entregara el Ghanta sagrado al Abad, Songtsen pondría fin a cualquier tontería que Khrisong tuviera planeando. Algo acerca de una prueba, por lo que el Doctor pudo entender.

Un movimiento con curiosidad furtiva llamó la atención del Doctor. Él giro su mirada y vio a Travers a punto de salir por la puerta principal. Estaba totalmente equipado a cabo para viajar, con una mochila cargada a la espalda.

—¡Travers! —el Doctor lo llamó— ¿No crees que todo esto ha ido demasiado lejos? —señaló a los monjes que discutían, los guardias armados a su lado—. Por amor de Dios, diles que estabas equivocado.

Travers negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo hacer nada.

—¿Qué esperas ganar con todo esto?

—Tiempo —dijo Travers ferozmente—. Tiempo para encontrar al Yeti, a pesar de que voy por mi cuenta. No vas a tener otra oportunidad para interponerte en mi camino. Tu pequeña expedición se detiene aquí.

El Doctor estaba indignado.

—Yo no soy parte de una expedición, y no estoy interesado en tu preciado Yeti. Pero tú me has puesto en una situación muy desagradable. Estos monjes son susceptibles de hacer algo estúpido.

Travers rió.

—No te preocupes, los monjes no te harán daño. Son hombres de paz —colocando su mochila en sus hombros, Travers se dio la vuelta y salió por la puerta principal, desapareciendo en las sombras de la noche.

El Doctor miró a los monjes que discutían, justo a tiempo para oír a Khrisong decir.

—Yo digo que el desconocido es un asesino. Tenemos la palabra de Travers para eso. Creo que este hombre pudo haber encontrado alguna manera de controlar al Yeti, y volverlo salvaje. Voy a atarlo a las puertas principales. Si el Yeti viene a rescatarlo, mis guerreros estarán esperando...

—No se puede utilizar a un ser humano como carnada viva — protestó Sapan.

Ignorando al viejo lama, Khrisong volvió su atención hacia los guardias del Doctor.

—Llevarlo afuera, y atadlo a la puerta.

Cargando el Ghanta en sus manos reverentes, Thomni se escabulló tímidamente en la antecámara del Abad Songtsen. Miró a su alrededor con miedo y asombro. Él nunca se había atrevido a entrar en esta parte del monasterio antes. La habitación estaba en penumbra por las lámparas de oración. No hay ventanas. A su alrededor hay estatuas y adornos tallados ornamentales. Muchos de los tesoros del Monasterio Det-sen estaban aquí, objetos sagrados de inmenso valor, siendo atesorados y adorados a través de las eras. Pero ninguno tan valioso, o tan sagrado, como la pequeña campana de bronce, Ghanta, que Thomni sostiene.

Thomni quedó helado como una estatua cuando las puertas del Santuario Interno se abrieron con un chirrido, al parecer por sí solas. Este era el lugar más sagrado de todos, el corazón mismo del monasterio. Apareció el Abad Songtsen. Aterrorizado, Thomni se

arrodilló. El Abad se alejó de las puertas del Santuario Interno, que se cerraron detrás de él. Dio media vuelta y cruzó la antecámara, su sabio rostro viejo arrugado tranquilo, como en trance. Él no parecía ni siquiera notar a Thomni, caminando justo a su lado. Thomni logró producir un susurro aterrorizado.

—¡Maestro Abad! —Songtsen se detuvo, la conciencia regresando lentamente a su rostro— ¡Maestro Abad! —Thomni susurró de nuevo.

Una mirada de horror apareció en el rostro del anciano al ver al muchacho agachado a sus pies.

—Thomni, sabes bien que sólo a mi se me permite entrar en este lugar sagrado.

En silencio, Thomni extendió las manos, la Ghanta estaba en sus palmas. El Abad se inclinó hacia delante y miró a la pequeña campana.

—¿Qué es esto? ¿Dónde lo obtuviste?

La voz de Thomni fue baja y reverente.

—Maestro Abad, ¿no es la Ghanta sagrada que se había perdido?

De repente otra voz habló. Salió de la nada, y sin embargo, desde cualquier punto de la habitación. Era vieja y sabia, pero fuerte y vigorosa también.

—Es el sagrado Ghanta, mi hijo. Perdido durante trescientos años. ¿Cómo la has encontrado?

Aterrorizado, Thomni miró a su alrededor buscando el origen de la voz. Pero, aparte de él mismo y el Abad, la antecámara estaba vacía. Sin embargo, el poder de la personalidad del orador llenó toda la habitación. Con demasiado miedo para hablar, Thomni miró al abad, quien dijo suavemente.

—Es el Maestro Padmasambvha. No temas.

La voz volvió a hablar.

—Traedme el Ghanta, los dos —el Abad inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y le indico a Thomni que lo siguiera. Thomni se puso de pie y siguió al Abad a través de la puerta del Santuario Interno. Las puertas se abrieron en silencio mientras ambos se acercaban.

Las manijas de las grandes puertas del monasterio de Det-Sen tienen forma de enormes anillos de bronce. A uno de estos anillos, el Doctor estaba siendo atado firmemente con tiras de cuero. Khrisong dio una revisión final a los nudos, y asintió con satisfacción. Se giró hacia el pequeño grupo de guerreros que le rodeaban.

—Ocultaos en las ventanas, en las paredes y por detrás de las puertas. Tened preparados los arcos —a medida que los monjes guerreros fueron a ocupar sus lugares, Khrisong miró lúgubrementemente al Doctor—. ¡Si tus siervos intentan rescatarte, vamos a matarlos!

El Doctor suspiró con cansancio.

—Todo esto es inútil. Te lo aseguro, nadie va a rescatarme... y menos aún un abominable hombre de las nieves —Khrisong

comenzó a alejarse de su prisionero para regresar dentro del monasterio—. Y hay algo más —gritó el Doctor—, ¿se te ocurrió pensar que sea lo que sea que haya asesinado a tus monjes también podría matarme?

Khrisong dijo irónicamente.

—Si el Yeti te ataca, eso será la prueba de tu inocencia. Luego, por supuesto, vamos a rescatarte... si podemos —se dio la vuelta y volvió a entrar al monasterio.

El Doctor suspiró con cansancio.

—Ese es precisamente el asunto... —y luego se rindió. Era casi de noche ahora, y sombras tenebrosas cubrían el sendero de la montaña y el área ante las puertas del monasterio. Todo parecía extraño y siniestro en la penumbra. El Doctor se preguntó qué le había pasado a Thomni. Tal vez él ni siquiera había encontrado el Ghanta. Y ¿qué pasaba con Jamie y Victoria? Deben estar muy aburridos por ahora...

Jamie y Victoria estaban demasiado asustados para aburrirse. No era una tarea fácil, buscando su camino hacia el monasterio en la rápida creciente oscuridad. Varias veces se habían extraviado en el camino cubierto de nieve, encontrando su camino de regreso con dificultad. A medida que la oscuridad se espesó y las sombras se pusieron más oscuras y más largas, cada roca parecía un Yeti esperando para atacar.

Victoria apretó la mano de Jamie con fuerza y se lamentó.

—Oh, Jamie, estoy segura de que estamos perdidos de nuevo.

Jamie hizo todo lo posible para sonar confiado.

—Yo digo que no estamos perdidos. El sendero nos lleva por la montaña, y el monasterio esta al final de dicho sendero. Todo lo que tenemos que hacer es seguir adelante.

Pero Victoria no estaba escuchando. Ella se detuvo y le susurró.

—Hay algo que se mueve. Adelante, ahí abajo.

Jamie suspiró.

—Desde que nos pusimos en marcha, has estado viendo cosas...

—No lo estoy imaginando ahora. ¡Escucha!

Jamie miró a través de la oscuridad, aguzando su oído. Efectivamente, había algo... un sonido de pies que se arrastraban, y de respiración con tos. Jamie miró a su alrededor buscando un arma. Agarró una piedra a un costado del sendero, y se preparó para luchar. Una figura oscura se alzaba en la oscuridad, enorme y amenazante. Victoria dio un pequeño grito y Jamie estaba a punto de atacar, cuando la misteriosa figura habló.

—¡Ey, ustedes dos! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Jamie dejó caer la roca con un suspiro de alivio. La persona se acercaba y se reveló como un hombre que llevaba una mochila. Pero Jamie seguía siendo cauteloso.

—Yo podría preguntar lo mismo —dijo con firmeza.

—Me llamo Travers. Soy un explorador.

—Nosotros estamos yendo hacia el monasterio —dijo Victoria.

—¿Hablas en serio? Conocéis a alguien que se hace llamar el Doctor, ¿verdad?

—Sí, lo conocemos —dijo Jamie—. ¿Lo has visto? ¿Él está bien?

El hombre se echó a reír.

—Oh, sí, me encontré con él en el monasterio. Él está perfectamente bien.

—Vamos, Jamie, será mejor que vayamos a encontrarlo —dijo Victoria.

—Sí, por qué no han hecho eso —dijo el hombre—. Espero que los monjes les den una gran bienvenida —asintió con la cabeza y se fue por el sendero.

Jamie vaciló. No había aceptado la palabra del hombre en absoluto. Sus ojos brillaban con fiebre, y había algo extraño en su actitud. De todos modos, él debía advertirle sobre el peligro de más adelante.

—Yo tendría cuidado, señor, si fuera usted. Hay una especie de grandes bestias peludas merodeando alrededor. Ellos viven en una cueva más arriba en las montañas.

El hombre dio media vuelta y corrió hacia ellos.

—¿Habéis visto al Yeti? ¿Realmente habéis encontrado su guarida? —agarró el brazo de Jamie y trató de arrastrarlo por la fuerza—. Tienes que llevarme allí. Ahora, de inmediato.

Jamie tiró de su brazo con firmeza.

—No lo haré. Ya he visto bastante de esas cosas para toda una vida.

—Pero tengo que encontrarlo. Debo encontrarlo —Travers estaba casi balbuceando con entusiasmo.

Jamie no se inmutó.

—Nosotros no podemos ir allí ahora, hombre. Es casi de noche. Yo no podría encontrar el lugar.

—¿Me llevarás allí mañana?

—Sí, quizás. Pero con una condición.

Travers lo miró con suspicacia.

—¿Cuál?

—¿Dices que ha venido desde el Monasterio? —dijo Jamie, Travers asintió.

—Entonces sólo guíanos de regreso ahí, ahora. Eso, si quieres mi ayuda mañana.

Travers vaciló, evidentemente, todavía con ganas de atrapar al Yeti de inmediato. Pero era casi de noche. Y si este muchacho había encontrado su guarida...

—De acuerdo. Vamos —Travers giró y echó a andar por el sendero.

Jamie cogió el brazo de Victoria y le dio una sonrisa tranquilizadora. Ambos corrieron tras su guía. Travers esperó a que Jamie le siguiese y le dijo.

—Dime exactamente dónde se encuentra esa cueva...

El Santuario Interno era aún más oscuro y más misterioso que la antecámara. En su centro había un estrado elevado, sobre el cual estaba fijado un tipo de adornada silla dorada, semejando a un trono. Hay velos delgados unidos en un toldo, una carpa transparente que oscurece el trono y la persona sentada ahí. Una estatua dorada gigante de Buda de pie contra la pared del fondo.

Thomni y el Abad Songtsen permanecen delante del trono. Ambos tienen los rostros inexpresivos en blanco de hombres en estado de hipnosis profunda. Padmasambvha habló. A pesar de que ahora estaba sentado delante de ellos, su voz todavía parecía venir de todas partes y de ningún lado, llenando la habitación.

—Estamos muy agradecidos por el regreso de nuestro sagrado Ghanta. El Doctor es nuestro amigo. Thomni, irás a donde está Khrisong. Dile que el Abad ordena la liberación del Doctor.

Thomni hizo una reverencia. Todavía en el mismo estado de trance, él se dio la vuelta para marcharse. La voz volvió a hablar.

—Recuerda, estas palabras fueron pronunciadas por el Abad. Nunca me has visto ni has oído mi voz. Nunca has entrado en esta sala.

Thomni hizo otra reverencia y se fue. Ni siquiera se dio cuenta cuando las puertas del Santuario se abrían y cerraban detrás de él por voluntad propia.

En la antecámara, Thomni pareció despertarse de un tirón. Miró a su alrededor salvajemente. Entonces recordó. Le habían dado una misión más importante, el propio abad Songtsen... Thomni salió corriendo de la habitación.

En el Santuario, la voz de Padmasambvha estaba diciendo.

—Tenemos que asegurarnos, Songtsen, que el Doctor no sepa nada de lo que está pasando aquí. Él no puede tener contacto con el poder que ahora nos guía. Incluso él podría tratar de impedir el Gran Plan. Sería bueno si él tuviera que marcharse tan pronto como sea posible.



Padmasambvha habló... su voz todavía parecía venir de todas partes y en ningún lado

El Doctor comenzaba a sentir frío y a agobiarse mientras permanecía atado en la puerta del monasterio.

Khrisong y sus guerreros sentían frío y estaban agobiados también, esperando en lo alto de las paredes. Pero ellos montaban guardia con valentía, lanzas y arcos listos para usarlos para atacar, de repente uno de ellos se acercó con entusiasmo a Khrisong.

—Allí, viniendo por el sendero. Tres de ellos.

Khrisong miró.

—Sí, los veo. ¡Tus ojos están ansiosos, Rapalchan! ¡Asegúrate de estar listo, todos! Arqueros, ajustad las flechas a los arcos. El resto, agarrad las lanzas, listos para lanzarlas.

Cerca de allí, en el sendero de la montaña, Jamie y Victoria ya acababan de ver las luces del monasterio.

—Allí está, Jamie. Mira... ahí está el Doctor esperándonos en la puerta —en su emoción, Victoria comenzó a correr por delante. Jamie corrió hacia ella para alcanzarla. Travers, detrás de ellos, empezó a trotar.

En las paredes del monasterio, Khrisong y sus guerreros esperaban, arcos apuntando y listos, viendo a las tres figuras corriendo hacia ellos en la oscuridad.

—Los Yetis están llegando, hermanos —susurró Khrisong exultantemente—. Tan pronto como ellos estén a nuestro alcance, ¡matadlos! ¡Matadlos a todos!

4

Jamie atrapa un Yeti

El Doctor forzó la vista, tratando de enfocar las tres formas corriendo por el camino de montaña hacia él. Por un momento, la distancia y la oscuridad le engañaron. Quizás los Yetis realmente venían a rescatarlo. Miró de nuevo, luego se rió entre dientes. Por supuesto, ¡Victoria y Jamie! Y esa persona detrás de ellos era muy similar a Travers.

De repente, un pensamiento aterrador golpeó al Doctor. Si él ha podido confundir a los tres con peligrosos Yetis, ¿no podrían Khrisong y sus monjes guerreros hacer lo mismo? Hombres cansados y nerviosos, con arcos y lanzas en las manos, a la espera en la oscuridad para atacar. ¡Ellos sin dudar atacarían a cualquier cosa que se mueva cerca! Frenéticamente el Doctor gritó.

—Victoria, Jamie, quedaos atrás. ¡Ellos pretenden mataros!

En la ladera de la montaña Victoria podría escuchar la voz del doctor, pero el viento se llevaba sus verdaderas palabras.

—¡Descuida Doctor, estamos llegando! —grito, y corrió aún más rápido.

Arriba en la pared, un joven monje entró en pánico. Sin esperar a la orden de Khrisong, sacó su arco y disparó.

Una flecha se clavó en el suelo cubierto de nieve a los pies de Victoria. Jamie se acercó a su lado.

—Mira —grito Victoria—. Nos están disparando.

Travers se unió a ellos y miró con asombro a la flecha.

—Malditos tontos, ¿qué piensan que están haciendo?

Khrisong encabezaba una banda de guerreros elegidos para bajar desde la pared, y salir por la puerta principal, listos para combatir con el Yeti. Cuando Khrisong apareció afuera de las puertas, el Doctor lo llamó.

—¡Por favor! ¡No disparen! Esos son amigos míos.

—¡Lo sabemos, Doctor —gritó Khrisong—, pero sus Yetis no te rescatarán!

El Doctor forcejeaba con sus ataduras.

—No son Yetis, hombre. Son poco más que niños.

Khrisong lo ignoró.

—¿Listos, hermanos? —el pequeño grupo de monjes se preparo para disparar a las tres figuras en el camino. Arcos apuntaban al objetivo, lanzas levantadas en preparación para ser arrojadas.

Fue Travers quien los salvó a todos. Dejando a Jamie y Victoria a un lado, él corrió directamente hacia el pequeño grupo de guerreros, ignorando el peligro.

—¡Detenga toda esta tontería de una vez por todas! Que soy yo, Travers. ¡Me conoces!

—Tal vez sea brujería —murmuró uno de los guerreros—. El Yeti intenta engañarnos con su magia, hablando con la voz de Travers. Mejor matarlo, y estar seguros —levantó su lanza.

Khrisong lo detuvo, tirando la lanza a un lado.

—No. ¡Es Travers!

Travers se acercó a él con rabia.

—Mírame, ¿qué crees que estás haciendo? —gritó.

Khrisong dijo.

—Lo siento. Fue un error. ¿Quiénes son los otros?

—Un par de jóvenes que conocí en la montaña. Dicen que son amigos del Doctor —Travers llamó a sus dos compañeros—. Todo está bien, venid. Es seguro ahora.

Jamie y Victoria corrieron hacia el Doctor. Furioso, Jamie le preguntó a Khrisong.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está el Doctor atado así?

—Él es un presunto delincuente —dijo Khrisong severamente—. También lo sois vosotros, si sois sus amigos. ¡Aprésenlos a los dos!

Uno de los monjes trató de agarrar a Victoria. Jamie lo noqueó rápidamente, arrebatando su lanza. Se dio la vuelta amenazadoramente ante los monjes que se aproximaban. El problema parecía inevitable. Otro monje salió corriendo desde el interior del Monasterio. Era Thomni.

—Espera, Khrisong —dijo—. Tengo un mensaje del Abad.

Khrisong levantó la mano para detener a los guerreros.

—¿Y bien?

—Este hombre ha traído de vuelta la Ghanta sagrada. Nosotros debemos tratarlo con toda amabilidad y respeto. Esas son las órdenes del Abad.

Khrisong se dio la vuelta hacia el Doctor.

—¿Por qué no me dijiste nada sobre esto?

El Doctor sonrió.

—¿Me habrías escuchado?

Khrisong lo miró fijamente por un momento, y luego asintió con la cabeza a uno de los monjes. El monje se adelantó y empezó a cortar las ataduras del Doctor.

—Estoy seguro de que las órdenes del abad se aplican a mis amigos también —dijo el Doctor ligeramente. Los guerreros que amenazaban a Jamie y Victoria retrocedieron. Victoria corrió hacia el Doctor.

—¿Estás bien? —dijo ella.

El Doctor se frotó las muñecas.

—Oh, creo que sí. Un poco estirado, tal vez. ¡Me estaban usando a mí como carnada para Yeti, ya ves! Pero no hubo ningún daño serio —mirando severamente a Travers, el Doctor continuó con severidad—. Pero pudo haber sido peor, señor Travers. Todos

podríamos haber sido asesinados. Todo por esa historia ridícula suya. ¿No es hora ya de decir la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó Khrisong con firmeza.

Travers parecía avergonzado.

—Lo siento, Khrisong. Me temo que te he engañado. No pudo haber sido el Doctor quien me atacó. La cosa era enorme, no era humano en absoluto. Yo sólo quería encerrarlo bajo llave. No era mi intención que se le hiciera daño al Doctor.

Khrisong se giró con disgusto y se dirigió hacia adentro del monasterio. Thomni dijo en tono de disculpa.

—Doctor, el Abad ha dado órdenes para que cuartos cómodos y deliciosos aperitivos sean preparados para tí. Más tarde, cuando hayas descansado bien, a él le gustaría verte y darte las gracias. ¿Nos vamos adentro?

El Doctor dijo.

—Una excelente idea. Vamos. Puedes venir también, Travers. Puede que nos hayas metido en problemas, pero al menos has contribuido a sacarnos de ellos.

Todos ellos regresaron hacia adentro del monasterio y las grandes puertas de bronce sonaron a sus espaldas al cerrarse.

En lo alto de la ladera de la montaña, tres enormes figuras peludas estaban de pie inmóviles cerca de la boca de la cueva donde Jamie y Victoria habían estado atrapados. De pronto, volvieron a la vida. Como obedeciendo a una orden común, comenzaron lentamente a moverse por el sendero, hacia el monasterio.

En la simple habitación de invitados proporcionada por los monjes, el Doctor terminó una taza de té tibetano y suspiró con placer.

—Mi agradecimiento a su Abad, Thomni. Una espléndida comida —Jamie y Victoria intercambiaron miradas.

—Och, sí —murmuró Jamie—. Estaba muy bien.

—Sí, fue encantadora —agregó Victoria.

En realidad ninguno de ellos estaba muy impresionado con la comida tibetana. El montón de arroz amarillo, cubierto con carnes y vegetales extraños, había sido lo suficientemente agradable al paladar, sobre todo ya que ambos estaban con un hambre voraz. Pero el té sin azúcar y sin leche, con mantequilla de yak flotando había sido demasiado para ellos. Travers había comido y bebido con gusto. Victoria supuso que debía estar acostumbrado a las comidas extrañas. En cuanto al Doctor, él parecía dispuesto, como siempre, a comer y beber cualquier cosa, en cualquier lugar, con cualquier persona.

Thomni sonrojó de placer por sus elogios.

—Cuando hayas descansado aún más el Abad querrá verte y agradecerte, Doctor —hizo una reverencia y se retiró.

Travers le sirvió al Doctor otra taza de té.

—Parece que te llevas bien con los monjes, Doctor.

El Doctor sonrió.

—Bueno, es mi segunda visita, ya sabes.

—Pensé que yo era uno de los primeros hombres blancos en llegar aquí —dijo Travers—, ¿cuándo fue tu primera visita?

—Oh, hace unos trescientos años —respondió el Doctor despreocupadamente. Haciendo caso omiso de la reacción atónita de Travers, continuó—. Jamie, vamos a echar otro vistazo a esa esfera que encontraste en la cueva —Jamie la sacó y se la entregó. El Doctor se quedó mirándola, perdido en sus pensamientos.

—Todavía no creo que esas cosas que nos atacaron fueran Yeti —dijo Travers argumentativamente—. Todos los informes coinciden: la raza Yeti es humilde y tímida. Los monjes lo confirman también. En los viejos tiempos los Yetis difícilmente eran vistos.

—Sin embargo, se han vuelto osados y salvajes —dijo el Doctor pensativo. Travers asintió.

—De acuerdo con los monjes, los Yetis han estado matando toda clase de personas, atacando a los campamentos de los peregrinos y comerciantes, como con el mío.

—Tal vez no quieran que la gente venga más —sugirió Victoria.

—Ellos, o quien sea, los está controlando —intervino Jamie. Todos lo miraron con sorpresa. Jamie se sintió repentinamente avergonzado.

—Adelante, Jamie —dijo el Doctor alentadoramente. Él sabía que, aunque el muchacho escocés era más un luchador que un pensador, tenía una mente rápida y astuta, especialmente en lo tocante a problemas prácticos.

—He estado pensando, Doctor —dijo Jamie—. Esa bestia, tenía algo extrañamente atroz a la vista. ¿Qué tipo de animal puede quedar aplastado con un montón de piedras sobre su cabeza y después lograr liberarse de ellas tan fácilmente como si nada? Y aquel otro, cercano a la TARDIS, no nos atacó en absoluto. No estoy seguro de que esas criaturas sean solamente animales en absoluto. No me parecen naturales de ninguna manera

El Doctor suspiró.

—Me gustaría ver una de estas cosas, realmente me gustaría.

Como en respuesta al deseo del Doctor, Thomni se precipitó en la habitación.

—Señor Travers, Doctor, tienen que venir. ¡Los Yetis se aproximan al monasterio!

Travers, Jamie y Victoria se pusieron de pie y siguieron a Thomni desde la habitación. Antes de irse, el Doctor coloca la esfera de plata que Jamie le había entregado con cuidado en la cama, debajo de la almohada. Entonces siguió a los demás.

En el patio iluminado por antorchas, hubo una escena de bullicio y actividad. Khrisong tenía a todos los guerreros disponibles armados y de guardia. Algunos estaban siendo enviados a la plataforma de observación, otros esperaron detrás por las puertas en caso de que uno de los Yetis tratara de romperlas.

El Doctor y su pequeño grupo se pararon en una plataforma de observación, mirando por encima de los muros. Ya estaba oscuro, y sólo podían distinguir la mayor parte de la montaña, ya que se cernía sobre el monasterio. El área justo por detrás de las puertas estaba

iluminado por antorchas ardientes en las paredes, pero más allá de su círculo de luz, era difícil ver algo en absoluto.

—Bueno, ¿dónde están? —refunfuñó Travers.

—Espera —dijo Khrisong—. Cuando la luna salga por detrás de esas nubes, los verás. Se encuentran muy cerca —mientras él hablaba la luna comenzó a aparecer. Sus rayos iluminaron la montaña cubierta de nieve como también el sendero que conducía a lo alto. Entonces los vieron. Un grupo de formas peludas, dando vueltas justo más allá del círculo de antorchas.

—Ahí adelante, son ellos —dijo Jamie—. ¡Hay toda una pandilla de ellos ahora!

Travers tenía un par de binoculares en sus ojos. Su rostro estaba radiante.

—Por fin —murmuró—. Por fin. ¡Míralos! ¿No son magníficos?

Victoria no era tan entusiasta.

—Doctor, mira —susurró—. Están viniendo cada vez más cerca —y, en efecto, las figuras peludas andantes parecían estar acercándose cada vez más a las puertas del monasterio.

El Doctor tocó el hombro de Khrisong.

—¿Crees que van a atacar? —la cara de Khrisong era sombría.

—No puedo decirlo, Doctor. Sólo podemos estar preparados. Pero ellos nunca habían estado tan cerca antes.

El Doctor había tomado los prismáticos de un Travers reacio y miraba con ansiedad a las criaturas.

—Sabes, Jamie, ya veo lo que quieres decir. Hay algo en la manera en que se mueven... —le entregó los prismáticos—. Oh, desearía poder examinar uno correctamente. ¿Crees tú que podrías capturar uno para mí?

Jamie se rió entre dientes.

—Oh, sí, no es para tanto. ¿Te lo envuelvo para regalo, Doctor?

Khrisong miró al Doctor con asombro.

—Vamos a matarlos, Doctor, si podemos. Pero, ¿por qué deberíamos querer capturar a uno?

—Porque si puedes conseguirme uno para examinarlo, puedo ser capaz de averiguar por qué la raza Yeti se ha vuelto de repente asesina. Incluso podría ser capaz de encontrar una manera de derrotarlos.

Jamie se aclaró la garganta.

—¿Estás hablando en serio, Doctor? ¿Sobre la necesidad de atrapar una de esas bestias?

—Muy en serio, Jamie.

—Och, bueno, creo que puedo conseguirte uno. Voy a necesitar algo de equipamiento, Khrisong, y la ayuda de uno de aquellos guerreros suyos.

Khrisong miró dubitativamente a Jamie.

—Solo eres un muchacho...

—Créeme, Khrisong —dijo el Doctor con firmeza—, si Jamie dice que puede hacerlo, lo puede hacer. De hecho lo he visto luchando en situaciones peligrosas antes.

Khrisong miró a Jamie.

—Bueno, muchacho, ¿qué necesitas?

—Vamos, Victoria —dijo el Doctor. Creo que será mejor que salgamos del camino. Es hora de que ofrezcamos nuestros respetos al abad Songtsen.

El Gran Salón era la habitación más grande en el monasterio. Estaba llena de largas mesas y bancos, lo suficiente para mantener a cientos de monjes cuando se reunían para la alimentación y la oración. Ahora sólo un puñado de los Lamas estaban reunidos ahí.

—No temáis, hermanos —estaba diciendo Songtsen—, estoy seguro de que el regreso del sagrado Ghanta significa tiempos mejores para nosotros en Det-sen.

—Maestro Abad —Sapan objetó suavemente—, ahora mismo Yetis se reúnen en nuestras puertas para atacarnos.

El Abad sonrió tranquilizadoramente.

—Tened fe. Khrisong y sus guerreros nos protegerán.

Sapan frunció el ceño.

—Khrisong es un terco hombre enojado. Él me desobedeció, mi señor Abad. Tan seguro estaba él de que el Doctor era un peligro para nosotros.

Hubo una tos de desaprobación desde la puerta. Los Lamas levantaron la vista para ver al Doctor y Victoria de pie en la puerta.

—¿Yo, un peligro? —dijo el Doctor—. Les puedo asegurar que no lo soy. De hecho, tengo grandes esperanzas de que pueda ayudarles.

El Abad se adelantó, sonriendo.

—Nos has ayudado mucho ya, Doctor, devolviendo el sagrado Ghanta. Te debemos mucho.

En el patio del monasterio, Jamie se había hecho cargo de las cosas con voluntad. A excepción de algunos centinelas, él tenía a todos los monjes guerreros, y a Travers también, ensamblando una especie de red improvisada. Todas las cuerdas disponibles en el monasterio habían sido tejido juntas en una clase de cuna de gato enredado. Khrisong observaba, medio resentido y medio entretenido, como Jamie acosaba a los monjes a hacer exactamente lo que quería.

—Och, no, grandes bobos. La cuerda pasa por allí, y bajo aquí. Entonces se ata allí. Y haced esos nudos bien. Si la bestia se suelta, todos acabaremos muertos.

Por fin, el trabajo estaba completo. La red improvisada se extendía en el patio, largas cuerdas atadas a cada esquina. Bajo las

instrucciones de Jamie, un grupo de monjes llevó la red a través de las puertas, y la extendió en el suelo justo debajo de la pared.

—Bien —dijo Jamie—¡Fuera, la mayoría de vosotros! —los monjes, a excepción de Thomni y Khrisong, volvieron a entrar. Jamie esperó un momento y luego gritó—. ¿Listos ahí dentro? —agarró una de las largas cuerdas atadas a una esquina, y la tiró por encima del muro. Hizo lo mismo con las cuerdas en las otras tres esquinas de la red improvisada. Rápidamente, Jamie corrió hacia adentro del patio para comprobar la trampa.

Los extremos de las cuatro cuerdas ahora estaban colgando sobre la pared dentro del patio. Un par de jóvenes monjes fornidos estaba agarrando cada cuerda. Travers estaba a cargo de ellos.

—Recordad —dijo Jamie con seriedad—, cuando grite *¡Ahora!*, tirad con todas vuestras fuerzas, y no lo dejéis escapar —Travers asintió con determinación, Jamie cogió una antorcha de la pared, y se fue afuera donde Khrisong y Thomni estaban esperando, ambos armados con lanzas pesadas.

Jamie miró a la red extendida, las cuerdas en cada esquina se estiraban por encima del muro.

—Todo lo que necesitamos ahora es un Yeti —dijo alegremente —¡Voy para allá y le silbaré a uno!

—Eres valiente, forastero —dijo Thomni—. Nuestras oraciones están contigo.

Sosteniendo su antorcha ardiente delante de él, Jamie partió por el sendero de la montaña hacia el Yeti que lo esperaba.

Durante todo este tiempo el pequeño grupo de Yetis se había quedado en la montaña, a veces avanzando, a veces retirándose, pero nunca muy lejos. Jamie silbó para mantener su ánimo mientras se acercaba a ellos. Eligió el Yeti más cercano, y marchó audazmente hacia él.

El Yeti se quedó inmóvil mientras él se acercaba. Al igual que el otro fuera de la TARDIS, pensó Jamie. Incluso cuando estaba casi al alcance de sus garras, la criatura no se movió. Jamie levantó la antorcha. La luz se reflejó en los colmillos amarillos del Yeti, y se reflejó ardientemente en sus pequeños ojos rojos. Jamie se armó de todo su valor, y le gritó a pleno pulmón.

—Garr, tú enorme bobalicón peludo. ¡Quiero que sepas que te tendré en mi habitación como felpudo, sí que lo haré! —tiro su antorcha llameante justo bajo la nariz del Yeti, lo suficientemente cerca para chamuscar sus bigotes.

Con un rugido enervante el Yeti volvió a la vida. Una mano peluda gigante dirigió un corte salvaje a la cabeza de Jamie. Jamie se agachó, giró y corrió por el sendero a toda velocidad. Podía oír los aullidos furiosos del Yeti avanzando pesadamente tras él.

Jamie cronometra su velocidad con cuidado, dejando al Yeti aproximarse a él tan cerca como podía sin llegar a ser atrapado. No quería que la bestia comenzara a desanimarse y renunciara. Pronto Jamie estaba casi a las puertas del monasterio, donde Khrisong y Thomni lo esperaban, con lanzas en sus manos. Ahora bien, si él tan sólo pudiese atraer a la criatura hacia la red...

Jamie estaba casi ahí, cuando se resbaló y cayó en el suelo gélido. El Yeti se cernía sobre él, sus grandes manos con garras

alcanzando a su presa. Jamie, agotado y sin aliento, yacía indefenso en el suelo.

Khrisong y Thomni corrieron hacia delante de Jamie, empujando al Yeti con sus lanzas. La criatura daba vueltas en círculos sobre ellos, haciendo añicos la lanza de Thomni de un solo golpe. Khrisong estaba ahora solo, golpeando y empujando con su lanza mientras Thomni ayudó a Jamie a levantarse.

Khrisong estaba luchado con todas sus fuerzas, pero sus golpes no surtían efecto. Se vio obligado a retroceder ante el monstruo atacante. El Yeti avanzó pesadamente más y más hacia adelante. Avanzó hasta que estaba de pie justo en la red.

—¡Khrisong, vuelve! —gritó Jamie. Con un último ataque con su confiable lanza al Yeti, Khrisong saltó hacia atrás, y Jamie dio un grito poderoso de "¡Ahora!" hasta quedarse afónico.

En el patio, Travers gritó.

—¡Tirad! —los monjes guerreros tiraron con fuerza de las cuerdas. Un extremo de las cuerdas se sacudió tensamente, y, atrapado en la red, el Yeti se elevó del suelo. Entonces la carga de la red se estrelló contra la pared, y ellos tiraron de las cuerdas con rapidez para levantar a la criatura más y más arriba del suelo. El Yeti se retorció frenéticamente en la maraña de cuerdas, rugiendo de rabia. Más monjes armados corrieron desde el patio y comenzaron a pegarle al Yeti con espadas, lanzas y garrotes. Ninguno de sus golpes tuvo el menor efecto. La criatura enloquecida todavía continuó agitándose y rugiendo. El Yeti intentó desgarrar salvajemente la red y, para su horror, Jamie vio algunas de las cuerdas comenzando a deshilacharse y romperse. Para empeorar las cosas, nadie les dijo a

los monjes adentro del patio que dejaran de tirar de las cuerdas. El monstruo enredado en la red fue elevándose más y más arriba por encima de la pared, hasta que estaba fuera del alcance de los ataques de los monjes guerreros de abajo.

—Van a seguir tirando hasta que esa cosa peluda alcance a pasar sobre la cima de la pared y termine adentro con ellos en un minuto —pensó Jamie—, ¡y la bestia está viva y coleando!

Jamie se dio la vuelta para ir a avisar a los monjes en el patio, cuando de repente vio que ya era demasiado tarde. La red se deshacía como una bolsa de papel mojado. Con el Yeti colgando casi en la cima de la pared alta, cayendo en picado. Hubo un inmenso golpe cuando el Yeti chocó contra el suelo gélido, y se quedó completamente inmóvil. Con cautela el grupo de monjes guerreros se acercó a la criatura. Khrisong pinchó con su lanza. El Yeti no se movió.

—La criatura está muerta —dijo Thomni.

Jamie asintió.

—No era así como yo lo había planeado, pero ha funcionado bastante bien. Venga. Vamos a llevar a la pobre bestia adentro.



¡Tirad!

Cuando los monjes empezaron a arrastrar al Yeti en el patio, Jamie miró por el sendero de montaña. El pequeño grupo de Yetis permaneció inmóvil, mirando. Entonces, moviéndose al unísono, dieron media vuelta y arrastrando los pies se fueron hacia la oscuridad.

Jamie dio la vuelta y siguió a los monjes hacia dentro. Uno de los monjes guerreros comenzó a retirar los restos de red rota alrededor del lugar donde el Yeti había caído. Mientras lo hacía, su

sandalia piso una pequeña esfera de plata, empujándola aún más hacia abajo en el barro con nieve.

En el Gran Salón, el Yeti yacía tendido en la gran mesa del comedor central. El Salón estaba bien iluminado, para el Doctor que había pedido antorchas adicionales. Fuera esperaban un grupo silencioso de monjes y lamas. Al principio todos ellos habían concurrido alrededor de la mesa, ansiosos por ver al Yeti capturado. Pero el Doctor los había ahuyentado, diciendo que no podía trabajar en medio de una avalancha de rugby. Sólo a Travers, Jamie, Victoria, Khrisong y Thomni se les permitió quedarse.

El Doctor se inclinó sobre el Yeti. Victoria pensó que él se veía más bien como un cirujano en la mesa de operaciones. Ella se quedó al fondo del pequeño grupo. Ella no iba a estar demasiado cerca del Yeti, incluso si la bestia estaba muerta. Victoria y el Doctor acababan de enterarse sobre la captura de Yeti, y ella había regañado a Jamie por tomar esos riesgos terribles.

El Doctor miró hacia arriba.

—Bueno, te puedo decir una cosa. Esta criatura no es de carne y hueso. ¡Mira! —les hizo señas hacia adelante y señaló un lugar en el enorme brazo. Había quitado un trozo de piel. Debajo de ella se podía ver el brillo inconfundible del metal—. Tenías razón... no es tu abominable hombre de las nieves, después de todo, Travers —el Doctor añadió.

—Entonces, ¿qué es eso, Doctor? —preguntó Travers.

—Es hechicería —gruñó Khrisong—. Es un siervo del diablo.

El Doctor negó con la cabeza.

—No exactamente. Es una especie de robot, creo.

—No es de extrañar que no pudiéramos matarlos con lanzas — dijo Jamie.

—El asunto es —dijo el Doctor—, ¿por qué dejó de funcionar? —volvió a su examen.

—¿Tal vez algo en su interior se rompió cuando se cayó? — sugirió Victoria.

El Doctor estaba examinando la piel en el enorme pecho de la criatura.

—Espera un momento —murmuró—. Jamie, préstame tu cuchillo —Jamie sacó su daga y se la pasó al Doctor. Deslizando la punta afilada en una grieta en el pelaje, el Doctor abrió con fuerza una pequeña escotilla, revelando un espacio vacío hueco.

—No hay nada —dijo Victoria.

—No, pero debería haberlo. Cuando lo atrapaste, Jamie, debió de haber desalojado la unidad de control. Es por eso que se apagó.

—Así que si se pone su unidad de control de nuevo en su lugar —dijo Jamie lentamente—, ¿la bestia podría volver a la vida?

El Doctor asintió con seriedad.

—Sí, Jamie, creo que podría.

Fuera del monasterio, la esfera de plata incrustada en el suelo se agitó débilmente, tratando de liberarse. Pero el barro helado

rápida­mente la mantuvo atrapada ahí. Comenzó a latir rítmicamente, enviando algún tipo de señal.

En la habitación del Doctor, la pequeña esfera de plata cobró vida. Esta también, pulsaba con una señal. Entonces lentamente rodó fuera de la cama, cayó en el suelo y salió fuera de la habitación.

Un monje salió de la cocina y camino a lo largo del pasillo, con intención de limpiar los platos y deshacerse de las sobras de comida. Al acercarse, la pequeña esfera rodó en un rincón oscuro. Una vez que el monje se hubo ido, la esfera reanudó su viaje, moviéndose poco a poco hacia su destino final, el "muerto" Yeti en la mesa en el Gran Salón. Tenía un largo camino por recorrer. El Gran Salón estaba en una parte distante del monasterio. Pero conseguiría llegar allí.

5

El secreto del Santuario Interno

Con las manos en los bolsillos, el Doctor paseaba arriba y abajo de la Gran Sala.

—Tenemos que encontrar esa unidad de control. Es demasiado peligroso dejarla perdida por ahí.

Jamie asintió vigorosamente.

—Tú lo has dicho. Nosotros no queremos que esa bestia peluda vuelva a la vida de nuevo. Sobre todo ahora que la hemos traído aquí con nosotros.

—Exactamente —dijo el Doctor—. Vamos —se puso en marcha rápidamente hacia la puerta, pero la alta figura de Khrisong le cerró el paso.

—¿A dónde vas? —exigió Khrisong severamente.

El Doctor lo miró con impaciencia.

—A echar un vistazo fuera de las puertas.

—No, no lo permitiré.

El Doctor suspiró.

—Mi querido muchacho, ¿por qué no?

—¿Dices que alguien ha creado esta criatura y la envió para atacarnos? ¿Por qué? ¿Quién quiere hacerles daño a los monjes de

Det-Sen? Yo no voy confiar en ningún extraño hasta que se respondan estas preguntas.

Jamie miró a Khrisong furiosamente.

—¿No te hemos convencido aún? ¡Nosotros estamos de tu lado!

—Khrisong —dijo el Doctor con paciencia—, ¿por qué no dejas que te ayudemos?

—No necesito tu ayuda. Thomni, vigila a estos extranjeros por mí —Khrisong dio media vuelta y salió de la habitación.

El Doctor negó con la cabeza.

—Os digo que ese es un hombre obstinado.

Travers se aclaró la garganta.

—Me temo que tienes razón, Doctor. Aún así, eso es todo. No hay nada más que podamos hacer. Creo que voy a dormir un poco. Buenas noches a todos —Travers salió apresurado de la sala, de repente con mucha prisa.

Corrió por el pasillo y salió al patio. Cerca de las puertas cerradas a cal y canto, podía oír a Khrisong hablar con el centinela.

—Nadie debe abandonar el monasterio. Y estad alerta. Los Yetis son aún más peligrosos de lo que temíamos. Envía hombres para sujetar con cadenas aquel que capturamos —cuando Khrisong caminó al otro lado del patio, Travers lo interceptó.

—¡Khrisong! Tengo que hablar contigo.

Khrisong se detuvo a regañadientes.

—¿Bien?

La voz de Travers era precavida y urgente.

—Ahora sabemos que las criaturas que te han estado atacando son robots. No son los verdaderos Yetis. Siempre he dicho que los Yetis eran tímidos e inofensivos. Tienes que dejarme salir y encontrar su cueva. Tal vez todavía puede haber algunos de los verdaderos Yetis allí. Debo saberlo. De lo contrario se perderá el punto central de mi expedición.

—No. No voy a permitir que nadie se vaya.

—No me puedes dar órdenes, lo sabes —dijo Traversa—. No soy uno de tus monjes.

—Yo estoy al mando aquí. Y digo que nadie puede irse. Cualquiera podría estar controlando a esos monstruos. Incluso tú.

Travers estaba a punto de seguir discutiendo, entonces un repentino pensamiento le vino de pronto. Miró al centinela, no muy lejano.

—Gracias, Khrisong, viejo amigo. ¡Muchas gracias! —dijo Travers súbitamente en voz alta. Vio la mirada del centinela hacia ellos.

—¿Por qué me das las gracias? —espetó Khrisong.

Travers sonrió.

—Por hacerme ver las cosas con sentido —dijo en voz baja. Luego, levantando su voz de nuevo—. Bueno, gracias de nuevo. Buenas noches.

Khrisong lo miró como si estuviera loco, y se alejó. Travers esperó hasta que él desapareció de su vista, y luego caminó rápidamente hacia el centinela que estaba cerca de las puertas de salida.

—He estado hablando con Khrisong —dijo Travers—. Me ha dado permiso para salir del monasterio.

En el Gran Salón, el Doctor no estaba logrando nada.

—Lo siento, Doctor —dijo firmemente Thomni—. Yo confío en ti. Pero debo obedecer las órdenes de Khrisong.

—Supongo que debes obedecer —dijo el Doctor con tristeza. Vagó de nuevo a la mesa donde el Yeti estaba tumbado.

—Doctor —dijo Victoria tímidamente—, ese espacio que encontraste en el pecho del Yeti es redondo, ¿no?

El Doctor asintió.

—Así es, querida. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno —dijo Victoria—, esa esfera de plata que encontramos en la cueva... es redonda también. Tal vez pueda caber en ese espacio.

—Sí, eso parece —dijo Jamie con emoción—, ¡podría ser una de esas unidades de control!

El Doctor se golpeó la frente y gimió.

—Soy un idiota. Un imbécil absoluto. Tienes toda la razón, por supuesto. Vamos a encontrar esa esfera.

Guiados por un desconcertado pero servicial Thomni, ellos se apresuraron por los interminables y laberínticos pasillos del antiguo monasterio, en su camino de regreso a la habitación del Doctor.

—Es una bendición que estés con nosotros —jadeó Victoria—. Este lugar es una verdadera madriguera de conejos.

Ante el sonido de sus pies que se aproximaban por el pasillo, la pequeña esfera de plata rodó con rapidez debajo de la base de una estatua de Buda que se encontraba cerca. El Doctor y su grupo apresuraron el paso. Una vez que se fueron, la esfera rodó por debajo de la estatua, y, oculta en los rincones más oscuros, se movía lentamente.

En su habitación, el Doctor estaba hurgando frenéticamente sobre su cama.

—La dejé aquí, justo debajo de la almohada. ¡Sé que lo hice!

Victoria y Jamie se unieron en la búsqueda.

—Bueno, si la cosa no está aquí ahora —dijo Jamie—. Alguien debe haberla tomado.

—¡Travers! —dijo Victoria repente—. Pensé que era extraña la manera en que salió corriendo.

—Parece una posibilidad —el Doctor estuvo de acuerdo—. No me gusta acusar a nadie sin pruebas, pero tal vez sea mejor que le preguntemos.

—Os llevaré a su habitación —dijo Thomni—. Está aquí al lado.

Él los llevó por un pequeño camino a lo largo del pasillo hasta una pequeña habitación vacía, al igual que la habitación del Doctor.

—Veis —dijo Victoria triunfalmente—. No está aquí, y dijo que se iba a dormir.

—Podríamos buscar la esfera en el cuarto—sugirió Jamie.

El Doctor frunció el ceño.

—No creo que eso fuera de alguna utilidad. Si él la ha tomado, obviamente debe tenerla consigo. Vamos a tener que encontrarlo.

—Está bien —dijo Jamie—, pero ¿por dónde empezamos a buscar en un lugar de este tamaño?

El Doctor ya estaba de camino a la puerta.

—En la entrada principal, creo. Como no está en su habitación, probablemente tratará de dejar el monasterio.

Después de otra carrera por los pasillos, llegaron al patio. El doctor corrió hacia el centinela que custodiaba las puertas.

—¿Has visto el señor Travers, por casualidad?

El centinela asintió.

—Lo vi hace algún tiempo. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —espetó Thomni—. ¿Fuera del monasterio?

—Sí, Capitán. Él me dijo que Khrisong le había dado su permiso.

—Eso es imposible. Él te ha engañado.

Thomni miró hacia el Doctor.

—Debemos informar a Khrisong de lo que ha sucedido. Él se encuentra con el abad Songtsen. ¿Quieres venir conmigo, por favor?

Mientras caminaban por el patio, el Doctor dijo pensativamente:

—Todavía no puedo creer que Travers tenga algo que ver con controlar a estos robots. O que con robar la esfera llegue a eso.

Victoria lo miró con cariño. Como de costumbre, el Doctor estaba siendo demasiado confiado. A él siempre le resultaba difícil pensar mal de nadie.

—Bueno, Doctor, una cosa sí es segura —le dijo—. Esa esfera no puede haberse movido sola —lo que Victoria no sabía es que, en un pasillo, no muy lejos, la pequeña esfera de plata estaba haciendo exactamente eso.

Con el Abad Songtsen a su lado, Khrisong entró en el Gran Salón.

—El monstruo está aquí, mi Señor Abad. He tenido que sujetarlo con cadenas... —Khrisong se detuvo en seco al ver a Sapan y Rinchen. Los dos Lamas viejos estaban construyendo un marco elaborado de madera y de hilos de colores, que rodeaba por completo el cuerpo postrado del Yeti—. ¿Qué están haciendo? —preguntó con impaciencia Khrisong

El Abad sonrió.

—Están construyendo una trampa para fantasmas, Khrisong. ¿No es eso, hermanos míos?

Sapan asintió con orgullo.

—Hemos construido una trampa para espíritus por encima del monstruo, para contener su maldad, mi Abad.

—Muy bien pensado —dijo el Abad suavemente—. Eres sabio, Sapan.

Khrisong rió.

—Creo que mis cadenas serán de más utilidad —dijo—. Mira, mi Señor Abad —Khrisong señaló las pesadas cadenas que ahora sujetaban al Yeti a la gran mesa de piedra.

Ofendidos, los dos lamas ancianos se preparaban para irse. Sapan se detuvo junto a la puerta.

—Tú nunca debiste haber permitido que este monstruo fuera traído dentro del Monasterio, Khrisong —le reprochó. Y con una despedida, Sapan siguió a Rinchen por el corredor.

Khrisong gritó detrás de él.

—¡Lo que yo permito es asunto mío, Sapan!

Songtsen levantó una mano de restricción.

—Con cuidado, hijo mío.

Khrisong parecía bastante avergonzado de sí mismo.

—Lo siento, mi Abad. Sapan y sus compañeros Lamas han hallado muchos errores en mí en los últimos tiempos.

—Las palabras duras son como flechas de punta roma, hijo. Sólo la verdad puede hacerla afilada.

—Sólo he tratado de cumplir mi deber, mi Abad. La protección del monasterio está en mis manos.

—Lo sé, Khrisong. Tu tarea no es fácil.

Khrisong bajo la mirada hacia el amarrado Yeti.

—Y así es nuestro adversario. Es de estas criaturas de las que debo protegerte. Mi vida no es nada si fracaso —hizo un gesto con ira hacia el monstruo, todavía terrorífico incluso inmóvil—. ¿Puedo combatir esto con benignidad?

—Nuestros caminos son los caminos de la paz. No debes tratar de cambiarlos.

—Lucho para preservarlos, mi Abad. ¡No hay otra manera!

Una extraña expresión distante se apoderó del viejo rostro del Abad.

—Ahí está. Está oscureciendo las mentes simples. Voy a buscar guía de nuestro Maestro Padmasambvha —el Abad se dejó caer con las piernas cruzadas en el suelo, en la posición clásica para la meditación.

El Doctor entró corriendo en la habitación, seguido por Thomni, Jamie y Victoria. Con un rápido vistazo al Abad Songtsen, que no parecía ni siquiera verlo, el Doctor dijo.

—¡Khrisong! ¿Le diste a Travers permiso para salir del monasterio?

—Por supuesto que no.

—Bueno, él ha escapado —dijo Jamie.

En pocas palabras el Doctor le explicó lo que había sucedido. Khrisong marchó hacia la puerta.

—Ven conmigo, Doctor.

El Doctor lo miró complacido.

—Vas a dejarme ayudar al fin, ¿no es así?

—No, Doctor. Sólo quiero estar seguro de que no desapareces también —Khrisong salió de la habitación, con el Doctor y Jamie siguiéndolo.

Victoria se quedó atrás para hablar con Thomni. Le agradaba el tímido joven monje guerrero. Ella señaló al Abad, todavía sentado inmóvil.

—¿Él está bien?

—Oh, sí —susurró Thomni reverentemente—. Está en trance. Debemos dejarlo tranquilo.

Victoria brincó, cuando de repente el viejo abad habló con una voz distante.

—Sí, maestro, voy a obedecer. Ya voy —moviéndose como un sonámbulo, el Abad se levantó y caminó lentamente.

—¿A quién le estaba hablando? —susurró Victoria

La voz de Thomni se quedó envuelta en el temor.

—Al Maestro Padmasambvha, en el Santo Santuario.

—¿Tu maestro? ¿Pensé que el Abad estaba al mando?

—Y así es. Pero, por encima de él, es el Santísimo Padmasambvha quién nos gobierna.

—¿Cómo es él? —preguntó Victoria con curiosidad.

—No lo sé. Yo nunca le he visto —Thomni creyó que estaba diciendo la verdad. Su visita al Santuario Interno había sido borrada de su mente.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí el Abad?

Thomni encogió los hombros.

—Por siempre, tal vez. Él carece de edad.

Una mirada de picardía apareció en el rostro de Victoria.

—¿No podemos ir a ese lugar, y echar un vistazo?

Thomni estaba consternado.

—Ciertamente no. Sólo el Abad puede entrar en el Santuario Interno.

—¿No quieres saber qué aspecto tiene el Maestro Padmasambvha? ¿Seguramente sientes curiosidad?

Thomni fue firme.

—No, no quiero. Está prohibido, y he sido criado en el camino de la obediencia. Ahora, Victoria, creo que debo llevarte a tu

habitación. Estarás a salvo allí, hasta que tus amigos regresan para cuidar de ti.

Victoria suspiró para sí misma. Él era muy simpático, pero era más bien un aguafiestas. Camino de la obediencia, de hecho. Victoria tenía sus propias ideas acerca de eso. Pero por el momento no dijo nada. Sonriendo mansamente a Thomni, ella lo siguió por el pasillo.

En la entrada principal, el desafortunado centinela estaba deseando no haber nacido.

—Pero vi que hablaste con él, Khrisong. Lo escuché decir “gracias”. Naturalmente, pensé...

—¡Tú eres tonto! —espetó Khrisong.

—Bueno, lo hecho, hecho está —interrumpió el Doctor—. Lo importante es que examinemos la unidad de control. La que Jamie trajo de las montañas ha desaparecido.

—Sí, es cierto —Jamie se unió a la conversación—. Así que tienes que dejarnos ir afuera y buscaremos la otra esfera. La que se le cayó al Yeti cuando lo atrapamos en la red. No puede estar muy lejos.

Durante un largo momento, Khrisong permaneció en silencio, pensando. Luego asintió.

—Muy bien —Jamie suspiró con alivio, y se dirigió hacia las puertas. Khrisong levantó una mano prohibitiva—. No. Yo iré.

Jamie miró con resentimiento, cuando el centinela abrió las puertas lo suficiente para que Khrisong se deslizara fuera hacia la oscuridad de la noche.

—No importa, Jamie —dijo el Doctor—. Por lo menos alguien está buscando la esfera.

No muy lejos, en el silencio del Santuario Interno, Padmasambvha estaba sentado meditando. Había una pequeña mesa justo delante de él, del tipo que podría haber sido utilizado para sostener un tablero de ajedrez. Lo que ahí estaba, en cambio, era una especie de modelo de paisaje: un mapa en relieve del monasterio, la montaña, y todo el terreno circundante. Pequeñas figuras de pie en el mapa, modelos del Yeti, cada uno de aproximadamente siete centímetros de alto. Padmasambvha alargó una marchita mano en forma de garra. Por un momento, la mano se cernía sobre el tablero, cuando el viejo maestro centró el poder de su voluntad en el mapa simbólico. Entonces la mano cogió primero uno y luego otro de los modelos Yeti, y los trasladó desde una posición en las laderas de la montaña hasta otra posición muy cerca de las puertas del monasterio.

En el frío oscuro de la ladera de la montaña, dos Yetis estaban de pie. En el preciso momento en que la mano atrofiada de Padmasambvha trasladó sus homólogos modelos en miniatura, los dos Yetis comenzaron a moverse pesadamente hacia el monasterio.

Agachado detrás de una roca cercana, una figura oscura se movió. Travers observó cómo los dos Yeti se alejaron. Estaba

temblando con una mezcla de emoción y terror. Se levantó y continuó su viaje hasta la montaña.

Padmasambvha levantó la vista del tablero. El Abad Songtsen estaba a su lado, con los ojos vidriosos y la cara en blanco, estando en trance por la fuerza de la voluntad de su Maestro.

—El Doctor es sabio —dijo Padmasambvha suavemente—. Sus ojos no están cerrados en la ignorancia. Pero su mente es demasiado compleja. No puedo controlarlo, como puedo controlarte a ti, Songtsen —hubo un atisbo de algo frío en la vieja voz fina. Era como si algo más, algún otro ser, hablara a través de la boca del anciano monje—. Tengo que asegurarme de que el Gran Plan no corra peligro de fracasar.

Una vez más alargó su mano atrofiada y movió dos modelos miniatura de Yeti. Esta vez estaban casi cerca de las puertas del monasterio.

En el círculo de antorchas en el exterior de las puertas del monasterio, Khrisong continuó su búsqueda, sin darse cuenta de las dos peludas figuras gigantes moviéndose cada vez más cerca.

6

Un Yeti cobra vida

El Doctor y Jamie miraron ansiosamente por la puerta del monasterio. En la luz de las antorchas podían ver Khrisong, metódicamente buscando por el suelo pisoteado en el área donde el Yeti había caído.

—Khrisong—llamo el Doctor—. ¿Por qué no dejas que nosotros salgamos y te ayudemos?

—¡No! —Khrisong gritó—. Vais a quedaros donde estáis —el centinela alzó su lanza, bloqueando la salida.

De repente, Khrisong se agachó. A sus pies había algo que parecía un gran guijarro. Pero sin duda era demasiado redondo, ¿demasiado liso? Él lo saco del barro con hielo, y lo pulió hasta dejarlo limpio. De repente la esfera resplandecía en su mano, y emitió un ruido agudo. Khrisong retrocedió, dejando caer la esfera con asombro.

La esfera dio un segundo ruido agudo. Como en respuesta a una señal, dos Yeti se asomaron desde la oscuridad.

Desde la entrada, el Doctor le gritó una advertencia.

—¡Khrisong! ¡Cuidado! ¡Yetis! —Khrisong se giró para ver las dos formas gigantes que se aproximaban hacía él. Retrocedió

horrorizado. Entonces, de repente se detuvo, se mantuvo firmemente parado en el suelo. Un Yeti vino amenazadoramente sobre él.

—¡Déjalo, Khrisong! —el Doctor gritó—. Vuelve adentro, no tienes ninguna posibilidad de vencerlos.

Pero en un acto de valentía lunática, Khrisong corrió hacia delante, arrebatando la esfera que se encontraba debajo de los pies del Yeti. Dio media vuelta para correr hacia las puertas, sólo para encontrarse con el segundo Yeti restringiendo su camino. Con una velocidad terrorífica una enorme pata con garras salió disparada y agarró el brazo del líder de los monjes guerreros. Khrisong era un hombre grande y pesado, pero el Yeti lo mantuvo colgando en el aire, como un muñeco en la mano de un niño descuidado. Khrisong gritó de dolor, retorciéndose y agitándose, pero estaba totalmente impotente.

Jamie arrebató la lanza de las manos del centinela, y salió corriendo cruzando la entrada. Un grito del Doctor convocó más monjes guerreros, y ellos también salieron corriendo al rescate. Dirigidos por Jamie, los guerreros comenzaron a arrojar lanzas sobre los dos Yetis, que respondieron con rugidos salvajes y golpes letales. El Yeti que sostenía a Khrisong le arrebató la esfera de su mano, y lo tiró al suelo como un juguete desechado. Haciendo caso omiso de los guerreros que los atacaban, los dos Yeti comenzaron a escapar y desaparecen en la oscuridad.

El Doctor y Jamie medio-arrastraron medio-llevaron a Khrisong de vuelta a través las puertas de entrada del monasterio.

—Adentro, todos ustedes —el Doctor gritó a los monjes guerreros—. No los sigáis. No es posible hacerles daño, sólo moriríais por nada.

Pronto todo el mundo estaba de vuelta dentro del monasterio y las puertas cerradas y su apertura prohibida.

El Doctor y Jamie bajaron al corpulento Khrisong al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Jamie. Antes de que el Doctor pudiera responder, Khrisong luchó airadamente para levantarse.

—¡Por supuesto que estoy bien, muchacho! —gruñó, frotándose el brazo musculoso. El Doctor lo examinó, las huellas de las patas del Yeti podían verse, claramente incrustadas en la piel.

—Sólo unos pocos moretones —dijo el Doctor—. Tienes suerte de que no te hayan matado.

—Sí —Jamie estuvo de acuerdo—. Eso fue lo más suicida que he visto, y lo más valiente también.

Khrisong ignoró esto. Miró al Doctor con perplejidad.

—¿Por qué han escapado? Nos tenían a su merced.

—Debido a que consiguieron lo vinieron a buscar, me imagino. Ellos no quieren pelear, iban tras esa unidad de control.

Khrisong frunció el ceño.

—Hablas como si esos monstruos fuesen inteligentes, Doctor.

—Están siendo controlados —explicó el Doctor—. De alguna manera esa esfera es importante para ellos. Ellos tenían que recuperarla.

—¿Habéis escuchado el ruido agudo? —pregunto Jamie.

—Una especie de señal, y eso es una ayuda. Con el tipo adecuado de equipamiento, las señales pueden ser rastreadas.

—¿Tienes ese equipamiento? —preguntó Khrisong.

—Sí, pero no aquí, me temo —el Doctor miró significativamente a Jamie—. Me temo que tenemos que volver a la TARDIS —volviendo a Khrisong, le explicó—. Todo mi equipamiento está en mi, er, campamento, arriba por la ladera.

—Entonces debes ir a buscarlo de inmediato —declaró Khrisong.

Jamie lo miró con asombro.

—¿Estás dejando que nos vayamos? ¿Así sin más?

Khrisong parecía un hombre muy conmovido, mientras respondía.

—No tengo elección. Mis guerreros son impotentes. Debo confiar en tí, Doctor.

—Vamos a tratar no defraudarte —dijo el Doctor—. Vamos a por nuestros abrigo, Jamie, y partiremos.

Ellos corrieron a sus habitaciones y se esforzaron en ponerse ropa de abrigo. No había ni rastro de Victoria.

—Probablemente estará paseando —dijo Jamie—. Tal vez es mejor si ella no sabe a dónde vamos. Solo se preocuparía —con el Doctor en su abrigo de pieles enorme, y Jamie en su anorak, ellos regresaron al patio. Khrisong estaba esperándolos en las puertas del monasterio.

—Que la buena fortuna te acompañe —murmuró con voz ronca. A la señal de Khrisong la puerta estaba desatracada y se abrió, y Jamie y el Doctor salieron hacia la oscuridad de la noche. Khrisong le dijo al centinela—. Que nadie pase. Llámame si hay noticias. Estaré en mi habitación.

Padmasambvha levantó la mirada de su tablero.

—Los Yetis han cumplido su tarea. Ahora tengo una tarea para ti, Songtsen —el viejo maestro le tendió la mano. En su palma había una pequeña pirámide transparente. Esta parecía brillar con una especie de fuego interior, como si hubiera una especie de vida dentro de la estructura. Padmasambvha señaló hacia el tablero, donde tres de los pequeños modelos Yeti fueron agrupados juntos—. Estos tres Yeti están esperando para escoltarte. Lleva esta pirámide, que yo he preparado, a la cueva. Entonces, la Gran Inteligencia tendrá su enfoque en este planeta. Sus andanzas en el espacio habrán terminado, y se llevará a cabo mi tarea. ¡Ve ahora, Songtsen!

El Abad se inclinó, tomó la pirámide extrañamente brillante, y dejó el Santuario. Una vez más, las puertas se abrieron y se cerraron detrás de él por su propia voluntad.

El Abad recorrió los pasillos del monasterio, y cruzó el patio hacia la puerta principal. Sorprendido de ver a su Abad, el centinela hizo una reverencia. A medida que el hombre se enderezó, Songtsen pasó una mano suavemente por su cara. Inmediatamente el centinela se quedó inmóvil, esperando. Con voz tranquila, distante, Songtsen dijo.

—Vas a abrir las puertas y a dejarme pasar. Vas a cerrarlas cuando yo salga. No recordarás nada de esto.

El centinela se trasladó de inmediato a las puertas y las abrió. El Abad pasó a través. El centinela cerró a cal y canto las puertas de nuevo. Por un breve momento se quedó inmóvil de nuevo. Luego pareció despertar con un sobresalto. Miró a su alrededor, se tranquilizó al ver que todo estaba tranquilo y normal.

—Debí haberme quedado dormido —pensó—. Menos mal que Khrisong no estaba cerca —confiado en que todo estaba bien, reanudó su vigilancia.

El Doctor y Jamie caminaban por el sendero de montaña, ninguno de los dos se sentía muy feliz.

Estaban esforzándose para mantenerse atentos en todas direcciones a la vez. Un frío viento aullaba en torno a ellos. La luna seguía entrando y saliendo de las nubes negras, por lo que estaban sumidos alternativamente en total oscuridad, o bañados por una siniestra luna fantasmal. Sus pasos sonaban muy fuerte, ya que crujían por la nieve congelada. Jamie pensaba una y otra vez que

podía oír a alguien detrás de ellos, pero cuando se detenía para escuchar el sonido se había ido.

—Och, me estoy poniendo nervioso —pensó—. Y no es de extrañar. ¿Seguramente estaremos ya cerca de la TARDIS?

El Doctor se detuvo de repente.

—¡Jamie, mira! —un poco más adelante, justo al lado de la ruta principal, estaban las formas fijas de los tres Yetis—. No se están moviendo —susurró el Doctor—. Tal vez están apagados. Si tan sólo pudiera examinarlos...

Jamie tiró de su brazo.

—Sí, ¿y si alguien los enciende mientras lo haces? Larguémonos, vamos a llegar a la TARDIS mientras podamos.

El Doctor suspiró.

—Supongo que tienes razón.

Los dos se alejaron, mirando hacia atrás a los tres Yetis hasta que tras un giro en el trayecto se ocultaron de la vista.

Los tres Yetis estaban de pie en el mismo lugar, completamente inmóviles.

Después de unos minutos el Abad Songtsen camino calladamente por el sendero. Sus pies calzados con sandalias no hacían casi ningún sonido, y a pesar de sus ropas finas no parecía sentir el frío penetrante. Con el mismo deslizante movimiento de estilo sonámbulo, él se acercó a los tres Yetis.

Tendió la pirámide que brillaba con intensidad en sus palmas. Los Yetis se sacudieron a la vida. Formaron alrededor de él en una especie de triángulo hueco. Con sus tres extraños escoltas que lo rodeaban, el Abad Songtsen se salió del sendero principal, en dirección a la cueva Yeti.

Aburrida y un poco asustada, Victoria vagó alrededor de los pasillos haciendo eco. El monasterio parecía estar casi vacío. Había revisado dormitorio tras dormitorio, todo abandonado. Recordó a Thomni diciéndole que la mayoría de los monjes habían sido enviados a otros monasterios por su seguridad. Había vagado por los pasillos, bajando por escaleras polvorientas y a través de salas silenciosas, todo ahora confuso e idéntico en su mente.

Aburrida de esperar en su habitación, se había decidido ir a la búsqueda del misterioso Santuario Interno. Casi de inmediato se había perdido. Hacía tiempo que Victoria había abandonado su plan para buscar a Padmasambvha, y habría estado feliz de conformarse con la búsqueda de su propia habitación. De repente vio un rayo de luz por delante. Corrió hacia adelante y se encontró en la entrada a la Gran Sala. Feliz de estar de vuelta en terreno conocido, se escabulló dentro.

La enorme sala estaba vacía, a excepción del Yeti tendido sobre la mesa en el otro extremo. Victoria caminó hacia la cosa, medio temerosa, medio fascinada. Miró con perplejidad en el complicado arreglo de madera e hilos de colores que lo rodeaban, y con alivio a las cadenas que lo sujetaban a la mesa.

Cuando estaba a punto de salir, vio algo plateado moviéndose a sus pies. Era la pequeña esfera de plata que Jamie trajo de la montaña. Se agachó y la recogió.

—Ahora, ¿cómo conseguiste llegar hasta aquí? —dijo ella. Cuando miró al Yeti, vio la cavidad vacía que el Doctor había encontrado en su pecho. La pequeña esfera podría encajar dentro, pensó. La mano de Victoria comenzó a estirarse hacia el Yeti, y la esfera pulsaba con la luz, y dio un ruido agudo. Victoria sintió como si la esfera moviera su mano, en lugar de que ella moviera la esfera.

Antes de darse cuenta de lo que pasaba, ella había metido la bola de plata en el pequeño espacio en el pecho del Yeti. La cavidad se cerró de golpe, y Victoria apartó la mano.

Por un momento no pasó nada. A continuación, los pequeños ojos rojos del Yeti se abrieron de repente. Comenzó agitándose en sus ataduras, rompiendo la trampa para espíritus de Sapan en pedazos. Para su horror, Victoria vio que las cadenas pesadas estaban rompiéndose casi tan fácilmente como los hilos de colores de la trampa para fantasmas.

¡En cuestión de minutos el Yeti estaría libre!

7

Un plan para conquistar la Tierra

No por primera vez, los pulmones bien desarrollados de Victoria acudieron a su rescate. Demasiado asustada para moverse, ella dejó escapar una serie de gritos ensordecedores que resonaron por todos los pasillos del monasterio. Guerreros y Lamas llegaron corriendo desde todas las direcciones.

Thomni fue primero en llegar al Gran Salón, justo cuando el Yeti rompió la última de sus cadenas, y avanzaba hacia Victoria. El monje agarró a la joven, y la metió a empujones en el pasillo.

—Corre, Victoria, corre. ¡Encuentra a Khrisong!

Cuando Victoria corrió por el pasillo, Thomni agarró un pesado incensario de bronce, casi tan alto como él, y se preparó para utilizarlo como garrote. Estrelló su improvisada arma sobre la cabeza del Yeti. El golpe cayó con un tremendo impacto que sacudió los brazos de Thomni. Balanceaba el incensario para un segundo golpe, pero el Yeti rugió con furia, y se lo arrancó de las manos. Agarrando el pilar de metal pesado con ambas patas con garras, el Yeti lo retorció en dos como una vela de cera. Luego el Yeti redujo a Thomni con su propia arma. El golpe de refilón lo envió girando a través del cuarto y se estrelló contra un pilar de piedra. Ignorándolo, el Yeti avanzó hacia la puerta.

El ataque de Thomni había demorado el escape del Yeti el tiempo suficiente para permitir que un pequeño grupo de monjes

guerreros llegaran al lugar. El Yeti irrumpió violentamente a través de ellos para seguir su camino, sus golpes aplastaban a los hombres o los empujaba de un lado a otro. Varios de los guerreros hirieron al monstruo con espadas o lanzas, pero el Yeti no se detuvo. Dejando a un montón de guerreros heridos y sangrantes detrás de él, arrastró los pies decididamente por el pasillo.

Cuando Victoria llegó al patio se encontró a Khrisong, y el cuerpo principal de los guerreros. Khrisong la agarró por las muñecas con fuerza.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué gritas?

—¡El Yeti, Khrisong! ¡Está vivo! ¡Se ha liberado de sus cadenas!

Khrisong la miró con incredulidad.

—Es cierto —gritó ella—. Es todo culpa mía, puse de nuevo la esfera en...

De repente, el Yeti apareció desde los claustros, y comenzó a moverse hacia las puertas principales enrejadas. Khrisong sonrió con sombría satisfacción.

—Esta vez vamos a destruirlo. ¡Atacad!

Victoria se agachó llorando en un rincón cuando Khrisong y sus guerreros lucharon su galante e inútil batalla. El Yeti parecía casi desinteresado en sus oponentes humanos. Simplemente continuó su avance hacia las puertas principales. Arquero tras arquero dispararon sus flechas a quemarropa. Las flechas se clavaron en la piel del Yeti hasta que parecía un puerco espín. No tuvieron el más mínimo

efecto. Golpes salvajes de lanzas, espadas, incluso hachas, simplemente rebotaron en el cuerpo del monstruo. Cada vez que un guerrero imprudente se acercaba demasiado, un solo golpe aplastante del Yeti lo ponía fuera de combate.

Victoria vio a Thomni tambaleándose en el patio, con el rostro cubierto de sangre.

—Tienes que detenerlos —sollozó—. Van a morir todos. No pueden hacerle daño. No está vivo. Es un robot.

Thomni observó la batalla inútil por un momento, y vio que ella tenía razón. Corriendo hacia las puertas principales, las desatranco, y las abrió. Inmediatamente el Yeti comenzó a dirigirse hacia allá.

—¡Cerrad las puertas! —gritó Khrisong furiosamente—. Tenemos que destruirlo.

—No, hermano —dijo Thomni—. Déjalo ir, o nos matará a todos.

Arrojando a un lado a los guerreros en su camino, el Yeti se movió pesadamente a través de las puertas abiertas y salió hacia afuera en la oscuridad de la noche. Thomni, ayudado por algunos de los otros monjes, cerró las puertas, y se desplomó contra la pared, sin aliento. A su alrededor, el patio era un caos de muertos y heridos.

Estaba amaneciendo, cuando el Doctor y Jamie se afanaban por el sendero de montaña en las últimas etapas de su viaje a la TARDIS. Era una vista hermosa y espectacular para ver el sol

naciente sobre los picos nevados, pero los dos estaban demasiado cansados y preocupados para apreciarlo apropiadamente.

El Doctor se detuvo un momento, apoyando la espalda contra una roca. Se acurrucó en el interior de su abrigo de piel grande, mirando alrededor del terreno desolador.

Jamie se salió del camino y se inclinó a su lado, jadeando un poco. Aunque el Doctor era pequeño de estatura, parecía tener recursos ilimitados de energía y fuerza. Era Jamie quien estaba sintiendo los efectos de la jornada.

—¿Qué te pasa, Doctor? —preguntó, estampando sus pies en el suelo para traer de vuelta cierta sensación. Su aliento salió en pequeñas bocanadas de frío.

El Doctor miró a su alrededor abstraído.

—Nada, Jamie. Sólo estoy tomando un respiro.

Jamie lo miró perplejo. La cabeza del Doctor se ladeó, como un perro de caza.

—¿Has oído algo?

—No. Nada.

—Entonces apurémonos.

El Doctor levantó la mano.

—Sólo un momento. Algo me preocupa.

—Yo no oigo ni veo nada —dijo Jamie, exasperado.

—Exactamente. Eso es lo que es tan preocupante. Todo está demasiado tranquilo. No hay señales de un Yeti desde que vimos a esos tres allá atrás.

—Sí, bueno, vamos a ser agradecidos, y seguir adelante hacia la TARDIS.

Cuando se pusieron en marcha de nuevo, el Doctor murmuró.

—No me gusta. Algo sucede en esta montaña. Algo malo. Puedo sentirlo.

Jamie miró a su alrededor y se estremeció.

—Och, vamos, ¿en serio? Me estás poniendo los pelos de punta.

Aún más arriba en la montaña, Travers mantenía vigilancia sobre la cueva del Yeti. Al menos, esperaba que fuera su cueva. En el viaje al monasterio, después de haber conocido a Jamie y Victoria, él había hecho que Jamie le diera una descripción detallada de la cueva y cómo encontrarla. Ahora se había visto obligado a esperar hasta la luz del día para localizar el lugar, y durante horas había estado agachado en la clandestinidad. Travers deseaba desesperadamente que fuera la cueva correcta.

Volvió a mirar la enorme roca, de pie en la entrada de la cueva como una clase de puerta. Debía ser el lugar. A pesar del frío y la falta de sueño, su entusiasmo fanático lo mantuvo despierto y alerta.

Se agachó aún más. Dos Yetis se movían hacia la cueva. Uno de ellos tenía algo en su pata. A medida que el Yeti se acercó, Travers solo pudo suponer que el Yeti sostenía una esfera de plata brillante. El Yeti se acercó a la entrada de la cueva, y luego se detuvo. No hicieron ningún intento de mover la roca, sino que simplemente se quedaron así como centinelas, uno a cada lado de la puerta. Obviamente ellos estaban esperando algo. ¿Pero qué? Travers los estudió con entusiasmo. ¿Podrían ser todos robots, como dijo el Doctor? ¿Había un verdadero Yeti, en algún lugar dentro de la cueva? Travers se sentó a esperar.

Completando un giro en el sendero de montaña empinada, el Doctor y Jamie avistaron la cornisa rocosa donde se encontraba la TARDIS. Un Yeti estaba de pie junto a la caja azul. Inmediatamente, ellos se pusieron a cubierto para no ser vistos.

—Te dije que habíamos sido demasiado afortunados —susurró el Doctor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jamie.

El Doctor frunció el ceño ferozmente.

—Necesitaremos más que suerte para poder llegar a la TARDIS.

Jamie estaba horrorizado por la injusticia.

—¿Qué hace esa cosa allí? No pudo haber sabido que veníamos.

—Es sólo un robot, Jamie. Simplemente sigue las instrucciones. Ahora... Me pregunto...

De repente, el Doctor salió de su escondite, a la vista del Yeti.

—Vuelve —susurró Jamie. El Doctor no le hizo caso y se acercó al monstruo. No pasó nada.

Nada de nada. El Yeti se quedó allí, inmóvil. Con cautela, Jamie se unió al Doctor, que dio media vuelta y le sonrió.

—¿Sabes, Jamie?, creo que sé cómo lidiar con esto. ¡Voy a verificar algo!

Jamie lo miró con respeto. Confiaba en el Doctor y sus planes científicos brillantes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

El Doctor se rió entre dientes.

—Voy a tirarle una roca —para horror de Jamie, el Doctor cogió una piedra del suelo e hizo precisamente eso. La roca pasó zumbando por el aire y rebotó en la nariz del Yeti. No reaccionó.

—Justo como pensé. No puede ver, no puede oír, no puede sentir. Completamente desactivado. Vamos —el Doctor se dirigió hasta el Yeti y lo examinó de cerca. Lo empujó suavemente—. Aun así, será mejor que nos aseguramos. Préstame tu cuchillo, Jamie.

Jamie estaba consternado.

—No puedes hacerlo, doctor. Podrías activarlo por error.

—Oh, no lo creo. Todo lo contrario, espero —tomando la pequeña daga, el Doctor sondeó el pecho del Yeti, del mismo modo que lo había hecho con el capturado en el monasterio. Después de un rato, abrió la cavidad torácica, revelando la pequeña esfera de plata

dentro. El Doctor se acercó al pecho y, poco a poco, la removió con cuidado. Con un suspiro de alivio arrojó la esfera a Jamie, y se dirigió hacia la TARDIS.

—Es un milagro que no hubiera algún tipo de mecanismo de protección —dijo el Doctor pensativo—. ¡Uno pensaría que quienquiera que lo construyó habría pensado en eso!

Jamie se echó a reír.

—¿Cuántas personas crees que irían directamente hacia bestia, y comenzarían a apuñalarlo con una daga pequeña? ¡La cosa es, Doctor, que ellos no cuentan con alguien tan chiflado como tú!

El Doctor le dio una mirada fingida de ofendido, y abrió la puerta de la TARDIS.

—¿Qué hay de desayuno? —sugirió alegremente.

Fuera de la cueva del Yeti, la larga vigilia Travers fue por fin recompensada. Vio a un grupo de figuras peludas en movimiento a través de la ladera de la montaña hacia él. Tres Yeti más. Los ojos de Travers se abrieron con asombro. En el centro del pequeño grupo de Yetis estaba caminado el Abad Songtsen.



El otro Yeti levantó la enorme roca a un lado y Songtsen entró en la cueva

Songtsen se dirigió hacia la roca fuera de la cueva. Tomó la esfera que sostenía el Yeti. El otro Yeti levantó la enorme roca a un lado y Songtsen entró en la cueva. Los Yetis se agruparon alrededor de la entrada, inmóviles una vez más.

En el Santuario Interno las lámparas de oración parpadeaban, proyectando sombras en la penumbra. El Maestro Padmasambvha

estaba en comunión con el poder extranjero que había dominado su ser durante tantos años cansados.

—Oh, Gran Inteligencia, el tiempo para tu experimento ha llegado por fin. El Abad Songtsen hace los preparativos finales ahora. Yo sólo pido que me liberes, como prometiste —se hundió en el trono dorado con cansancio infinito.

El Abad Songtsen estaba ocupado con sus preparativos. Obedeciendo las órdenes colocadas en su mente por el Maestro Padmasambvha, él mismo estaba cumpliendo los deseos de la Gran Inteligencia, a la que ambos servían, Songtsen estaba colocando la esfera brillante que Jamie había encontrado en un intrincado patrón. Cuando el diseño se completó, Songtsen colocó la pirámide que le había dado Padmasambvha respetuosamente en el centro. Luego dio media vuelta y salió de la cueva. La pirámide comenzó a pulsar y parpadear con vida. Luego, poco a poco, pero sin pausa, comenzó a crecer...

En el exterior, Travers observó a Songtsen saliendo de la cueva. El Abad echó a andar por el sendero de la montaña. Todos los Yetis lo siguieron.

Travers apenas podía creer su buena fortuna. Los Yetis se habían ido, y la roca en la boca de la cueva había sido movida. Se arrastró lentamente hacia adelante, y entró en la cueva.

Era justo lo que Jamie había descrito: los puntales para minas, un túnel, y, a lo lejos, una luz palpitante que brillaba intensamente. Jamie no le había dicho lo feroz y brillante que era. Y había un tipo

de sonido agudo... Con impaciencia, Travers se arrastró hasta la entrada hacia el interior de la cueva. Miró a través, y luego cayó de espaldas, protegiéndose los ojos. En el centro del montón de esferas, la pirámide estaba palpitando y brillando intensamente, resplandeciente con la luz. Un sonido estridente de gritos llenó la cueva. Parecía lleno de una especie de locura exultante. Travers podía sentir que eso afectaba su mente...

Mientras Travers observaba, la pirámide hinchada se resquebrajó. Una burbujeante sustancia pegajosa, con colores ardientes, comenzó a rezumar. Más y más de lo derramado, y luego más y más aún. Se extendió por el suelo de la cueva en una masa espumante, goteando lentamente hacia él. ¡Y todavía iba a salir mucho más de esa sustancia de lo que la pirámide posiblemente podía contener! Por la mente confusa de Travers pasó el pensamiento de que la pirámide era en realidad una especie de puerta de entrada, un canal entre un universo ajeno y éste. Y que el otro universo estaba derramando esta sustancia maligna. Vertiendo y vertiendo sin fin. Pronto esa sustancia pegajosa envolvería todo el mundo...

Con un gran esfuerzo, Travers logró salir de ahí. Medio demente, salió corriendo de la cueva, a través del túnel y la ladera de la montaña. Empezó a correr locamente hacia abajo, tropezando, cayendo, levantándose, y tropezando, ignorando sus heridas y contusiones. Tenía que llegar lejos, lejos del horror en la cueva. Lo que Travers encontró realmente insoportable sobre la palpitante y burbujeante masa era que sentía que esa cosa estaba viva.

Jamie estaba felizmente cuchareando hasta el fondo de un enorme tazón de avena bien salada. El Doctor estaba terminando de devorar un plato de tocino y huevos. En algún lugar de la TARDIS había una máquina capaz de producir cualquier tipo de comida, muy caliente y en cuestión de segundos. Jamie nunca había estado más contento de ello.

—Och, esto está mejor —dijo, haciendo a un lado el tazón—. ¿Pero no será mejor que regresemos al monasterio pronto, Doctor? —el Doctor asintió, con la boca demasiado llena para hablar. Volviendo a ponerse sus abrigos, se dispusieron a marcharse.

—No hay que olvidar esto —dijo el Doctor, recogiendo una cajita negra, cubierta con botones y diales—. Mi dispositivo de detección.

Jamie recogió la esfera que habían tomado del Yeti.

—¿Qué pasa con esto?

—Tráelo. Voy a examinarla en el monasterio.

Salieron de la TARDIS, y el Doctor cerró la puerta. El desactivado Yeti todavía permanecía inmóvil en la nieve. El Doctor le dio una palmadita cariñosa.

—Vamos, Jamie —dijo, y echó a andar por la montaña. De repente, se dio cuenta de que Jamie no le seguía—. Vamos, Jamie —repitió.

La voz de Jamie sonaba a desesperación.

—No puedo, Doctor. No puedo. Algo me está tirando hacía el Yeti.

Volteando la mirada, el Doctor vio a Jamie. La esfera sostenida en su mano estaba siendo arrastrada junto con él por una fuerza invisible para atraerlo más cerca y más cerca del Yeti. La esfera palpitaba brillante, emitiendo una señal aguda.

—¡No vayas a colocarlo donde estaba! —gritó el Doctor—
¡Hagas lo que hagas, no vayas a colocarlo donde estaba! —corrió hacia Jamie, lo agarró por la cintura y trató de alejarlo del Yeti. Pero la fuerza invisible ejercida por la esfera brillante era más que un rival para los dos. Paso a paso, Jamie y el Doctor se acercaron más y más al inactivo Yeti.

—Es inútil —jadeó Jamie—. Voy a tener que soltarlo.

—No, Jamie, no debes hacerlo. Tienes que resistir —dejando la cintura de Jamie, el Doctor se movió alrededor de él hasta estar cara a cara en frente de su amigo, interponiendo su cuerpo entre la esfera y el Yeti. La esfera golpeó las costillas del Doctor con una fuerza dolorosa, apisonándolo contra el cuerpo del monstruo. El Doctor descubrió que no podía moverse. La presión sobre las costillas aumentó. Era evidente que la esfera estaba decidida a volver al Yeti, ¡aunque tuviera que perforar un agujero en el Doctor para hacerlo!

Jamie trató de mover la esfera lejos del Doctor, pero no pudo moverla. Dolorosamente, el Doctor se quedó sin aliento.

—Jamie... consigue una roca...

La presión sobre las costillas del Doctor era agonizante.

—Encuentra una roca —sollozó—. Mismo tamaño... meter en el pecho...

De repente, Jamie vio lo que quiso decir el Doctor. Abandonó su intento de mover la esfera, y buscó a su alrededor con desesperación una roca de tamaño adecuado. Todas las piedras alrededor parecían demasiado grandes o demasiado pequeñas. Buscó frenéticamente en el barro con hielo y la nieve, con el sonido del Doctor luchando por respirar en sus oídos. Por fin, vio una piedra del mismo tamaño y forma que la esfera de plata. Estaba medio enterrada en el hielo, y no podía sacarla. Jamie pateó frenéticamente en la roca con el tacón de su bota. Tan pronto como la esfera fue liberada del suelo, Jamie salió corriendo para el otro lado del Yeti y embistió la piedra en el agujero en el pecho del Yeti.

Inmediatamente, la presión causada por la esfera fue cortada. Cayó inofensivamente en las manos de Jamie.

El Doctor respiró un profundo sollozo, y se frotó el pecho dolorido.

—¿Estás bien?—preguntó Jamie con ansiedad.

—Sólo un poco falto de aliento —dijo el Doctor—. No, no hagas eso, que es posible que lo necesitemos.

Jamie está tomando posición y agitando el brazo como un lanzador, y estaba a punto de enviar la esfera zumbando sobre el horizonte.

—Pero esa cosa casi te mató, Doctor.

—No a propósito, simplemente está programado para volver a... ¡Oh, no! —el Doctor se interrumpió cuando un repentino pensamiento le golpeó en su mente.

El mismo pensamiento golpeó en la mente de Jamie al mismo tiempo.

—¡Aquella esfera allá en el monasterio, quizás Travers no la tomó!

—Exacto —el Doctor acordó con él—. ¡Victoria dijo que no podía moverse por sí misma, pero puede!

—Sí —dijo Jamie—, y si encuentra su camino de regreso a ese Yeti que capturamos... ¡Tenemos que advertirles!

Sin saber que la catástrofe que temían ya había sucedido, Jamie y el Doctor partieron bajando por la ladera de la montaña.

8

La Revuelta en el Monasterio

El patio del monasterio aún mostraba las secuelas de la batalla. Monjes heridos tenían sus heridas curadas y vendadas. Los muertos estaban siendo llevados en camillas, con los rostros cubiertos.

Victoria terminó de limpiar la frente de Thomni.

—Ya está —dijo ella—. Así está mejor —el rostro del joven monje había estado cubierto de sangre, pero la mayor parte venía de un corte largo y poco profundo en la frente. Para alivio de Victoria la lesión no era tan mala como parecía. Ella estaba retorciendo el paño en una vasija de piedra cuando Khrisong apareció. Él miró con furia hacia Thomni.

—¿Por qué desobedeciste mis órdenes?

Thomni intentó ponerse de pie. Se tambaleó, mareado, y tuvo que aferrarse a Victoria. Reuniendo fuerzas, respondió.

—Porque era lo único que se podía hacer.

—Si no hubieras abierto la puerta —gruñó Khrisong—, la criatura no habría escapado.

Victoria salió en defensa de Thomni.

—Si no hubiese abierto la puerta, todos estaríamos muertos ahora.

Khrisong se dirigió hacia ella.

—Y tú, has dicho que era tu culpa. ¿Qué quisiste decir con eso?
—Victoria se quedó en silencio, mirando al suelo.

—Será mejor que contestes, Victoria —dijo Thomni suavemente.

Sin levantar la vista, Victoria dijo.

—Puse la unidad de control de vuelta en el Yeti. Eso es lo que lo trajo a la vida de nuevo.

Khrisong llamó a dos de sus monjes guerreros.

—¡Apresadla! Metedla en una celda.

—No lo entiendes —sollozó Victoria—. No quise hacerlo. La esfera me obligo.

—Libérala, Khrisong —instó Thomni—. Ella no quiere hacernos daño deliberadamente. Sin duda debió haber sido hechizada.

Desconcertado y enojado, Khrisong miró a ambos jóvenes.

—Compartís muchas cosas en común, ¿verdad? Desobedeces mis órdenes, y ella te defiende. Ella confiesa su crimen, y tú hablas por ella. ¿Esto es un complot contra mí?

—Eso es una locura —protestó Thomni. Pero Khrisong no estaba escuchando.

—Llevaos a los dos —ordenó—. Encerradlos juntos. Que hagan su complot tras las rejas.

Enojado, se alejó a través del patio, mientras los monjes guerreros se acercaron a Thomni y Victoria para capturarlos.

El Doctor y Jamie estaban caminando con dificultad, bajando por la ladera de la montaña. El Doctor llevaba su dispositivo de detección, Jamie cautelosamente llevaba la esfera de plata. Para su alivio, la esfera había detenido su señal aguda una vez que estuvieron lejos del Yeti inmovilizado.

—El número de veces que hemos pasado arriba y abajo de esta montaña... —Jamie se quejaba. Luego rápidamente fue interrumpido. La esfera había comenzado su nota aguda de señalización de nuevo—. Doctor, lo está haciendo de nuevo.

El Doctor escuchó con atención.

—Es un tipo distinto de señal —dijo pensativo—. Ligeramente diferente de tono —sostuvo el dispositivo de detección cerca de la esfera, y estudió los diales oscilantes atentamente.

No lejos de allí, el Abad Songtsen y su escolta de tres Yetis descendían de la montaña por un camino diferente. De repente, los Yetis se detuvieron. Hicieron una pausa como si estuvieran escuchando, entonces, los tres moviéndose como uno, cambiaron de dirección, por un camino que los llevaba hacia el Doctor y Jamie. El Abad Songtsen, aparentemente sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, continuó su viaje bajando la montaña solo.

El Doctor miró con entusiasmo los diales oscilantes.

—Sabes, Jamie —dijo alegremente—. Creo que tenemos una especie de señal de respuesta. ¿No es espléndido?

Jamie era menos entusiasta.

—¿No podemos simplemente regresar al monasterio? —preguntó lastimeramente—. Puedes hacer todas las detecciones que quieras detrás de esas paredes altas. Así que vámonos, ¿quieres? —y echó a andar bajando por la montaña.

Obedientemente, el Doctor le siguió.

—El problema contigo, Jamie —dijo en tono de reproche—, es que careces del espíritu científico adecuado. Esta es una oportunidad perfecta para tratar de rastrear el transmisor principal.

—Sí —dijo Jamie—. Y es una oportunidad perfecta para que nosotros terminemos asesinados. Mientras juegas con esa máquina, esa cosa probablemente está atrayendo a todos los Yetis que hay alrededor.

Durante un tiempo ambos caminaron pesadamente en silencio. La señal de la esfera se detuvo. Jamie comenzó a tener esperanzas de que pudieran llegar al monasterio de forma segura. Entonces, de repente, la señal aguda se puso en marcha de nuevo.

—Me gustaría que te callaras —murmuró Jamie. Trató de ahogar la esfera dentro de su anorak—. ¿No podemos lanzarla lejos, Doctor?

—Demasiado tarde para eso, me temo —dijo el Doctor con pesar—. ¡Mira! —bloqueando el camino por delante, había tres Yetis.

—Tal vez podríamos dar marcha atrás —dijo Jamie. Pero cuando miró por encima del hombro, vio que otros dos Yeti más estaban bloqueando el camino detrás de ellos. Estaban atrapados.

Durante un largo momento nadie se movió. A continuación, el Doctor dijo en voz baja.

—Jamie, dame la esfera. Toma el dispositivo de detección —rápidamente se hizo el cambio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jamie.

—Nos movemos hacia adelante. Muy lentamente.

Al moverse, el Yeti también se movió, acercándose a ellos.

El Doctor le susurró con urgencia.

—Cuando yo diga “corre”, corre como el viento. No te detengas, y no te preocupes por mí.

—Och, no, Doctor —protestó Jamie.

El Doctor levantó la mano.

—Por favor, Jamie, solo corre. No trates de hacer algo heroico. Prométemelo

—Sí, muy bien —ahora estaban tan cerca de los tres Yeti que estaban enfrente de ellos.

—¡Corre, Jamie, corre! —gritó el Doctor. Jamie corrió por el sendero, esquivando a los tres Yeti como un zorro huyendo de los sabuesos de caza. Ellos lo ignoraron y continuaron acercándose al Doctor. Cuando ellos estaban apunto de agarrarlo, el Doctor dio la

vuelta y rodó la esfera de plata por el sendero, hacia los otros dos Yetis detrás. Entonces se quedó de pie completamente inmóvil.

Los tres Yetis avanzaron pesadamente cada vez más cerca. Casi rozándose contra el Doctor, ellos rugieron mientras perseguían la esfera. El Doctor dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Funcionó! —se dijo a si mismo con asombro leve. Luego echó a correr por el sendero tras Jamie.

Khrisong corrió a través del patio a la puerta principal, donde Rapalchan, uno de sus jóvenes guerreros, aguardaba montando guardia.

—¡Rapalchan! ¿Ya ha regresado el Doctor? —preguntó con impaciencia.

El centinela negó con la cabeza.

—No, Khrisong. ¡Nadie ha entrado ni salido!

Khrisong se quedó indeciso. Era un hombre de acción, por encima de todo, y se sentía desconcertado y frustrado. Terribles peligros amenazaban su querido monasterio, y él no podía hacer nada para luchar contra ellos. En su lugar, se vio obligado a confiar en las promesas de este extraño Doctor, un loco que surgía de la nada. Incluso el fiel Thomni se había vuelto contra él, siendo llevado por el mal camino por esa chica diabólica de Victoria.

Rondando alrededor del patio encontró un nuevo objetivo para su ira. Los dos Lamas ancianos, Sapan y Rinchen, que paseaban tranquilamente por el patio en su camino a la oración matutina. Nada

debe perturbar su rutina invariable, pensó Khrisong, a pesar de que todo el monasterio estaba en peligro. Se acercó a ellos y preguntó.

—¿Dónde está el Abad Songtsen?

—No lo hemos visto desde hace muchas horas —dijo Sapan.

—Así es —acordó Rinchen—. No hay duda de que él busca la guía del Maestro Padmasambhava.

Khrisong rió con desdén.

—¿Busca la guía o busca evadir sus responsabilidades?

Sapan se sorprendió.

—No deberías hablar así —le reprendió.

—¿Por qué no? ¿Alguien más ha visto a este legendario inmortal?

Khrisong se alejó rápidamente, dejando a los dos viejos Lamas mirándolo con horror. ¡Qué blasfemia! Poniendo en duda la existencia misma del santo más... ¿En qué se ha convertido este mundo? Sacudiendo sus cabezas, los dos ancianos fueron dentro del monasterio.

Por un momento, todo estuvo tranquilo en el patio. Era la hora de la oración matutina, y todos aquellos que no estaban de servicio debían estar en el Gran Salón. El silencio fue roto por un leve golpe suave en la puerta principal. Una voz tranquila dijo.

—Abrid. Soy yo, el Abad Songtsen —el asombrado Rapalchan abrió la puerta. Songtsen pasó la mano suavemente sobre el rostro

del joven guardia—. No me has visto, Rapalchan. Nadie ha entrado, nadie ha salido.

Rapalchan se puso en trance, los ojos mirando al frente, mientras Songtsen cruzó el patio y entró en el monasterio. Una vez que estuvo fuera de su vista, Rapalchan volvió en sí, con una breve desorientación y reanudó su vigilia. Nadie había entrado, nadie había salido.

Minutos más tarde, Songtsen se situó al lado de la figura amortajada de Padmasambhava.

—Lo has hecho bien, Songtsen —susurró la increíblemente avejentada voz—. La Gran Inteligencia toma su forma material. Ahora va a crecer y crecer. Por nuestra propia seguridad, nuestros hermanos deben abandonar el monasterio.

—Entiendo, Maestro —dijo el Abad con voz inexpresiva—. ¿Y los forasteros?

—Yo te diré cómo lidiar con ellos... si es que regresan.

Victoria paseaba impaciente arriba y abajo de la celda. Enojada se giró hacia Thomni que estaba sentado plácidamente en el suelo en postura de meditación.

—¿Cómo puedes tomar todo esto así tan calladamente? —preguntó Ella—. Después de la manera en que Khrisong te habló...

—Khrisong lleva numerosas cargas —dijo él suavemente—. Su peso lo hace enojar. Él sabe en su corazón que somos inocentes. Cuando su ira se enfríe, nos liberará.

—Oh, ¿en serio? Bueno, si piensas que voy a estar aquí sentada en silencio hasta que él escuche a su corazón...

Thomni la miró con sorpresa.

—No hay nada más que podamos hacer, señorita Victoria. Lo que está escrito está escrito... —volvió a su meditación.

Hubo un ruido en la puerta. Victoria alzó la vista en alerta. Si ellos le daban la más mínima oportunidad... Rinchen entró, con una bandeja de comida y bebida. Con impaciencia Victoria agarró uno de los vasos de piedra.

—Oh, qué bien, estoy tan sedienta —vació el vaso de un solo trago.

Por un instante ella se quedó sin aliento, con la mano en la garganta.

—El sabor —jadeó—. Tan extraño... —se desplomó en el suelo.

Horrorizado, Thomni se arrodilló a su lado.

—Señorita Victoria, señorita Victoria... —ella estaba muy quieta.

Rinchen estaba indeciso.

—Voy a buscar ayuda. Quédate con ella, Thomni —el viejo lama se escabulló, dejando la puerta abierta detrás de él en su pánico.

Thomni fue a la cama a buscar una manta. Oyó movimiento detrás de él y se giró. Victoria estaba de pie, junto a la puerta, con los ojos chispeantes de malicia.

—Lo siento, Thomni —dijo, y se fue a toda velocidad al otro lado de la puerta, cerrándola de golpe y poniendo el cerrojo.

En el Gran Salón, todos los monjes guerreros y lamas estaban reunidos, convocados por el Abad Songtsen.

—He buscado la guía del Maestro Padmasambhava —decía solemnemente—. En su sabiduría me ha dicho que no hay defensa contra los Yetis. Debemos huir de una vez, o todos moriremos.

—¡No! —hubo un grito desde la puerta y ellos se giraron para ver a Khrisong—. El Doctor ha regresado. Trae consigo una manera de luchar contra este mal.

El Abad dijo con severidad.

—Khrisong, el Maestro ya ha decidido...

—El Maestro, siempre el Maestro —interrumpió Khrisong—. He sentido la fuerza de estos Yeti. Mira, llevo sus cicatrices en el brazo. Sin embargo, no voy a huir. ¡Debemos luchar! ¿Quién está conmigo? ¡Venid a pelear a mi lado!

Un murmullo confuso estalló en el Salón. Pero sólo unos pocos de los monjes guerreros siguieron a Khrisong cuando salió del lugar. El resto, con miedo de desafiar a su Abad, se quedó con los Lamas y Songtsen.

La voz del Abad cortó el ruido.

—Hermanos, Khrisong ha sido llevado por el mal camino por los forasteros. Se ha olvidado de sus votos de obediencia. ¡Traedlo

de vuelta a la senda de la sabiduría! Oraré por su guía —en una masa confusa, monjes y lamas salieron del Gran Salón. Songtsen se quedó de pie solo. De inmediato cerró los ojos, y entró en trance.

—Aconséjame, Padmasambhava. Khrisong ha apartado a sus guerreros de la senda de la obediencia. No todos ellos obedecerán las órdenes de irse...

Por todo lo que le rodeaba, oyó la voz fantasmal de Padmasambhava.

—Si ellos no abandonan el monasterio, entonces deben ser obligados. Esto es lo que debes hacer...

El Doctor y Jamie estaban esperando en el patio en medio de una escena de total confusión. Un pequeño grupo de monjes y lamas estaban discutiendo. Algunos apoyaban al Abad, algunos estaban dispuestos a seguir a Khrisong. El Doctor miró a su alrededor con asombro.

—¿Qué está pasando?

—Si me lo preguntas —dijo Jamie—. Parece que todos se han vuelto tontos.

Khrisong se abrió paso entre la multitud, junto con un pequeño grupo de guerreros alrededor de él.

—Tenemos que actuar con rapidez, Doctor. El Abad nos ha ordenado evacuar el monasterio...

Fue interrumpido por una frenética y estruendosa voz desde las puertas. Una voz tenue gritó.

—Déjame entrar. ¡Por favor, déjame entrar!

Con cautela, Khrisong abrió las puertas. Una figura andrajosa como un espantapájaros se tambaleó en el interior, y se dejó caer a sus pies. Travers.

El Doctor y Jamie se inclinaron sobre él. Estaba en un estado terrible, harapiento, sucio y sangrando. Había caído abajo de la montaña como una piedra arrojada al suelo, sin preocuparse por su propia seguridad. Sus labios estaban agrietados, los ojos muy abiertos y la mirada fija, lleno del recuerdo de esa horrible masa líquida que estaba burbujeando y creciendo en la cueva...

—La pirámide —murmuró febrilmente—. Crecía... estaba creciendo... el ruido... —la cabeza de Travers cayó hacia atrás, y se desmayó.

Jamie estaba completamente confundido.

—¿Qué fue todo eso, Doctor?

Antes de que el Doctor pudiera responder, se oyó un golpe más. El Abad Songtsen apareció.

—Detened a los extranjeros —ordenó—. Deben ser encerrados en seguida. La joven Victoria ha escapado. Ella también debe ser capturada y encarcelada.

Inmediatamente un absoluto pandemónium se desató. Todo el mundo empezó a hablar y gritar a la vez.

—¿Victoria escapó?! —gritó Jamie furiosamente—. ¿Escapar de dónde? ¿Dónde está ella? ¿Qué ha sucedido?

—Abad Songtsen, por favor —dijo el Doctor—. Tienes que escucharme —la voz del Doctor se ahogó en los balbuceos generales. Khrisong lo empujó a un lado, y se abrió paso a través de la pequeña multitud hacia el Abad.

—¡No puedo permitir esto! —protestó con fiereza.

La voz del Abad era una tormenta.

—¡No puedes permitirlo? son órdenes del Maestro. Debes obedecer.

—Estas personas nos pueden ayudar, mi señor Abad.

—El Maestro dice que no hay forma de vencer a los Yetis. Él nos ordena abandonar el monasterio o todos vamos a morir.

Una temerosa murmuración de los monjes y lamas demostraron el efecto de sus palabras. Songtsen vio que tenía la sartén por el mango.

—Capturad a los extranjeros y encerradlos —ordenó.

Una horda de monjes aterrorizados cayó sobre el Doctor y Jamie, y se los llevó a ambos lejos, haciendo caso omiso de sus protestas y las de Khrisong. El Doctor estaba siendo arrastrado por los monjes para llevarlo a su celda, y a Jamie, luchando con furia, lo metieron en la celda a empujones. Otros monjes recogieron al inconsciente Travers y se lo llevaron junto a ellos también.

El Abad se dirigió a Khrisong y el pequeño grupo de guerreros rebeldes a su alrededor.

—¡Khrisong! Desafiarme solo traerá más tragedia y muerte. Lidera a tus guerreros y encuentra a la chica —por un momento parecía que Khrisong seguiría rechazando sus órdenes. Entonces, derrotado, bajó su cabeza, y condujo a sus guerreros lejos.

A excepción del centinela en las puertas, el Abad ahora estaba solo en el gran patio. Él se acercó a las puertas y le dijo al centinela.

—Ve a unirte en la búsqueda, hijo mío —le pasó la mano suavemente sobre el rostro, y el joven monje se congeló por un momento y luego salió corriendo tras sus compañeros. Una vez que estuvo fuera de la vista, Songtsen desatrancó las grandes puertas de entrada y luego las abrió completamente. El monasterio Det-Sen estaba indefenso—. Ya está hecho, Maestro —dijo el abad Songtsen. Luego se alejó lentamente.

Desde su huída de la celda, Victoria había estado escondida en la hospedería vacía. No tenía idea de que iba a hacer. Se preguntó dónde estaban todos, sin darse cuenta de que Travers, el Doctor y Jamie acaban de regresar al monasterio.

Finalmente, se arrastró con cautela por el pasillo y se dirigió hacia el patio. Pronto empezó a oír el ruido y los gritos de los monjes temerosos. Con miedo de aventurarse más, esperó. De repente, el ruido comenzó a venir más cerca de ella. Podía oír gritos y gritos.

—¡Encontradla! ¡Encontrad a la chica diabólica! —con un shock, Victoria se dio cuenta de que estaban cazándola. Aterrorizada, se dio la vuelta y huyó, los sonidos de sus cazadores hacían eco detrás de ella.

Por lo que pareció un tiempo interminable, fue perseguida arriba y abajo por los pasillos sombríos. En más de una ocasión eludió a sus perseguidores escondiéndose en algún rincón oscuro, mientras todos corrían. Pero siempre parecían coger su rastro de nuevo.

Por un momento se las arregló para quitárselos de encima, Victoria estaba en una parte del monasterio que nunca había visitado antes. Se encontró en una pequeña antecámara sin ventanas, iluminada sólo por la luz parpadeante de las lámparas de oración. En las paredes había ricas colgaduras y tapices. Hay estatuas talladas alrededor, máscaras de demonios, y adornos raros. Victoria sabía lo suficiente sobre las antigüedades como para darse cuenta de que los contenidos de la pequeña habitación eran de valor incalculable.

En el otro extremo de la antecámara, vio un par de puertas dobles talladas ornamentalmente. Victoria miró con curiosidad, preguntándose qué habría al otro lado. Decidió no tratar de averiguarlo. El lugar era tranquilo, pero demasiado fantasmagórico para estar cómoda. Se dio la vuelta para irse, y se encontró que no podía moverse. Algo, alguna fuerza, la inmovilizaba.

—Entra, hija mía —dijo una voz. Salió de la nada y sin embargo, de todas partes. Sonaba muy tranquila y apacible, aún así llenó todo el lugar. Las puertas se abrieron ante ella por su propia voluntad—. Entra —dijo la voz de nuevo—. Ven, no tienes alternativa.

Victoria trató de quedarse atrás, pero la fuerza invisible la hizo caminar lentamente hacia el Santuario Interno. Delante de ella podía ver el estrado, el trono de oro con su figura sentada. Se sentía atraída cada vez más. El toldo de velos de seda que solía estar alrededor del trono había sido retirado. La figura sentada levantó la cabeza y la miró. Victoria fue la primera persona en muchos cientos de años en mirar el rostro de Padmasambhava. Ella abrió la boca en un grito de terror puro, demasiado asustada incluso para gritar...

9

El Ataque del Yeti

El primer pensamiento de Victoria fue que el hombre que tenía delante era muy viejo. Mayor que Sapan o Rinchen, o cualquiera de los otros ancianos venerables del monasterio. Mayor que cualquiera que hubiera visto o imaginado nunca. Tan viejo que su cuerpo encogido parecía el de un niño, envuelto dentro de las largas túnicas.

La cara era bastante increíble. Completamente sin pelo, con una enorme frente, las mejillas hundidas y la mandíbula huesuda. En contraste con la cara arrugada y el cuerpo encogido, los ojos eran enormes, oscuros y vivos, brillando con el resplandor de una inteligencia casi sobrehumana. El Maestro Padmasambhava había ido, de hecho, más allá de la carne. Su cuerpo no era más que la cáscara gastada que apenas contenía su alma y espíritu.

Miró a Victoria, y sonrió con una curiosa gentileza.

—No temas, hija mía. ¿Por qué has venido aquí?

Victoria intentó balbucear alguna explicación.

—Lo siento, me perdí y tenía miedo. Me estaban persiguiendo, y...

Gentilmente, Padmasambhava la interrumpió.

—Necesitas ayuda, ¿verdad?

—Sí, me temo que la necesito —dijo Victoria agradecidamente—. No puedo encontrar al Doctor y...

Padmasambhava levantó la mano, interrumpiéndola.

—Un momento.

Se inclinó hacia delante, meditando sobre el tablero delante de él.

—El patio está vacío, y las puertas están abiertas —dijo misteriosamente. Victoria se inclinó hacia delante, mirando el modelo a escala del monasterio con sus diminutas figuras—. Tengo que hacer lo que me veo obligado a hacer —dijo Padmasambhava tristemente. Cogió una de las pequeñas figuras del tablero.

—¿Qué es? —preguntó Victoria con curiosidad. Estaba superando su miedo.

Había algo patético en el anciano. Sin embargo, al mismo tiempo, algo aterrador, e impredecible también.

—Ven y lo verás —invitó el Maestro, sosteniendo la pequeña figura.

Victoria se acercó y lo miró.

—Es una de esas horribles criaturas, un Yeti.

Una vez más Padmasambhava puso esa curiosa sonrisa triste.

—Así es. Pero no lo ha visto —pasó la mano suavemente en frente de los inocentes ojos de Victoria. Inmediatamente ella entró en trance, con los ojos bien abiertos y la mirada fija. Padmasambhava colocó el modelo Yeti en el patio del monasterio en

miniatura. Extendió la mano para mover otro modelo—. Tengo que hacer lo que me veo obligado a hacer —susurró Padmasambvha de nuevo.

El patio del monasterio seguía vacío. Las puertas estaban abiertas. Uno tras otro, cuatro Yetis avanzaron pesadamente hacia el patio. Una vez dentro, se separaron, cada uno para apoderarse de una parte diferente del monasterio, como siguiendo algún plan preestablecido.

Las cosas estaban incómodamente concurridas en la pequeña celda. Travers yacía en la cama. Había caído en un profundo sueño, agotado, con excepción de algunos espasmos.

El Doctor se sentó en el taburete de madera junto a la cama, pensativo viendo a Travers. Thomni se sentó con las piernas cruzadas junto a la pared en su posición de meditación. Jamie se paseaba arriba y abajo de la celda, deteniéndose de vez en cuando a golpear la puerta, o gritar a través de la rejilla.

—Así que por eso encerraron a Victoria —Jamie le estaba hablando a Thomni—. Estaba diciendo la verdad, sabes. Esas malditas esferas pueden obligarte a colocarlas de nuevo en un Yeti. Uno de ellas casi me arrastro, ¿verdad, Doctor?

El Doctor asintió distraídamente, con los ojos fijos en el rostro de Travers. De repente, éste abrió los ojos y miró asombrado al Doctor.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?

—En una celda, esperamos que nos digas que te pasó —dijo el Doctor con cautela.

Travers negó con la cabeza vagamente.

—Salí del monasterio y entonces... de nada sirve... todo está en blanco... hay sólo una sensación de maldad... sentí una sombra en mi mente. Sentí como si me ahogara...

—Sí, hombre, pero ¿qué viste? —preguntó Jamie con impaciencia—. ¿Dónde ocurrió todo eso?

Travers cerró los ojos de nuevo.

—No lo sé... no puedo... estoy tan cansado... —sus ojos se cerraron y se hundió de nuevo en el sueño.

—¿Qué piensas?—preguntó Jamie.

El Doctor suspiró y se rascó la cabeza.

—Debe haber visto algo muy desagradable, me temo. Tal vez lo que sea que está detrás de todo este problema que estamos teniendo. Si tan sólo pudiera decirnos algo más.

Llegó un tremendo choque desde algún lugar en el interior del monasterio. Fue seguido por gritos de alarma, gritos de miedo, y el sonido de pies corriendo.

—Los Yetis están llegando —gritó una voz con pánico—. ¡Huid, hermanos míos, huid!

Jamie hizo temblar la puerta a golpes.

—¿Que está pasando? Dejados salir de aquí.

Pero el Doctor, con una expresión de satisfacción, había sacado su dispositivo de detección de debajo de la cama y estaba observando cuidadosamente las lecturas.

El rostro de Khrisong apareció brevemente en la rejilla.

—Los Yetis han irrumpido en el monasterio. Quédate donde estás, estás a salvo aquí.

—¿Qué pasa con Victoria? —gritó Jamie desesperado—. ¿Dónde está ella? ¿La has encontrado? —pero Khrisong se había ido. Jamie dirigió su ira hacia el Doctor—¿No hay nada que puedas...?

El Doctor lo hizo callar con una mano. Jamie vio que estaba inclinado con atención sobre el dispositivo de detección, estudiando cada pequeño destello de los diales.

El Abad Songtsen, Khrisong y la mayoría de los monjes y lamas, estaban reunidos en el Gran Salón. Desde todo el monasterio llegó el sonido de la destrucción causada por los Yetis. De vez en cuando había un grito de algún desdichado monje que fue sorprendido en su camino. Khrisong trató de organizar a sus guerreros en una fuerza defensiva, pero eran presas del pánico. Dijo amargamente.

—Perdóname, mi Abad. Te he fallado.

El Abad miró a Khrisong con lástima.

—No has fallado, hijo. Este desastre estaba escrito. El hombre no puede cambiar su destino.

Mientras tanto, los Yetis rugían sin obstáculos a través del monasterio. Dormitorios fueron destrozados, las estatuas, tesoros de incalculable valor mutilados y destruidos. Sin embargo, no parecían tener intención de quitar vidas. Sólo asesinaron a aquellos que los atacaron, o trataron de impedir su labor de destrucción metódica. Fue en las bodegas de almacenamiento donde se causó el peor daño. El Yeti rompió barriles abiertos de comida, estalló tanques de agua causando que se inundaran las bodegas y los alimentos, combustible, comida, ropa y medicinas se mezclaran en un montón inutilizable.

Entonces, como si su labor estuviese terminada, los Yetis comenzaron a retirarse del monasterio. Un monje aterrorizado se precipitó en el Gran Salón para dar la noticia al Abad.

—Los Yetis se han ido —exclamó.

—Venid, hermanos, no tengáis miedo —dijo el Abad. Llevó a su pequeño grupo desde el Gran Salón hacia el patio.



Los Yetis rugían sin obstáculos a través del monasterio

Todos menos dos de los Yetis se habían ido. Estos dos permanecieron a la espera en una gran estatua dorada de Buda que dominaba el patio, el Buda que era el espíritu y el símbolo del monasterio Det-Sen. La aparición del Abad y sus seguidores en el patio pareció servir como una señal para las criaturas. Los dos Yetis avanzaron pesadamente hacia adelante, se apoderaron de la estatua con sus garras poderosas, y comenzaron a inclinarla hacia adelante.

El viejo lama, Rinchen, corrió entre la multitud con horror.

—¡No! ¡No! —exclamó— ¡No! —estirando sus manos débiles, hizo un vano intento de evitar que la gran figura de oro cayera desde las garras de las bestias. Lentamente, el Buda se estrelló contra las piedras del patio, aplastando al pobre anciano en el proceso. La cabeza de Buda se separó del cuerpo. Rodó lentamente por el patio. Los dos Yetis dieron media vuelta y se fueron.

Khrisong miró desde la estatua rota el cadáver aplastado de Rinchen.

—El monasterio de Det-sen está maldito —dijo con amargura—. Es hora de que nos vayamos.

Padmasambhava estaba comunicándose con la Gran Inteligencia. Junto a él estaba Victoria, viendo y escuchando todo en su trance.

—Ahora está completado —susurró Padmasambhava—. Ahora los monjes se irán. Al anochecer, el monasterio será abandonado, toda la montaña te pertenecerá —volvió su atención hacia Victoria—. ¿Y qué hay de ti y tus amigos, mi pobre niña? El Doctor no es tan asustadizo como mis pobres monjes. Por lo tanto debes ayudarme. Juntos vamos a asegurarnos de que él se vaya. Acércate.

Incapaz de resistirse, Victoria dio un paso adelante.

Jamie miraba impaciente como Thomni acabó de dibujar un plano del monasterio en la pared de la celda con un trozo de tiza que sacó del bolsillo espacioso del Doctor.

—Este es el patio —dijo Thomni, señalándolo—. Nosotros estamos aquí, en el sur. El norte se encuentra... aquí —y dibujó una "N" en el mapa.

El Doctor tomó la tiza y trazó una línea a través del mapa.

—¿Su ciencia proporciona una respuesta, Doctor? —preguntó Thomni.

—Sólo la mitad de la respuesta, me temo. Sabemos que las transmisiones vinieron de algún lugar en esta línea. Pero necesitamos una segunda lectura, una referencia cruzada para darnos el auténtico lugar de origen de la señal. Eso nos podría dar la localización exacta —distráidamente, el Doctor se rascó la cabeza con el trozo de tiza—. Por supuesto que no tenemos lo más importante.

—Oh sí, y ¿qué es eso? —dijo Jamie con impaciencia.

El Doctor lo miró con sorpresa.

—El "por qué" por supuesto. Eso es lo que realmente necesitamos saber.

Travers volvió a la vida con un arranque repentino. Se sentó, miró a su alrededor, y dijo alegremente.

—¡Hola, Doctor, Jamie! ¿Cómo estáis?

—Oh, bien, estamos muy bien —dijo Jamie secamente.

—¿Qué está pasando? —dijo Travers—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Han habido unos problemas —dijo el Doctor con suavidad.

—Con los Yetis —añadió Jamie.

—¿Ah, sí? —dijo Travers—. Debí haberme perdido todo mientras estaba durmiendo.

—Tuviste unos problemitas antes —indico el Doctor—. En la ladera de la montaña. Viste algo bastante desagradable. ¿Te acuerdas?

—No —dijo Travers—. Me dio un poco de dolor de cabeza. Creo que voy a respirar un poco de aire fresco —se levantó, se acercó a la puerta y trató de abrirla—. He dicho... —dijo indignado—. Oye, ¿os habéis dado cuenta de que estamos encerrados?

En el patio, los monjes habían logrado mover la estatua pesada. Algunos de ellos levantaban el cadáver de Rinchen en una camilla. La cabeza de Khrisong hizo una reverencia por la pena.

—No te culpes —dijo el Abad Songtsen a Khrisong—. La muerte es inevitable —se acercó a los monjes con la camilla—. Rinchen nos acompañará en nuestro viaje. Habrá tiempo para llorar por nuestro hermano. El resto deberá recolectar lo necesario. Ahorrad provisiones para el largo viaje. Pronto será hora para la meditación. Después nos iremos.

—¿Qué hay de los forasteros? —preguntó Sapan.

—Los llevaremos con nosotros a un lugar seguro.

—¿Y el maestro Padmasambhava?

—Sus poderes son grandes —dijo el Abad—. Él se quedará.

Hubo un movimiento brusco entre la multitud. Muchos de los monjes cayeron de rodillas. Al voltear la mirada, Songtsen vio que Victoria había entrado en el patio. En sus manos sostenía el sagrado Ghanta. Un murmullo de asombro recorrió la multitud.

Por un momento Victoria se quedó inmóvil con los ojos amplios y las manos extendidas. Luego habló. Pero la voz que salió de sus labios era la de Padmasambhava.

—He elegido hablar a través de los labios de esta doncella —dijo la suave voz imperiosa que parecía venir de todos lados—. Ella tiene el sagrado Ghanta. Lleváosla para su custodia. Tratad a esta doncella con amabilidad, ella y los demás extranjeros son inocentes de malicia. Ellos desean ayudar contra los Yetis, pero ya he dicho que no hay forma de vencerlos. Det-Sen debe ser abandonado. Cuando el viento destruye su nido, el ave va a construir otro.

Victoria se quedó callada. Ella murmuró, y los monjes se apresuraron a ayudarla.

—Liberad a los extranjeros —dijo Songtsen—. Diles que deben estar listos para partir.

Victoria estaba en la habitación de invitados, sentada en la cama y con la vista al frente, cuando el Doctor, Jamie y Travers fueron traídos por Khrisong y Thomni.

—Victoria, ¿estás bien? —preguntó Jamie con ansiedad. Ella no se movió.

—Victoria —dijo el Doctor. El sonido de su voz provocó una reacción instantánea en ella.

—Doctor —respondió—, hay un gran peligro. ¡Tienes que sacarme de aquí! ¡Sácame de aquí! —ella habló con una especie de canto formal. Entonces se detuvo, y volvió a caer en su trance silencioso.

—Victoria, ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema? —dijo Jamie. Ella lo ignoró.

—Khrisong, ¿cuánto tiempo lleva así?—preguntó el Doctor.

Pero antes de que Khrisong pudiera responder, Victoria reaccionó una vez más a la voz del Doctor.

—Doctor, hay un gran peligro. ¡Tienes que sacarme de aquí! ¡Sácame de aquí! —al igual que un disco de vinilo rayado, ella repetía lo mismo y luego se quedó callada.

—Está reaccionando a mi voz —dijo el Doctor. Se apartó de ella—. Será mejor empezar a susurrar.

—Todavía está en trance —dijo Khrisong gravemente. En pocas palabras, le dijo al Doctor lo que había sucedido.

—Ella debe haber llegado al Santuario Interno —dijo Thomni—. Ella ha visto al Santo Padmasambhava.

El Doctor alzó la vista bruscamente.

—¿Padmasambhava, el Maestro? Seguramente murió hace mucho tiempo. Lo conocí en mi última visita, y él era increíblemente viejo entonces. Él no puede haber vivido otros trescientos años.

—Padmasambhava es inmortal, Doctor —dijo Khrisong con seriedad—. Pero, ¿cómo pudiste haberlo conocido hace trescientos años? ¿Eres inmortal también?

El Doctor no contestó.

—Padmasambhava, sigue aquí —murmuró para sí mismo—, ¿por qué nadie me dice nada? —se acercó a la puerta—. Cuida de Victoria por mí, Jamie —susurró—. No voy a tardar mucho.

—¿Puedes ayudarla? —exigió Jamie.

—Eso creo, Jamie. Pero tengo que encontrar algo primero. Khrisong, ¿te gustaría caminar conmigo un momento?

Mientras caminaban juntos por el pasillo, el Doctor dijo.

—Khrisong, hace poco quisiste mi ayuda. Ahora, te estás preparando para dejar tu hogar. ¿Ya no quieres salvar el monasterio?

—Debo obedecer al Abad —dijo Khrisong—. Quiere que dejemos el monasterio.

—Alguien quiere que sea así —respondió el Doctor—. Es por eso que todo esto fue organizado. Para conseguir que os fuerais. Es por eso que alguien abrió las puertas a los Yetis, para que pudieran estropear todos los suministros y aterrorizar a los monjes. ¿Vas a hacer lo que este alguien quiere?

Khrisong se quedó en silencio.

—Estoy muy cerca del éxito —dijo el Doctor—. Pero todavía necesito ayuda.

Se detuvieron en un cruce de corredores.

—Si necesitas mi ayuda, la tendrás —dijo Khrisong.

El Doctor sonrió.

—Gracias. Ahora, si me disculpas, tengo que visitar a un viejo amigo a quien no he visto desde hace muchos años.

—¿Vas al Santuario Interno, Doctor? ¿Quieres que te acompañe?

—No será necesario, Khrisong. Ya conozco el camino —con un gesto de despedida, el Doctor se puso en marcha.

Mientras caminaba por el monasterio destrozado y abandonado, su mente era un fermento de ideas. ¡Padmasambhava, sigue vivo! Debía tener casi cuatrocientos años, una hazaña increíble, incluso para un maestro tibetano. Padmasambhava era un buen hombre, pensó el Doctor. Uno de los mejores hombres que he conocido. ¿Quién o qué podría cambiarlo? Perdido en sus pensamientos, el Doctor siguió caminando hacia el Santuario Interno.

En el mismo Santuario Interno, el frágil cuerpo de Padmasambhava estaba retorciéndose en su silla, encerrado en un terrible combate interior.

—Oh, gran inteligencia —jadeó—, me prometiste que me liberarías, y aun así ejerces tu influencia en mi viejo cuerpo. ¿El plan no está completo? Acaso la montaña no te ha sido suficiente...

Una visión de la cueva en la montaña llenó la mente del Maestro. La masa gelatinosa todavía se filtraba de la pirámide. Más

y más y más... llenó la cueva... estaba llenando el túnel. ¿Cuándo iba a parar? ¿Cuánto más territorio iba a cubrir?

—Dijiste que solo usarías la montaña para tu experimento —gritó Padmasambhava—. Si no te detienes, cubrirá el planeta. Me has mentido... me engañaste —el sonido de la risa cósmica infernal parecía llenar sus oídos. El viejo maestro se dejó caer en su silla. En un susurro horrorizado, dijo— ¡He llevado al mundo a su final!

Durante algún tiempo se sentó en el trono de oro, su aliento solamente un revoloteo de poca profundidad. Entonces su mente sintió a alguien en la Antecámara. Miró las puertas.

—Entrar —susurró, y las puertas se abrieron.

El Doctor caminó lentamente hacia el trono. Miró a la figura encogida sobre él, entristecido por el número de los años de más que había vivido su viejo amigo. Padmasambhava era anciano cuando el Doctor lo conoció por primera vez, más de un centenar de años. Pero todavía él tenía la piel clara y los ojos brillantes. Ahora era una cáscara rota de un hombre, su vida prolongada más allá de cualquier longitud natural. ¿Pero por qué? se preguntó, ¿y cómo?

La voz de Padmasambhava fue un poco más que un suspiro.

—Saludos, Doctor. Es bueno verte después de tanto tiempo.

El Doctor dijo en voz baja.

—¿Qué fue lo que te paso, viejo amigo?

Padmasambhava pudo hablar sólo con un esfuerzo tremendo.

—Me ha mantenido vivo —susurró débilmente—. Yo no lo sé... no me di cuenta... Inteligencia... amorfa... en el plano astral... su deseo para tener forma... sustancia... dijo que era un experimento... larga vida y conocimiento, a cambio de mi ayuda.

El Doctor se inclinó hacia delante. La voz aflautada era apenas audible. Era como si algo estuviera tratando de impedir hablar al Maestro. El susurro fino continuó...

—Se negó a liberarme... y sigue... ¿no es un experimento, sino una conquista! —la última palabra salió en un jadeo repentino.

Entonces el cuerpo de Padmasambhava comenzó a retorcerse y girar. En realidad, se elevó en el aire y quedó suspendido. Luego cayó en la silla, lacio, como un muñeco de trapo.

El Doctor se inclinó hacia adelante con urgencia. Buscó el pulso, sostuvo su lupa sobre los labios marchitos para detectar aliento. Nada. Con rostro sombrío, el Doctor dio la vuelta y salió de la habitación.

Por un momento hubo silencio. Entonces, de repente el cuerpo de Padmasambhava se sacudió y se retorció otra vez. Se sentó bruscamente en el trono lleno de renovado vigor. Mirando fijamente al Doctor, sus ojos estaban ardiendo con malevolencia. La Gran Inteligencia había recuperado el control de su marioneta.

10

Peligro en la montaña

Jamie se sentó incómodo viendo a la aún inmóvil Victoria. Estaban solos. Travers se había alejado a alguna parte. Jamie había intentado hablar con ella en voz alta e imperativa, suave y persuasiva, todo fue en vano. Exasperado, de repente cogió un taburete y lo estrelló en el suelo justo al lado de ella. El taburete se rompió en pedazos. Victoria no se movió.

—¿Qué demonios estás haciendo, Jamie? —levantó la vista para ver al Doctor en la puerta.

Antes de que Jamie pudiera responder, Victoria reaccionó a la voz del Doctor una vez más.

—Doctor, hay un gran peligro. ¡Tienes que sacarme de aquí! ¡Sácame de aquí! ¡¡Sácame de aquí!! —esta vez había una nota añadida de pura histeria en su voz.

—Debes hacer algo, Doctor —dijo Jamie con desesperación—. Lo he intentado todo y ella no me hace caso en absoluto. ¡Por la forma que habla es como si estuviera empeorando!

El Doctor se acercó a la cama y a Victoria. Dijo suavemente.

—Victoria, querida...

Esta vez su voz fue un grito de terror.

—¡Doctor, tienes que sacarme de aquí! ¡Sácame de aquí!

—¡No, Victoria! —había una fuerza de autoridad en la voz del Doctor. Victoria dejó de gritar, y lo miró con pánico...— Escúchame, Victoria —dijo con firmeza el Doctor—. Ya no estás en el monasterio, estás en la TARDIS. Estás a salvo aquí, ¿entiendes? A salvo en la TARDIS.

Ella lo miró asombrada.

—¿Estoy a salvo? —susurró.

—Mírame —murmuró el Doctor con dulzura—. Estás cansada, tus ojos se están cerrando, relájate...

Los ojos de Victoria se cerraron y la cabeza asintió. Al igual que Jamie. El Doctor le pinchó en las costillas con el codo.

—¡Tú no, Jamie!

Jamie se despertó con una sacudida, sonrió tímidamente, y dijo.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que tratar de borrar este miedo implantado en su mente, si puedo —dijo el Doctor—. Está aumentando sin parar.

—¿Supongamos que no puedes? —Jamie preguntó con ansiedad.

—Tendríamos que hacer lo que ella dice y sacarla de aquí. De lo contrario podría perder la razón.

Jamie lo miró con horror.

—Ese es el objetivo de todo esto —dijo el Doctor con cuidado—. Para asegurarse de que nos vayamos con los otros.

Él chasqueó los dedos delante de la cara de Victoria. Sus ojos se abrieron.

—Escucha, Victoria, no estás a salvo en la TARDIS. Estás en la celda con Thomni. ¿Entiendes? —Victoria asintió lentamente. El Doctor continuó en el mismo tono convincente—. Jamie y yo hemos venido a liberarte. Te hemos llevado de vuelta a la habitación de invitados. Has estado durmiendo. Te despertarás en un momento, feliz, pero todavía estás un poco cansada. ¿Entiendes? —una vez más Victoria asintió. Ella se deslizó lentamente sobre la cama, cerrando los ojos. Estaba dormida.

—He borrado todo recuerdo de lo que sucedió después de que ella salió de la celda —dijo el Doctor—. Debería estar bien ahora.

Jamie lo miró con respeto.

—No sabía que podías hacer ese tipo de cosas, Doctor.

—No me gusta hacerlo, Jamie. Manipular la mente es una cosa seria. Pero en una emergencia como esta...

De repente Victoria se sentó, bostezando. Ella les sonrió.

—Debí haberme quedado dormida. Me alegro de que vinieras y me sacaras de esa celda. Estoy tan aburrida... —volteo la mirada a Jamie que estaba mirándola con la boca abierta— ¿Por qué me estás mirando así, Jamie? ¡Cualquiera diría que me pasa algo malo!

El Doctor se rió entre dientes.

—Quédate con ella, Jamie. Tengo trabajo que hacer —recogiendo su dispositivo de detección, se escabulló antes de que Jamie pudiera preguntar lo que había descubierto.

El Doctor encontró a Travers en una de las plataformas de observación, mirando la montaña con sus viejos prismáticos.

—Ellos están ahí arriba, Doctor —dijo Travers—. Mira —le entregó los prismáticos.

Mirando a través de ellos, el Doctor pudo ver varios Yeti salpicados por la ladera de la montaña, inmóviles y esperando...

—Tengo que volver ahí arriba —dijo en voz baja—. Una lectura más y puedo seguir su fuente de control. Me vendría bien un poco de ayuda.

Travers lo miró con inquietud.

—¿Qué pasa con el muchacho?

—Se quedará aquí para cuidar de Victoria. Ellos acompañaran a los monjes en su éxodo.

Travers asintió.

—Muy bien, Doctor, soy tu hombre. Creo que te lo debo.

Algún tiempo después, el Doctor y Travers estaban de camino encima de la ladera de la montaña. Dieron la vuelta en una curva y vieron a tres Yetis custodiando el camino un poco más adelante. El Doctor se dirigió a Travers.

—Ahora tenemos que provocarlos lo suficiente como para que ellos envíen una señal. Si pudieras tomar la lectura... —le entrego a Travers el dispositivo de detección. Travers negó con la cabeza.

—No sé cómo funciona esta cosa, Doctor. Toma tú las lecturas y yo los molesto.

El Doctor dudó.

—No me gusta pedirte que te arriesgues...

—Púdrete —dijo Travers con firmeza—. Puedo cuidar de mí.

Salió de detrás de las rocas y marchó audazmente hacia uno de los Yetis. El robot no se movió.

—¡Boo! —gritó Travers. Aún nada. Entonces, de repente, todos los Yetis cobraron vida. Comenzaron moviéndose hacia adelante— ¿Estás consiguiendo tus lecturas, Doctor? —gritó Travers, retrocediendo alarmado. Saltó a un lado, fuera de su camino. El Doctor, con la cabeza inclinada sobre los diales titilantes, no contestó. Parecía ignorante del pequeño grupo de Yetis marchando directamente hacia él.—¡Cuidado, Doctor! —Travers gritó. Los Yeti marcharon más allá del Doctor, ignorándolo por completo. Ellos se desviaron por una tangente a través de la ladera de la montaña, y desaparecieron de la vista detrás de unas rocas. Travers negó con la cabeza— ¿Me pregunto qué causó eso? —murmuró. Se acercó al Doctor, que seguía estudiando sus diales—. Dime, ¿ya sacaste tu lectura? —preguntó. El Doctor asintió, con el rostro preocupado.

—Sí —dijo el Doctor—, me temo que lo hice. Será mejor que volvamos al monasterio.

Seguido por un desconcertado Travers, el Doctor comenzó a arrastrar los pies por el camino de nieve. Se estaba ahogando con furia, perdido en algunos pensamientos muy desagradables.

Supervisados por el Abad Songtsen, un triste grupo de monjes y guerreros se reunía en el patio. Estaban agrupados con sus ropas más cálidas. Los jóvenes guerreros estaban cargando pesadas mochilas en sus espaldas, con las provisiones que habían sido capaces de rescatar entre los escombros. Jamie y Victoria estaban mirando.

Khrisong entró en el patio del monasterio y salió corriendo hacia ellos.

—Mis guerreros han buscado en todas las habitaciones. No hay ninguna señal del Doctor o de Travers —susurró. Luego yendo al lado de Songtsen, le dijo—. Como deseabas, mi Abad. Todas las habitaciones del monasterio están vacías.

—Está bien —dijo Songtsen profundamente—. Voy a pedirle al Maestro Padmasambhava una última bendición, después debemos abandonar este lugar —entró en el monasterio.

Victoria frunció el ceño.

—¿Maestro? ¿Padmasambhava? Eso suena...

—Ni siquiera lo pienses —dijo Jamie con fiereza—. Piensa en otra cosa. ¡Cualquier cosa!

Victoria lo miró con perplejidad. Afortunadamente hubo una distracción inmediata. El Doctor y Travers entraron en el patio. Victoria corrió hacia el Doctor y lo abrazó con alegría.

—¡Estás de vuelta! ¿Dónde has estado?

El Doctor se desenganchó de ella con un distraído "No, no", y se acercó a Khrisong y Thomni.

—Lo he encontrado —dijo con urgencia—. ¡Khrisong, he encontrado la fuente de las transmisiones que controlan a los Yetis!

Khrisong le señaló a los monjes y lamas formando una fila para partir.

—Me temo que es demasiado tarde.

—No lo entiendes —interrumpió el Doctor—. Tal como lo sospechaba desde el principio, es aquí, en el monasterio —miró a su caja negra, el dispositivo de detección—. La señal se está transmitiendo ahora mismo, en este mismo momento.

Khrisong miró a su alrededor.

—Pero todos estamos aquí, en este patio... todos excepto... ¡El Abad Songtsen!

El Doctor asintió.

—Temo que así es. Ahora que el Maestro está muerto, él es el único que queda.

—¿El Maestro está muerto? —dijo Thomni.

El Doctor asintió con tristeza.

—Debí haberlo dicho antes. Será mejor que encontremos a Songtsen.

—¡No! —dijo Khrisong ferozmente—. Yo voy a lidiar con él a mi manera. Es mi derecho.

El Doctor lo miró con recelo.

—Él también tiene grandes poderes —dijo.

—Él sigue siendo mi Abad —dijo Khrisong con confianza—. Él no me causará daño —dio media vuelta y se fue. El Doctor estaba preocupado. ¿Podría Khrisong enfrentarse con el Abad? El Doctor sabía que si Padmasambhava hubiera estado vivo, Khrisong no habría tenido una oportunidad. Pero ya que sólo era Songtsen...

Travers dijo de repente.

—¡Songtsen! Él estaba con ellos. Él estaba con los Yetis en la ladera de la montaña. Y había una cueva...

Una mirada de horror apareció en el rostro de Travers cuando unos recuerdos inundaron su mente. En pocas palabras, describió ver a Songtsen siendo escoltado por los Yetis y el creciente horror pegajoso en la cueva.

—Si Songtsen puede controlar a los Yetis, es más peligroso de lo que creía —dijo el Doctor—. Será mejor que ayudemos a Khrisong.

Khrisong entró en la Antecámara. Un corpulento guerrero, armado con una espada en su mano que se alzaba sobre la frágil figura del Abad que estaba de pie, con una actitud de oración, detrás de las puertas del Santuario.

—¡Tienes que venir conmigo, Abad Songtsen! —dijo Khrisong, ásperamente—. Tienes que salir de este sitio ahora.

Songtsen lo miró con sorpresa.

—¿Qué locura es esta?

—El Doctor ha descubierto tu culpabilidad —dijo Khrisong—. Debes responder por tus crímenes.

Sujetó al Abad, como para llevárselo a una celda por la fuerza. Entonces una voz habló desde el aire.

—¡Khrisong!

Khrisong miró a su alrededor.

—¡Padmasambhava! El Doctor nos dijo que estabas muerto.

—Yo soy inmortal, Khrisong —había un tono escalofriante de regocijo en la voz.

—No trates de asustarme. ¡Exijo saber lo que está pasando aquí!

Songtsen estaba consternado.

—¿Tu exiges, Khrisong? Estás ante el Maestro.

—¿Un Maestro de los Yetis? —exigió Khrisong.— ¿Un maestro que ha destruido su propio monasterio?

Songtsen miró a la puerta cerrada.

—Perdónalo, oh mi Maestro.

—Por supuesto —dijo la voz escalofriante—. Pero nuestro hermano no debe salir creyendo que yo sea otro que yo. ¡Tráelo ante mí, Songtsen!

Songtsen dijo monótonamente.

—Obedezco, mi Maestro —mirándolo, Khrisong vio que el Abad parecía casi estar en un estado de trance, sus ojos mirando ciegamente hacia delante.

—¿Qué es esto? —gruñó Khrisong con recelo.

Las puertas del Santuario Interno se abrieron.

—Puede entrar —dijo Songtsen—. Pero dame tu espada. No puedes ir armado hacia la presencia del maestro Padmasambhava.

Khrisong vaciló.

—¿Nos temes, Khrisong? —preguntó la voz—. ¡Solo somos dos ancianos!

Khrisong entregó su espada. Se dirigió hacia la puerta. Songtsen, con la espada en sus manos, estaba detrás de él.

Khrisong se detuvo con cautela en el umbral de las puertas del Santuario Interno. Él miró a través de la oscuridad a la figura en el trono. Sus ojos se abrieron con asombro.

—Padmasambhava —susurró—. ¡Así que no estás muerto!

—No, hijo, pero tú lo estarás —dijo la voz escalofriante.

Detrás de Khrisong, Songtsen levantó la espada, y la empujó con fuerza salvaje. Khrisong jadeó y dio media vuelta. Sus ojos, llenos de dolor y falta de fe, miraban con odio a su Abad. Khrisong dio un par de pasos hacia adelante tambaleándose y se desplomó en el suelo. Las puertas del Santuario se balanceaban sin cesar.

En el Santuario Interno, el cuerpo de Padmasambhava se retorció en el trono. Por un momento, una voz diferente surgió de los labios marchitos, cuando la personalidad del real Padmasambhava se liberó del control de la Inteligencia.

—¿Por qué me obligas a hacer esto? Libérame, te lo ruego...

Entonces, cuando la Inteligencia reafirmó su control, la escalofriante voz llenó la habitación.

—Lo has hecho bien, Songtsen. Lleva a los monjes lejos del monasterio, y no regreséis jamás.

En la antecámara, Songtsen dijo.

—Obedezco, mi Maestro —estaba a punto de irse cuando el Doctor, Thomni y Jamie se precipitaron en la habitación. Lo encontraron a él de pie sobre el cadáver de Khrisong, con la espada manchada de sangre en sus manos.

El pequeño grupo se detuvo en el umbral de las puertas, horrorizados.

—¡Mi Señor Abad! —grito Thomni con horror. Se apresuró a arrodillarse junto al cuerpo de Khrisong. Songtsen bajó la mirada con horror.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién ha matado a Khrisong? —preguntó.

Thomni lo miró.

—¡Tú lo mataste, tú! —sollozó.

Songtsen parecía en total asombro en la espada ensangrentada en la mano...

—¿Yo? —dijo con asombro.

Una escalofriante voz llenó la habitación.

—Mátalos, Songtsen. ¡Mátalos a todos!

La inexpresividad del trance apareció en el rostro Songtsen y levantó la espada.

—¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!—siseó.

—¡Cuidado! —gritó el Doctor. Esquivó el golpe y agarró el brazo del abad que sostenía la espada.

A pesar de su modesto tamaño, el Doctor podía ejercer una fuerza increíble cuando la necesitaba. Pero él no podía hacer nada contra la empuñadura de Songtsen. El cuerpo frágil del anciano Abad estaba vibrando con una fuerza sobrenatural. Thomni y Jamie, jóvenes y fuertes, se unieron a la lucha. Les llevó cada pizca de sus fuerzas combinadas el dominar al Abad y arrancar la espada de sus manos. De repente Songtsen se desplomó en sus brazos. El Doctor retrocedió jadeando.

—Sacadlo de aquí —jadeó—. ¡Rápido!

Jamie y Thomni arrastraron al Abad afuera. El Doctor miró sombríamente a las puertas cerradas del Santuario Interno.

—Yo estaba equivocado, entonces —pensó sombríamente—. ¡Lo que está controlando a Padmasambhava no va a dejarle morir!

El Doctor dio media vuelta y se fue, dejando la antecámara llena de la demencial risa escalofriante de la Gran Inteligencia.

Cuando el Doctor caminó por el pasillo se encontró con un Travers entusiasmado.

—Será mejor que vengas de inmediato, Doctor. ¡Parece que va a haber una revuelta!

11

La Batalla Final

Una multitud confundida y enojada llenaba el patio. Rodearon a Jamie y Thomni, y a un Songtsen asustado y confundido.

—Es cierto, hermanos —gritaba Thomni—. Khrisong fue asesinado por el Abad. Pero Songtsen estaba bajo un hechizo maléfico, colocado en él por el Maestro.

Uno de los jóvenes monjes guerreros se encontraba al frente de la multitud.

—Dínos que no es cierto, mi Abad —imploró.

Por un momento, Songtsen lo miró sin comprender nada. Entonces, agarró la espada ensangrentada de la mano de Thomni, y siseó.

—¡Matar! ¡Matar! ¡Matar! —oscilando la espada cerca del monje asombrado. Una vez más llevó los esfuerzos combinados de varios jóvenes guerreros fuertes el mantener sujeto el frágil cuerpo. Luego, la crisis había terminado y el Abad se quedó inerte.

Un rugido de miedo y terror se elevó de la multitud.

—Está hechizado —gritaban—. Está poseído por los demonios. Matadlo ahora antes de que él nos mate —otro guerrero dio un paso adelante, con la espada en alto sobre la cabeza de Songtsen. Ignorando el arma, Jamie le dio al hombre un empujón cordial que lo envió tambaleándose entre la multitud.

—Creo que hemos tenido suficientes muertes —dijo Jamie con seriedad—. ¡Un paso atrás!

—No interfieras, forastero —dijo el monje con rabia, y los guerreros comenzaron a acercarse. Jamie sacó la daga de su bolsillo, y empujó al Abad detrás de él.

—Esperad, hermanos —suplico Thomni, pero los guerreros no escucharon.

Cuando el Doctor entró en el patio con Travers, echó un vistazo a la situación que transcurría en el patio. En tiempos de crisis, su personalidad normalmente modesta y sin pretensiones tomó un nuevo vigor.

—Detened este absurdo de una vez —el Doctor dio una orden, abriéndose paso entre la multitud—. El Abad no es responsable de su crimen. Ni tampoco lo es el Maestro Padmasambhava. Ambos están siendo controlados por una fuerza superior.

Los monjes se quedaron en silencio.

—¿Qué debemos hacer, Doctor? —preguntó el viejo Sapan.

—Abandonad el monasterio. Hay gran mal aquí. Un día, pronto, si tengo éxito, podréis volver.

—¡El Doctor tiene razón, hermanos! —gritó Thomni—. ¡Vamos a obedecerle ahora!

Hubo un murmullo de aprobación. La ira se redujo, los confundidos y asustados monjes comenzaron a recoger sus pertenencias. Thomni dijo.

—¿Y qué harás tú, Doctor?

—Me quedaré aquí —dijo el Doctor sencillamente—. Si este gran mal no es detenido, se expandirá... Y la fuente de dicho mal se encuentra aquí, en este monasterio.

—Bueno, si te vas a quedar, yo me quedo también —dijo Victoria con firmeza.

—¡Sí, y yo! —añadió Jamie.

—Yo también voy a quedarme y ayudarte, si me lo permites, Doctor —dijo Thomni.

El Doctor sonrió.

—Gracias, a todos. Puede ser peligroso, pero no voy a fingir que no estoy contento por la ayuda.

—¿Cuál es el primer paso? —preguntó Jamie.

—Hay cosas que necesito saber —dijo el Doctor pensativo—. Y Songtsen es el único que puede decírmelas.

—¿Cómo vas a hacer que él haga eso, Doctor? —preguntó Thomni—. Su mente está controlada.

El Doctor suspiró.

—Hay más de un tipo de control, Thomni. Vamos a llevarlo dentro, ¿de acuerdo?

Travers caminó lentamente de regreso a su habitación. Estaba convencido de que, a pesar de su inteligencia, el Doctor estaba

equivocado. La fuente de ese gran mal no era un viejo monje en el monasterio, sino esa sustancia pegajosa en la cueva de la montaña.

No había nada que Travers deseara menos que ver esa cueva de nuevo. Pero calculaba que todo dependía de él. Cogió su rifle y lo cargó. Tendría que hacer explotar esa cosa en forma de pirámide con una lluvia de balas.

Desapercibido por los monjes ocupados, Travers se escabullo fuera de las puertas y empezó a subir por el sendero de montaña. Estaba oscureciendo. Por un momento se detuvo y miró hacia atrás con añoranza a las luces del monasterio. Entonces, comenzó a subir el camino, temiendo lo que pudiera encontrar al final de su viaje.

En el Gran Salón, el Abad Songtsen se sentó en una silla con respaldo alto de piedra. Sus ojos estaban muy abiertos y miró sin ver delante de él. Pero esta vez, la voz que escuchó y obedeció no vino de Padmasambhava, sino del Doctor.

—¿Qué pasa con los robots, los falsos Yetis? —el Doctor estaba preguntando.

—Fueron diseñados para servir a la Gran Inteligencia. Su propósito era asustar a todos los viajeros y peregrinos de Det-Sen, para que no obstaculizaran el Gran Plan.

—¿Y cuál es ese plan? —preguntó el Doctor.

—Al principio, la Inteligencia dijo que sólo deseaba crear sustancia para sí mismo, como un experimento. Quería solamente la cueva. Luego exigió toda la montaña. El monasterio, también. Su apetito es insaciable. Su objetivo es saturar todo el mundo.

El Doctor recordó la descripción de Travers sobre la pegajosa masa brillante de constante crecimiento en la cueva. Tuvo una visión horrible de toda la Tierra, que cuelga en el espacio, siendo cubierta de una pulsante masa. ¿Y entonces? Supongamos que viajara por el espacio. Todos los planetas del Universo podrían estar bajo amenaza. El Doctor se estremeció. De alguna manera tenía que detenerlo.

—Dime, Songtsen —dijo el Doctor—. ¿Cómo se controlan los Yetis?

—Por Padmasambhava.

—¿Qué pasa con las unidades de control? ¿De dónde vienen?

—Bajo la guía de la Gran Inteligencia, el Maestro trabajó por casi trescientos años. Hizo las unidades de control, los Yetis, y todas las otras máquinas maravillosas...

—Pero todavía tiene que haber algún tipo de emisor principal —insistió el Doctor—. La fuente de energía que amplifica las órdenes de la mente de Padmasambhava. ¿Dónde está?

—En el Santuario Interno.

El Doctor estaba confundido.

—He estado en el Santuario Interno, muy brevemente, es cierto, pero no vi nada.

—Hay una habitación secreta...

—¿Dónde está, Songtsen? ¿Cómo llegamos allí?

No hubo respuesta. El Abad se sentó mirando al vacío.

El Doctor se inclinó hacia delante, con la voz de mando.

—¿Cómo se llega a la habitación secreta, Songtsen? Debes decírnoslo. Debes decírnoslo...

En el Santuario Interno el cuerpo de Padmasambhava se sacudió a la vida cuando la Gran Inteligencia se apoderó de él. La mano seca se cernió sobre el tablero, cogió un modelo Yeti y lo movió hacia el monasterio.

Ya en la montaña, en la rápida creciente oscuridad, Travers escaló lentamente, con el rifle en su mano. No es que él realmente esperaba que su arma le sirviera de algo contra un Yeti mecánico. Era sólo que su presencia le daba un cierto consuelo.

Oyó el sonido de enormes pies que se arrastraban por delante de él y se dejó caer para ocultarse. Dos Yetis pasaron, luego otro y otro. Marchando sobre el monasterio, pensó Travers. Esperaba que esos pobres desafortunados monjes hubieran conseguido salir de forma segura y estuvieran bien lejos. Y, ¿qué pasaba con ese hombre, el Doctor? ¿Cuáles eran sus planes?

Travers se puso de pie y siguió adelante. Mientras subía, se dio cuenta de algo muy extraño. En las laderas de la montaña, todo se estaba poniendo más y más oscuro como el cielo de la noche. Pero ahora que él estaba más cerca de la cueva, todo parecía ir volviéndose más claro. Era como si toda la montaña, de alguna manera, estuviera resplandeciendo.

La extraña luz seguía aumentando. Luego, cuando él consiguió dar un vistazo a la cueva, Travers entendió por qué. La cueva en sí era la fuente de la luz.

La palpitante, brillante masa pegajosa de la forma física de la Gran Inteligencia estaba inundando la cueva a un ritmo absolutamente increíble. Dispersándose desde la cueva, parecía estar filtrándose dentro y absorbiendo la propia esencia de la montaña.

Se movía en ambas direcciones, hacia arriba, como si fuera a consumir el pico más alto de la montaña, y hacia abajo también. Si esa sustancia pegajosa continuaba esparciéndose, iba a rezumar por las laderas de las montañas y engullir todo el monasterio.

Travers se dio cuenta de la insensatez de su plan para atacar la pirámide en la cueva. No hay nada que él pudiera hacer contra el tipo de poder que exultantemente se manifestaba aquí. Tal vez el Doctor había estado en lo cierto. Quizás el monasterio debía ser la clave de todo esto. Travers recordó a los Yetis que había visto bajando por la ladera de la montaña. Con una repentina sensación de urgencia, comenzó a correr de regreso por el sendero.

En el Gran Salón, el Doctor entregó a Songtsen al cuidado del anciano lama Sapan, que ahora era el líder de los monjes.

—He hecho todo lo posible para borrar la memoria del mal de su mente —dijo el Doctor—. Pero estará perturbado durante mucho tiempo. Ha sufrido mucho.

—Vamos a cuidar de él, Doctor —prometió Sapan. Otros dos lamas condujeron delicadamente al viejo Abad fuera del salón.

El Doctor se aproximó a los que se quedaban, Thomni, Jamie y Victoria.

—Recordad —dijo—. Tan pronto como todos los monjes y lamas estén seguros al alejarse, tendremos que atacar la sala de control de la Gran Inteligencia. Vosotros dos, muchachos, tenéis que destrozar los equipos. Cualquier cosa que esté allí dentro, destrozadlo total y completamente, ¿entendido? —los dos jóvenes asintieron.

—Pensé que esto serían útil —dijo Thomni. Sacó un par de varas largas y pesadas, con punta de hierro. Jamie tomó una y la blandió con aprecio.

—Sí —dijo Jamie alegremente—, esto debería servir.

—No va a ser como cualquier día de campo —advirtió el Doctor—. La Gran Inteligencia tiene poderes sobrenaturales y los utilizará todos para detenernos.

—¿Qué clase de poderes? —preguntó Victoria nerviosamente.

—Bueno, probablemente va tratar de hipnotizarte —dijo el Doctor—. Thomni, podrías enseñarle a Victoria la oración "La joya en el loto". Eso le dará algo en que concentrarse en...

Su conferencia fue interrumpida por un coro de gritos desde afuera. Liderados por el Doctor, corrieron para ver qué era lo que estaba pasando.

En el patio el grupo estaba dispuesto a abandonar el monasterio. Pero todos los monjes estaban mirando hacia arriba, en la montaña.

—Mira, Doctor —dijo Sapan—. La montaña está ardiendo.

El Doctor miró. La noche era tan oscura, y la sustancia que fluía de la cueva se había extendido tanto, que podía verse claramente desde el monasterio. Parecía como si todo el pico de la montaña estuviera brillando. Y el resplandor se desplazaba hacia abajo.

El Doctor se dirigió rápidamente a Sapan.

—Hay menos tiempo de lo que temía. Debes llevar a tus hermanos lejos del monasterio de inmediato

Obediente, el viejo lama empezó a dar órdenes. Los monjes guerreros se reunieron para formar una fila. Comenzaron a repartir antorchas por la empinada subida hasta descender al valle de abajo.

—Hermanos míos, las llanuras nos darán refugio —dijo Sapan—. Pero temo por ti, Doctor. ¿No quieres que deje a nuestros valientes guerreros quedarse aquí para ayudarte?

—Son necesarios para proteger a los monjes, Sapan —respondió el Doctor—. Thomni se queda conmigo. Él va a ser toda la ayuda que necesito —el Doctor pensó que si unos pocos de ellos no podían tener éxito, un número más grande sin su ayuda no tendría éxito—. Vete ahora, Sapan —dijo.

El pequeño grupo comenzó a salir del patio y viajar por el sendero. De pie junto a las puertas, el Doctor y sus compañeros vieron la línea de antorchas desaparecer en la oscuridad. Flotante hasta ellos llegó el sonido de monjes cantando “*la joya en el loto*” oración que Thomni recién había enseñado a Victoria.

—Om, mane, padme, hum —el sonido era curiosamente conmovedor y hermoso.

Por fin las luces se apagaron, los sonidos se desvanecieron y se quedaron solos. Victoria se estremeció.

—¡Qué extraño y fantasmagórico ser los únicos habitantes del monasterio! Excepto, es decir, por lo que sea que se esconde en el Santuario Interno.

—¿Vamos a cerrar las puertas, Doctor? —preguntó Jamie.

El Doctor se encogió de hombros.

—No tiene sentido, Jamie. Estamos luchando contra algo tanto dentro como fuera —miró sombríamente hacia la montaña ardiente resplandeciente por última vez, y los llevó al interior del monasterio.

Cuando el pequeño grupo desapareció en el interior del edificio, hubo un movimiento fuera de las puertas. Yetis aparecieron desde la oscuridad. Agrupados en un semicírculo, se quedaron esperando fuera de las puertas.

De vuelta en el Gran Salón, el Doctor les dio a sus compañeros una sesión informativa final.

—Tan pronto como estemos en la sala de control, voy a enfrentarme a la Inteligencia. Thomni y Jamie, moveos lejos de la estatua de Buda al otro extremo de la habitación. Meteros ahí dentro y...

—Sí, ya lo has dicho —dijo Jamie—. ¡Romper todo en pedazos! —él y Thomni recogieron sus varas con punta de hierro. Jamie giró la suya silbando por el aire.

—¿Y yo qué? —preguntó Victoria—. ¿Qué debo hacer?

—Nada, espero —dijo el Doctor rápidamente—. Pero nunca se sabe. Puede que algo aparezca.

Él no tenía valor para decirle a Victoria que sólo estaba siendo incluida en la expedición porque ella encontraría la experiencia aún más atemorizante que ser dejada sola por su cuenta. Además, ganara o perdiera, ella estaría tan segura con ellos como lo estaría en cualquier parte del monasterio.

—¿Todo el mundo listo? —preguntó el Doctor—. Bien, nos vamos.

A medida que avanzaban con cautela por los pasillos sombríos, Jamie tuvo una idea repentina.

—Oye, ¿qué le pasó a Travers? No lo he visto.

—Tal vez nos ha abandonado —sugirió Victoria.

—Lo dudo —dijo el Doctor—. Lo más probable es que haya ido fuera en algún esquema propio.

—Bueno, él no está aquí ahora, de todos modos —dijo Jamie—. ¡Tendremos que prescindir de él! —a la luz de sus antorchas parpadeantes ellos se deslizaron hacia adelante haciendo eco a lo largo de los pasillos de piedra hacia el Santuario Interno.

Travers, de hecho, estaba muy cerca. Estaba corriendo a toda velocidad por el último tramo del camino hacia el monasterio. Muy por debajo de él en la oscuridad pudo ver el desfile con antorchas de los monjes que partían hacia su nuevo destino, e incluso él podía

escuchar su canto. Al llegar a las puertas del monasterio, Travers se detuvo de repente.

De pie, agrupados en un semicírculo alrededor de la puerta estaba un grupo de Yetis, cuatro de ellos. Se preguntó si estarían activados o no. Cogió una piedra grande y la hizo rodar hacia ellos. Al instante todos los Yetis se dieron la vuelta, alertas al movimiento. Estaban bien vivos, pensó Travers. Vivos y esperando. No había nada que él pudiera hacer, tendría que quedarse ahí a esperar también.

Echando un vistazo por encima del hombro, vio que la masa pegajosa incandescente cubría cada vez más la montaña. Se acercaba más y más al monasterio. Pronto tendría que irse. Pero de alguna manera, Travers sentía que las cosas estaban llegando a un clímax. Decidió esperar tanto como pudiera. Esos Yeti estaban esperando algo.

El Doctor y sus amigos se detuvieron en medio del pasillo, fuera de la antecámara.

—¿Todo el mundo recuerda lo que hay que hacer? —preguntó el Doctor. Todos asintieron. Jamie y Thomni sujetaron con firmeza sus varas de hierro— De acuerdo —dijo el Doctor—. ¡En marcha!

Su entrada en la Antecámara fue una especie de anticlímax. Todo estaba quieto y en silencio. Las lámparas de oración ardían levemente y el lugar estaba envuelto en la oscuridad y el silencio. Liderados por el Doctor, el pequeño grupo se trasladó hacia adelante.

El Doctor se acercó a las puertas del Santuario Interior. Intentó abrirlas, pero se cerraron rápidamente. De pronto, la voz de la Inteligencia habló desde el aire. Hubo un cambio sutil en su calidad. Sonaba más duro, más frío, más inhumano, el poco rastro de la personalidad de Padmasambhava había sido prácticamente borrado.

—¿Por qué estás aquí? —dijo la voz—. ¿Por qué no prestas atención a mis advertencias? Eres terco, Doctor.

—¿Quién eres? —preguntó el Doctor—. O debería más bien preguntar, ¿qué eres?

Una dulzura fingida vino de la voz alienígena.

—Tú me conoces bien, Doctor. ¿No soy tu viejo y apreciado amigo, Padmasambhava?

—¡No! —dijo el Doctor—. No, no lo eres. Has capturado su espíritu y abusado de su cuerpo. Te has apoderado de la mente y el ser de un hombre bueno y grande, corrompiendo y abusando de su ser. Vuelvo a preguntar, ¿quién eres? ¿De dónde provienes?

—Provengo de lo que llamarías otra dimensión. Fui exiliado a la tuya, aunque sin apariencia física. Condenado a flotar eternamente entre las estrellas. Entonces me puse en contacto con la mente de Padmasambhava. Él había viajado más lejos en el plano mental que cualquier otro de su tipo. Lo he tentado, le prometí conocimiento y larga vida. Poco a poco me apodere de su cuerpo, hasta que me adueñe de él. Pero yo le he recompensado bien.

—Lo has esclavizado —dijo el Doctor enojado—. Ahora retienes de él lo único que anhela: el don de una muerte natural. Eres pura maldad. ¡Eres lo que los hombres llamarían un demonio!

Jamie, Thomni y Victoria aguardaron inmóviles detrás del Doctor, mientras ese intercambio de palabras continuaba.

—Todo está muy bien, estando aquí parados escuchando insultos —pensó Jamie—. ¿Cómo se va a poner la cosa al abrir la puerta?

Pensamientos similares pasaban por la mente del Doctor. Su única esperanza era que la Gran Inteligencia no se hubiera percatado de que el Doctor dominaba el poder del hipnotismo. En tanto que la Inteligencia no estuviera al tanto del alcance y el valor de la información que él había sacado de la mente de Songtsen, el Doctor todavía tenía una oportunidad de luchar.

—Eres tan imprudente que me haces enfadar, Doctor —dijo la voz—. Mis propósitos están más allá de la comprensión de un cerebro insignificante como el tuyo. Y tengo poder. Mucho poder...

El Doctor hizo su voz deliberadamente desdeñosa.

—¿Tú? ¿Mucho poder?

De pronto, una de las grandes lámparas de bronce estalló en una lámina de llama. Pasó zumbando por el aire como una bala de cañón, casi dándole pero fallando en la cabeza del Doctor por centímetros, y se estrelló contra la pared. Los otros tres se quedaron sin aliento, pero el Doctor no movió ni un pelo.

—¿Un poco de simple teletransporte? —dijo con desprecio—. ¿Vas a mantenernos aquí mirando trucos de magia? ¿Qué es lo siguiente? ¿Sacarás un conejos de un sombrero?

—Sí, eres realmente astuto, Doctor —pensó Jamie—. Jugando con su vanidad. Espero que funcione. Si no podemos entrar en ese Santuario Interno, estamos perdidos.

—¿Por qué no abres esas puertas? —dijo el Doctor burlonamente—. Tienes miedo de enfrentarte a mí, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio. Luego, lentamente, las puertas se abrieron. El Doctor dio media vuelta hacia sus compañeros.

—Cualquier cosa puede pasar ahora. Cualquier cosa en absoluto. Créedme. Y, por encima de todo, que no cunda el pánico —poco a poco los condujo por las puertas hacia dentro del Santuario Interno...

Una vez dentro, Jamie y Thomni miraron con asombro el trono dorado. Las cortinas estaban corridas ahora, oscureciéndolo todo, pero todavía pudieron ver la pequeña figura inclinada sobre su tablero. Un recuerdo de un viejo temor pasó por la mente de Victoria, pero ella lo empujó a un lado. Comenzó a repetir la oración que Thomni le había enseñado.

—Om, mane, padme, hum, om, mane, padme, hum —repitió las palabras tranquilizadoras una y otra vez.

Jamie miró al frágil anciano casi con lástima.

—Och, ¿eso es todo? —pensó—. Podría hacer volar lejos a ese viejito con un estornudo —entonces, antes de que él pudiera moverse un paso más hacia el estrado, todo su cuerpo estaba atrapado por una fuerza invisible aterradora.

Literalmente no podía mover ni un músculo. Thomni y Victoria se quedaron inmóviles de la misma manera. Así también, al parecer, el Doctor. ¿O no lo estaba? Poco a poco, con esfuerzo infinito, el Doctor se las arregló para lograr dar un paso y luego otro. Dirigió toda la fuerza de su voluntad hacia la pequeña figura amortajada en la silla dorada. La acumulación de energía en la pequeña habitación era insoportable. De repente, una ráfaga de un fuerte viento destrozó la habitación, barriendo las cortinas alrededor del trono. Padmasambhava fue revelado sentado muy erguido, con sus ojos ardiendo de malignidad.

—¡Ahora! —gritó el Doctor—. ¡Ahora!

Jamie sintió que el agarre invisible sobre él comenzaba a aflojarse. Vio que el Doctor estaba medio agachado, con un pie en los escalones del estrado. Sus ojos se clavaron en los ojos del anciano sentado en el trono. El esfuerzo necesario para hacer batalla contra la voluntad de la Inteligencia estaba distorsionando el rostro de su amigo.

—Vamos, Thomni —gritó Jamie—. Pongámonos a trabajar.

Corrieron hacia la estatua dorada de Buda y ambos la empujaron a un lado, siguiendo las instrucciones de Songtsen. La entrada a la sala de control escondida fue revelada. Pero antes de que pudiesen entrar, un gemido agudo llenó la habitación. Luces cegadoras parpadearon ante sus ojos. Jamie vio que el Doctor se ponía lentamente de rodillas. Luego, con una lentitud agonizante, el Doctor empezó a enderezarse. Con sus ojos fijos en los ojos del Maestro poseído, dió otro paso adelante. Un leve gemido espantoso

llenó la habitación cuando la Gran Inteligencia se dio cuenta de la fuerza mental del adversario que se oponía a su gran plan.

—Ven aquí, Thomni —gritó Jamie. Los dos jóvenes se desvanecieron en la sala de control secreta. Era simple, y muy pequeña. Todas las paredes estaban cubiertas con una increíble maraña de equipo electrónico, de todas las épocas y en todas las condiciones. Un loco, lunático e improvisado enredo de equipo electrónico. En un extremo de la sala había una pirámide de metal liso que reposaba sobre un altar. En el otro extremo una esfera brillante, más grande incluso que las que Jamie y Victoria habían visto en la cueva, les llamó la atención.

Por un momento, los dos jóvenes se quedaron asombrados. Entonces Jamie oyó un grito estrangulado del Doctor.

—Date Prisa Jamie, rápido. No puedo resistir mucho...

Jamie levantó su vara con punta de hierro y la dejó caer de golpe sobre un panel de control. Thomni hizo lo mismo. Ellos siguieron haciendo lo mismo frenéticamente con grandes golpes. Pronto toda la sala de control estaba apunto de ser destruida.

Fuera, en el Santuario Interno, Victoria vio como el Doctor libró su batalla de voluntades contra la Gran Inteligencia. Le parecía un empate, un callejón sin salida. Ninguno de los dos se podía permitir el lujo ni de la más leve distracción. Luego, para su horror vio la mano seca de Padmasambhava arrastrándose hacia el tablero.

—¡Cuidado, Doctor. Va a traer a los Yetis aquí!

El Doctor redobló su concentración, pero no fue capaz de detener el movimiento de la mano. Uno por uno, cuatro de los modelos Yeti fueron colocados en el mapa del monasterio.

Fuera de las puertas del monasterio, Travers vio a los cuatro Yetis moviéndose rápidamente hacia dentro. Una vez que se pusieron en marcha, él comenzó a seguirlos.

Los Yetis parecían moverse a una velocidad mucho mayor de lo normal. Como obligados por alguna señal de suma urgencia, corrieron por los pasillos, Travers se escabullía cautelosamente detrás de ellos.

En el interior del Santuario, el Doctor seguía encerrado en lucha con la Inteligencia. Como los dos luchadores eran iguales incluso en fuerza, ninguno de ellos podía moverse.

Pero el Doctor sabía que la fuerza alienígena de la Gran Inteligencia pronto lo vencería. Y una vez que eso ocurriera, todo habría terminado... todos morirían.

Victoria observó impotente. Desde el interior de la sala de control oculto llegaba el sonido de los equipos siendo destrozados. Jamie y Thomni cumplían su misión con entusiasmo salvaje. Entonces, desde el pasillo, oyó el sonido de unos rugidos. ¡Los Yetis venían!

—Victoria... los modelos... —jadeó el Doctor—. Desplázalos de vuelta...

Victoria se obligó a seguir adelante a la mesa del tablero. Pero la fuerza de la voluntad de la Gran Inteligencia era demasiado para ella. Incluso encerrada en su lucha con el Doctor, esa entidad amorfa le impidió a Victoria llegar a los modelos Yetis.

—Resiste Victoria —instó el Doctor—. ¡Di la oración!

Victoria lo intentó.

—Om, mane, padme, hum. Om, mane, padme, hum... —pero no sirvió de nada. No podía mover la mano. Y ya era demasiado tarde. El Yeti irrumpió en la habitación. A pesar de luchar mentalmente, el Doctor logró gritar.

—Jamie, Yetis... aquí...

En la sala de control, Jamie y Thomni se miraron mutuamente.

—Hemos roto todo aquello que los controla —dijo Thomni. Jamie miró a su alrededor.

—Sí, excepto esto —dijo, y se dirigió hacia la esfera gigante en el altar. Levantando su vara con punta de hierro por encima de su cabeza, destrozó la esfera en mil pedazos.

Un Yeti alzo su brazo para atacar al Doctor, pero se tambaleó hacia atrás con un rugido. Hubo una explosión en algún lugar dentro de él y el Yeti se tambaleó echando humo desde un agujero quemado en su pecho. La unidad de control había explotado. Lo mismo ocurrió con todos los otros. Se derrumbaron, destrozados en ruinas, en el suelo. La voz de la Inteligencia dijo.

—¡Has destruido mis siervos, pero no me has destruido!

Travers entró corriendo en la habitación. Levantando su rifle, él vació todo el cargador en el anciano del trono.

Él pasó su mano por la cara como si aplastara una mosca, y luego le tendió la mano a Travers. En ella estaban las balas. La Gran Inteligencia dio su terrible carcajada.

—Hombre tonto —dijo—. ¿No has notado mi poder en la cueva?

La cueva, pensó el Doctor con la parte de su mente que aún estaba libre. ¿Qué le dijo Travers sobre la cueva? Alzando la voz, gritó.

—Jamie, ¿hay una pirámide ahí?

—¡Sí, hay una!

—Destrózala. ¡Aplástala ahora!

En la sala de control, con sus varas de punta de hierro Jamie y Thomas azotaron con todas sus fuerzas la pirámide. De repente se rompió en fragmentos, como si estuviese hecha de cristal.

El cuerpo de Padmasambhava repartió un último grito agonizante.

Desde algún lugar de fuera vino una serie de retumbantes explosiones que sacudieron el edificio. La cueva en la montaña había explotado.

El cuerpo en el trono dio un salto repentino, cayendo desde el trono. Aterrizó sobre la pequeña mesa del tablero, golpeándose

contra el suelo. Con un tic convulsivo final, la Inteligencia lo abandonó.

El Doctor levantó el frágil cuerpo marchito en sus brazos. Agotado por años de esclavitud, casi no tenía peso. De pronto, los ojos de Padmasambhava se abrieron. Vio al Doctor mirándolo, y sonrió.

Victoria se dio cuenta de que, por primera vez, ellos estaban viendo al verdadero Padmasambhava, libre de la Gran Inteligencia. Cuando habló, su voz era cálida y suave, la voz de un hombre viejo y sabio.

—Por fin, voy a tener paz... Esperé tanto tiempo, Doctor. Yo sabía que vendrías, y me salvarías de mí mismo... —la cabeza del anciano cayó para atrás.



La pirámide... De repente se rompió en fragmentos, como si estuviese hecha de cristal

—Adiós, viejo amigo —dijo el Doctor, y bajó el frágil cuerpo al suelo. Jamie y Thomni salieron de la sala de control—. Funcionó. La Gran Inteligencia fue destruída. Mi viejo amigo Padmasambhava por fin puede descansar en paz.

Todos ellos caminaron lentamente desde el Santuario, y se dirigieron de nuevo al patio.

—¡Mirad! —dijo Travers, y señaló. Todos miraron hacia arriba. El resplandor de la montaña había desaparecido. La explosión en la cueva había destruido la integridad física de la Gran Inteligencia.

—Sí —dijo el Doctor—. Realmente ha terminado —bostezó y se estiró—. Sabéis, creo me vendría bien dormir algo.

12

El Abominable Hombre de las nieves

A la mañana siguiente, cuando el Doctor, Jamie, Victoria y Travers salieron al patio, fueron recibidos por un ruido ensordecedor. Thomni estaba golpeando solemnemente un enorme gong.

—¿Qué diantres estás haciendo? —preguntó Victoria, con las manos sobre las orejas.

—Es la hora para la oración matutina, señorita Victoria —explicó Thomni.

Victoria frunció el ceño.

—Pero no hay nadie aquí, excepto tú.

—Con mayor razón para que yo cumpla estrictamente los rituales, hasta que mis hermanos regresen —les dijo—. Ellos escucharán el gong y sabrán que todo está bien.

—Es hora de decir adiós, me temo —dijo el Doctor.

Thomni parecía decepcionado.

—¿No puedes quedarte hasta que mis hermanos regresen? Querrán agradecértelo.

—Me temo que no —dijo el Doctor a toda prisa—. Ya ves, me preocupa mi equipamiento. Puede ser que haya sido dañado cuando la cima de la montaña explotó.

Thomni miró a la montaña. Ahora tenía una forma muy diferente en la cima, una parte del pico superior había estallado.

—Muy bien, entonces, Doctor. Adiós y gracias de nuevo.

Después de más despedidas, Travers dijo.

—¡Te veré subir sin riesgos la montaña, Doctor!

Nada de lo que ellos dijeran podía disuadirlo, y todos ellos partieron por el sendero de la montaña juntos. Mirando hacia atrás, pudieron ver una vez más las puertas del monasterio Det-Sen abiertas y acogedoras para los viajeros. Victoria acababa de tener un fugaz atisbo de Thomni preparándose para la procesión de todas las oraciones de todos sus hermanos monjes y lamas en una sola persona, él mismo. Ella sonrió. Realmente había sido muy agradable. Pero muy solemne.

Jamie se acercó al lado del Doctor y le susurró.

—No estás realmente preocupado por la TARDIS, ¿verdad, Doctor?

El Doctor negó con la cabeza.

—La TARDIS es indestructible, Jamie, tú lo sabes. No, yo sólo pensé que era el momento adecuado para que nos fuéramos.

Jamie señaló a Travers, quien estaba feliz marchando adelante.

—¿Qué pasa con él, Doctor? La TARDIS será un poco perturbadora para él.

—Lo sé —dijo el Doctor—. Eso me ha estado preocupando bastante. ¡Pero él no atenderá ninguna indirecta!

Llegó un grito de Travers. Se detuvo, y estaba agitando el brazo hacia ellos.

—¡Mirad esto! —el cuerpo destrozado de un Yeti yacía en medio del sendero.

—Su unidad debe haber explotado al mismo tiempo que los del Santuario Interno —dijo Jamie.

—Máquinas maravillosas —dijo el Doctor—. Casi una lástima haberlos destruido. Algo para que te llevaras de vuelta de tu expedición, en todo caso, Travers.

—Habrían dicho que era una falsificación. Si la Royal Geographical Society no cree en el verdadero Yeti, sin duda ellos no van a aceptar lo que ha sucedido aquí.

Caminando alrededor del robot destrozado, se fueron.

—De verdad, no necesitas tomarte la molestia de venir con nosotros más adelante, Travers —dijo el Doctor.

—Sí, es cierto —asintió Jamie ansiosamente—. ¡Sin duda, querrás estar ahí fuera cazando tus bestias!

—Estoy pensando en renunciar a todo esto —dijo Travers con tristeza—. Me estoy convirtiendo en un hazmerreír. Esas malditas cosas peludas probablemente sólo sean una leyenda de todos modos.

—No te rindas, sea lo que sea que hagas —instó al Doctor—. Es una cosa espléndida eso de tener un sueño... incluso si resulta ser una leyenda.

—Tal vez —dijo Travers, pero él no parecía convencido—. Vamos a seguir adelante. Estoy deseando ver ese campamento vuestro.

El Doctor y sus compañeros intercambiaron miradas, y todos ellos caminaron. El viaje llegó a ser más difícil ahora mientras subían más alto. La explosión en la cueva había arrojado piedras y rocas que cubrían el camino, y tuvieron que trepar por encima de ellas y en torno a ellas.

—Queda muy lejos, ¿verdad? —resopló Travers.

El Doctor sacudió la cabeza con resignación.

—No muy lejos. Una vez que pasemos ese grupo de rocas estaremos ahí.

Unos minutos más tarde, Travers estaba mirando con asombro una cabina de policía azul antigua encaramada incongruentemente en una cornisa de la montaña.

—Pero...—dijo—. ¿Qué demonios hace eso aquí?

El Doctor se aclaró la garganta.

—Bueno, a decir verdad, Travers...—comenzó a explicar. Hubo un grito repentino de Victoria.

—Mirad allí, otro Yeti. Se mueve.

—¡Eso es imposible! —dijo el Doctor. Todos miraron donde ella señalaba. No muy lejos, detrás de unos peñascos, una criatura estaba mirándolos con timidez.

—¡Es diferente! —dijo Victoria—. ¡No es como los demás en absoluto! —y así era. Era más alto y menos voluminoso. La piel era más larga y más sedosa, y tenía un tono más rojizo. Por encima de todo, la cara era distinta, algo así como la de un lémur, con ojos suaves oscuros.

Travers lo miraba extasiado.

—¿No lo veis? —dijo—. Es un Yeti. Es un verdadero Yeti, no un miserable robot. Lo he encontrado. ¡Lo he encontrado por fin!

Travers tropezaba al tratar de acercarse hacia el Yeti, a través de la ladera de la montaña. Por un momento, la criatura lo vio aproximarse. Luego el Yeti dio un chillido curiosamente agudo de espanto y desapareció detrás de un peñasco. Travers echó a correr, y pronto él también había desaparecido de la vista.

—Creo que esta es nuestra oportunidad —dijo el Doctor—. No hay necesidad de preocuparse por el señor Travers reaccionando ante la TARDIS. Se ha olvidado de su existencia.

—¿Crees que va a atrapar a su Yeti, Doctor? —preguntó Victoria.

—Eso no importa —dijo el Doctor con gentileza—. Lo importante es que él ha encontrado su sueño de nuevo.

Jamie se estremeció.

—Entonces será mejor que nos marchemos, Doctor —dijo—. No es que sea un mal lugar, este Tíbet tuyo, pero es atrozmente congelante. La próxima vez que desees visitar a algunos viejos amigos, ¿puedes hacerlo en algún lugar más cálido?

—De verdad, Jamie, estás siempre refunfuñando —dijo Victoria—. De todos modos, sabes que el Doctor no tiene ni idea de donde aterrizará la TARDIS la próxima vez.

—Eso es muy injusto, Victoria —protestó el Doctor—. Puede haber un error de navegación de vez en cuando, pero en el fondo yo soy plenamente capaz de controlar la TARDIS... bueno, más o menos.

Discutiendo amigablemente, los tres compañeros caminaron a través de la nieve y desaparecieron dentro de la TARDIS. Después de un momento, un extraño ruido gimiente resonó en el aire de la montaña, y la cabina de policía azul antigua brilló y desapareció.

El Doctor y sus amigos estaban de camino a su próxima aventura.

Reporte de errores

No somos perfectos, todos nos equivocamos, y en Audiowho también. Si has detectado un error o algo que no cuadra en la traducción de esta novela puedes hacérselo saber en:

<https://github.com/Bigomby/audiowho-novelas/issues>

Para ello puedes hacer click en el botón “New issue” y describirnos el error indicando la página donde se encuentra. Te agradeceremos que nos lo hagas saber para corregirlo lo antes posible. Muchas gracias por colaborar.

Un saludo de parte de Audiowho.